CARMEN DE BURGOS

MIS VIAJES POR EUROPA

COLECCIÓN SAINZ CALLEJA

THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
865 B91
Om
v.1

ROMANCE
DEPARTMENT

OAK ST. HDSF

VHSC

UNIVERSITY LIBRARY

UNIVERSITY OF ILLINOIS AT URBANA-CHAMPAIGN

The person charging this material is responsible for its renewal or return to the library on or before the due date. The minimum fee for a lost item is **$125.00, $300.00** for bound journals.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University. *Please note: self-stick notes may result in torn pages and lift some inks.*

Renew via the Telephone Center at 217-333-8400, 846-262-1510 (toll-free) or circlib@uiuc.edu.
Renew online by choosing the **My Account** option at:
http://www.library.uiuc.edu/catalog/

DEC 0 4 P.M.

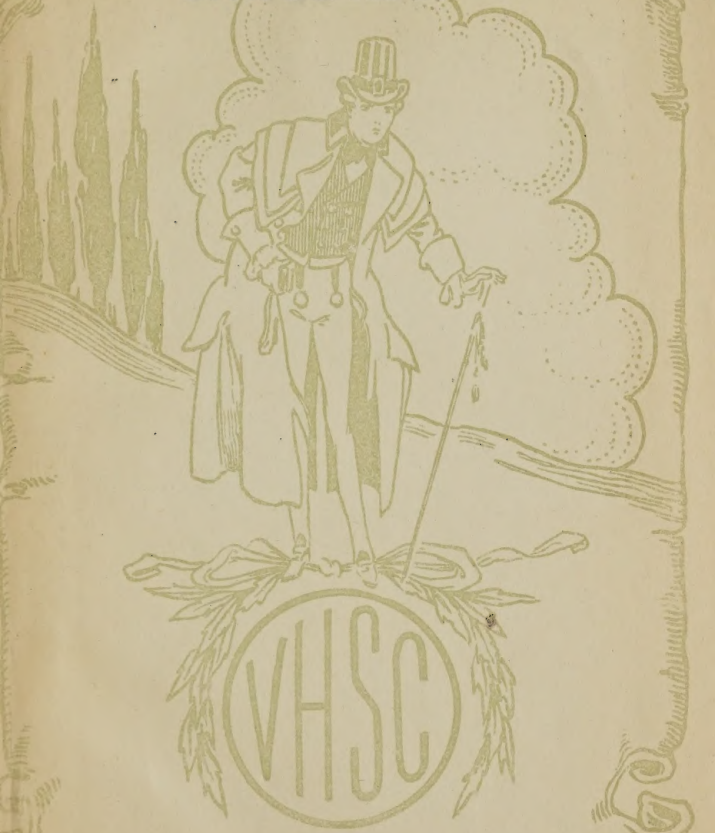
THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
865 B91
Om
v.1

ROMANCE
DEPARTMENT

OAK ST. HDSF

VHSC

OAK ST. HDSF



MIS VIAJES POR EUROPA

OBRAS

DE

CARMEN DE BURGOS SEGUI

(COLOMBINE)

Novelas.

Alucinación (agotada).—El Tesoro del Castillo.—Senderos de Vida.—El Honor de la Familia.—El veneno del Arte.—Siempre en tierra.—Frasca la Tonta.—La Travesía.—Los Inadaptados.—Cuentos de Colombine.—En la guerra.—La Justicia del Mar.—La Indecisa.—Las inseparables.—Sorpresas.—El Abogado.—Los Usureros.—Ellas y Ellos o Ellos y Ellas.—El Perseguidor.—«Villa María».—El hombre negro.—Los Míseros.—La Divorciada.—Salvación.—Secretos.

Viajes.

Por Europa (Francia. Italia y Mónaco, ilustrada con 234 grabados).—Cartas sin destinatario (Bélgica, Holanda y Luxemburgo).—Mis viajes por Europa. (Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega, Inglaterra y Portugal).

Literatura.

Notas del Alma (versos) (agotada).—Ensayos literarios (agotada.)—El Divorcio en España.—La Protección y la Higiene de los Niños.—La voz de los Muertos.—Al Balcón.—Giacomo Leopardi (su vida y sus obras, dos tomos en 4.°).—Memorias de una Emperatriz.—El arte de ser mujer (alta y pintoresca estética).

Conferencias.

La Mujer en España (Asociación de la Prensa, Roma).—Misión Social de la mujer (El Sitio, Bilbao).—Influencias Recíprocas entre la Mujer y la Literatura (Centro de Cultura, Logroño).—El Alma Pasional de España (El Parthenon, París).

Traducciones.

Los Evangelios (dos tomos), Renán. — La Iglesia Cristiana, Renán.—Diez y seis años en Siberia (dos tomos), León Deutsch. La Guerra Ruso-Japonesa, Tolstói.—El Rey sin corona, Jeorges de Bouhelier.—Cuentistas italianos.—Fisiología del Placer, Mantegaza (dos tomos).—Loca por razón de Estado (*La Princesa Luisa de Bélgica*), memorias del Conde de Mattachich.—Dafnis y Cloe, Longo. — En el Mundo de las Mujeres, Roberto Bracco.—La inferioridad mental de la mujer, P. J. Moebius. Las piedras de Venecia (dos tomos), J. Ruskin.—Las mañanas de Florencia, ídem.—Las Siete lámparas de la Arquitectura, ídem.—La Corona de Olivo Silvestre, ídem.—El Reposo de San Marcos, ídem.—Los Pintores Modernos, ídem.—La Biblia de Amiens, ídem.—Los recuerdos de mi juventud, ídem.—El Valle del Arno, ídem.—Sorda, Muda y Ciega, Hellen Keller.—El tío Geromo (Crainqueville), drama en tres cuadros, Anatole France.—Cuentos a Maxa, Max Nordau (y numerosos arreglos de obras prácticas para la mujer, como el «Tesoro de la belleza», «Vademécum femenino», «Salud y belleza», Las artes de la mujer», El arte de la elegancia»), etc., etc., etc.

En prensa.

Los últimos contrabandistas (Novela grande). — El cáncer (Novela grande). — Fígaro (su vida, sus amores y su suicidio).

Últimas obras publicadas.

Confesiones de Artistas, 4 ptas. — El Tesoro de la belleza, (arreglo), 4 ptas.—El arte de ser mujer (alta y pintoresca estética), 4 ptas.—Mis viajes por Europa. (Suiza, Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega, Inglaterra y Portugal, 3,50 ptas. — Secretos (Novela grande), 3,50 ptas.

MIS VIAJES POR EUROPA

CARMEN DE BURGOS
(COLOMBINE)

MIS VIAJES POR EUROPA

(SUIZA, DINAMARCA, SUECIA, NORUEGA)

MADRID
V. H. DE SANZ CALLEJA — EDITORES
CASA CENTRAL: MONTERA, 31.-TALLERES: R. DE ATOCHA, 23

865B91
Om
V.1

PARTE PRIMERA

SUIZA

CAPITULO PRIMERO

El vértigo de la nieve.

Una sábana de nieve cubre toda Suiza. Pasan horas, recorremos centenares de kilómetros y el paisaje es siempre igual. ¡Nieve por todas partes! Un albor interminable. Los árboles están cubiertos de nieve, las casas parecen enterradas, las montañas envueltas en su caperuza blanca de la cima a la falda. Se siente el vértigo de la nieve, la obsesión de la blancura; se comprende cómo en esas estepas rusas la razón se escapa y los ojos se ciegan. Es tan aguda, tan

11633

punzante esta nieve que deslumbra, alucina, se mete en el cerebro, quiere caber entera por los ojos, sacude y rompe los nervios; hace sentir un ansia inexplicable; quisiéramos comer nieve, pisar nieve, bañarnos en nieve, acariciarla, sentirla con todo su frescor como una quemadura en piel abrasada por la fiebre que excita su contemplación. Hay una voluptuosidad extraña en la blancura de la nieve, algo que, en vez de satisfacernos, nos hace desear más... un sentimiento vago, inquietante, imposible de satisfacer.

Cuando un río, o una corriente de agua se desliza rompiendo la nieve con su cauce parece que la obscurece, que la ensucia. El agua, que da sensación de limpieza y de frescura siempre que corre sobre la tierra, causa una impresión de disgusto, de pesadez, cuando corre sobre la nieve; toma un aspecto negruzco, fangoso, opaco, al romper su solidez compacta.

Hace sol, un sol frío, de rayos cuajados y penetrantes, un sol que parece hecho para que resalte la brillantez de la nieve, que se aprieta y se congela más con su esplendidez. No es esa nieve blanda y fofa, como el chantilly de las confiterías, propia de los países meridionales; es una nieve dura, compacta, rocosa. En vez de cosa accidental y deleznable nos parece permanente, eterna, una continuación de rocas

blancas y cristalinas; un enorme filón de ágata tallada en gigantes facetas.

Tengo que raer la capa de hielo endurecida en las ventanillas para mirar al exterior. Acerco la cara al vidrio, y al mirar hacia arriba la mole blanca de las montañas, es tan alta, que me cuesta trabajo llegar con la mirada hasta su cima. Se duda de si son montañas tan altas, tan inverosímilmente altas, o si es que estamos en alguna quebradura, en alguna hondonada tan profunda que vemos sólo allá arriba un jirón de cielo descansando sobre los muros de roca blanca.

Cada pueblecito parece un nacimiento de Nochebuena. Son todos silenciosos, apacibles, pintorescos, acogedores. Las casitas dan idea de tener siempre la puerta abierta y la luz encendida para servir de albergue y de guía a los extraviados entre la nieve. Se piensa que deben tener un zaguán y un hogar grande con un fuego vivísimo y refrigerador. Desde las casas a la estación se ven ringleras de palos de madera que continúan su camino hacia las montañas. Son como los meniers de las ciudades primitivas y marcan las rutas hacia los lugares desconocidos, misteriosos, difíciles, que forman la gran atracción de los viajeros.

Suiza ha necesitado tener una savia muy potente, muy rica, muy fundamental para

conservar su entereza, su aspecto severo, su solidez, a pesar de la irrupción de todas estas gentes que tratan de convertirla en un inmenso *Palacio de Hielo* o en un enorme sanatorio.

Aquí acuden los enfermos de todas partes; esos grandes hoteles con jardines blancos y árboles escarchados son, en su mayor parte, sanatorios. No sé por qué al pensar en la tisis se olvidan arbitrariamente los enfermos pobres y se piensa en enfermas románticas, tristes, juveniles, de manos largas, muy diáfanas, rostros marfileños, sobre los cuales la muerte ha deshojado sus flores, hojas de rosa, muy rosadas, muy tenues en las mejillas, hojas de lirios moradas y negras en torno de los ojos con pupila de miositis. Toda rubia que se ve en esos jardines nos parece una tísica, como si la tisis fuera enfermedad de rubias.

Cerca de esta debilidad de enfermas, el estallido de la exuberancia, de la alegría de todos los que vienen a fortalecer sus pulmones en este aire lavado y puro, que no llega a tocar a la tierra. Para nosotros, todos esos turistas son siempre ingleses. La mayoría de ellos hacen el viaje a pie. Son gentes ricas, cansadas de la comodidad, que vienen aquí y se encantan sufriendo los rigores del clima, las fatigas de las largas caminatas peligrosas al borde de precipicios y desfiladeros. Caminan vesti-

dos con su uniforme de turista, su mochila, en la que no deben faltar árnica y vendas, a la espalda; y se sienten alegres y dichosos con lo que constituye la desesperación de los pobres. Lo principal en todas las cosas es la idea que nos sugestiona: las privaciones que toman el nombre de diversión dejan de ser penosas.

El camino presenta continuamente desigualdades: valles profundos, montañas altísimas cuya blancura uniforme rompe, de vez en cuando, un tren que vemos salir de entre la nieve por el agujero de un túnel, y serpentea apareciendo y desapareciendo como si trazase una línea negra al seguir senderos ignorados. Tiene algo de lo fugaz y mágico de esos trenes de juguete que trazan su círculo en un paisaje ideal, cuando se echan diez céntimos en la máquina que pone en juego sus manivelas. Si todos los trenes dan cierta ansiedad de viajar en ellos, ningunos como esos trenes de cremallera que ascienden agarrándose a la tierra con sus garras potentes, verdaderos monstruos de hierro, nos dan la sensación de ascender, ascender, ascender siempre. Esperamos descubrir desde la altura adónde nos conducen toda la tierra y todo el cielo, como si las esferas partidas para nosotros en extensos planisferios se presentasen ante nuestra vista. Esa atmósfera que se enrarece, esa pesantez que dis-

minuye al subir, nos da idea de que vamos a perder por completo la pesantez y a vivir en la vida de algún otro mundo, allá en la altura.

Y quedan atrás los Alpes berneses y Berna, la gran capital de aspecto aldeano. El día muere dulcemente y no sabemos si se ha perdido el sol o si está aún sobre nuestro horizonte oculto en la sombra de las montañas. Pasa una noche entera, una noche extraña, una noche en que la nieve parece que ha guardado la luz y la reverbera. Alumbra la nieve el paisaje como si fuese fosforescente. Se ve la extensión nívea sobre la que se recortan sombras de los helechos puntiagudos, contornos de montañas. Arriba, el cielo lechitierno está opaco y menos luminoso que la nieve; y los lagos, que se abren ante nosotros de vez en cuando como una mancha gris sobre el fondo blanco, parecen agujeros hondos, desgarrones de la nieve.

El amanecer da aspecto de llanura al paisaje; la niebla lo envuelve todo; es un túnel de cielo viscoso y blando que nos abraza; desde él pasamos, sin notarlo, al gigantesco túnel del Simplón. Sólo cuando nos damos cuenta de estar en las entrañas del monte sentimos ansia de luz y de aire, un miedo de que la mole inmensa nos sepulte, se desplome sobre nosotros; hay como un peso de montaña que dificulta los mo-

vimientos. Reina un silencio que rompe sólo algún cuchicheo. En la sombra de un túnel se baja siempre la voz o se interrumpen las conversaciones.

La luz cegadora de Italia nos acoge; en realidad hemos pasado una frontera bajo la montaña; se han quedado atrás abetos, helechos y pinos. Ya aquí, la nieve está sorprendida en su carrera y vuelta a helar en forma de estalactitas y ondas inmóviles. Penden chorreones de nieve de las rocas y las laderas de los montes. Es como si se hubiese desgarrado el tapiz blanco para lucir en plena fiesta los bosquecillos de higueras y de castaños; los parrales, los frutales, la vegetación sin rival del Mediodía.

El lago Mayor muestra la magnificencia de sus aguas; han recobrado todo su valor libres de la rivalidad de la nieve. Parece un pequeño mar, y recuerdo la ribera del golfo napolitano, la ribera que va de Sorrento a Posilipo, con su vegetación maravillosa y su diadema de villas pintorescas. La parte norte, suiza, tiene un color verde de turquesa; y la parte sur, italiana, está matizada de un bello color cobalto; sobre su fondo, las islas Borromeas se abren como nenúfares que suben a la superficie en las noches de luna para realizar el misterio de su fecundación y ocultarse después. Tenemos miedo de ver cómo se acurrucan de nuevo en su fondo, cómo

se deshojan y caen en él esas islas que son a la vez museos, jardines e históricos palacios de la nobleza italiana. Pero todas las bellezas no nos hacen olvidar la Suiza que hemos entrevisto, esa Suiza blanca, silenciosa, con sus ríos lentos, sus lagos apagados en la luminosidad de la nieve, sus montañas tan altas que se pierden hasta la idea de la altura, sus ciudades aldeanas, y aquel misterio de los caminos desconocidos que se recorren con el desinterés del que no se propone ir a ninguna parte, sólo andar por andar; arrostrar peligros por el placer de arrostrarlos; tal vez movidos en el fondo por la ansiedad que genera la nieve, ansiedad de más allá, ansiedad de más blancor, ansiedad de más altura... de descubrir un paisaje ideal entre los paisajes monótonos de montañas nevadas, de alcanzar más de cerca el cielo, de descubrir tal vez una estrella desconocida.

Se ha engendrado un nuevo ensueño en el alma. El vértigo de la nieve nos atrae. Fatalmente hay que volver a Suiza, si se la ha contemplado con atención, intensamente, si se ha dejado penetrar en el alma el encanto de su blancura.

CAPITULO II

Ginebra azul.

Ginebra me desconcierta. No es la ciudad suiza que esperaba encontrar. Esta, animada por un alma francesa, es elegante, frívola, modernísima. No tiene rasgos típicos de Suiza, ni recuerda en viejos edificios y recovecos su antigüedad remota. Parece acabada de construir; en todo su esplendor: floreciente, alegre, rica... Tanto, que no logra interesarme...

Esto es un gran elogio para ella: significa que es una ciudad moderna, con suntuosos edificios, magníficos escaparates, reveladores de su vida industrial y comercial, que la cruzan tranvías, coches, automóviles; que está llena de comodidades... que es una gran ciudad... como todas las grandes ciudades.

Una vez vista la Bolsa, el Teatro, la

Catedral, los Bulevares, parece que estamos otra vez en la última ciudad que visitamos, que todas aquellas casas son las mismas, que se han adelantado para recibirnos. No merecía la pena de molestarse para esto. Las compañías de teatro viajan, los libros se venden en todas partes, las obras de arte se reproducen con fidelidad; es igual siempre el confort de las casas y los grandes hoteles; la Prensa y el telégrafo han dado una extensión mundial al pensamiento. ¿Para qué viajar si no se buscara el encanto ancestral de las antiguas ciudades románticas o el encanto de la Naturaleza?

Siempre fué Ginebra la predilecta de los artistas desterrados de su patria, como si su ambiente de libertad fuese propicio y divagador.

Aquí, en las cercanías está el castillo nobiliario donde vivía Madama de Stäel, en el que se conservan sus estancias, y aquélla que ocupó la bella Recamier.

Voltaire se acogió aquí también, y en su castillo de Cerney se conservan sus recuerdos y sus anécdotas, con un respeto lleno de religiosidad y cariño para el *Patriarca de Cerney*.

No falta aquí tampoco la quinta en que vivió Lord Byrón, porque en todas partes que se va hay una quinta en que vivió Lord Byrón, que parece haber llenado el

mundo con su presencia, como lo llenó con su pensamiento. Pasó inquieto, agitado, por toda Europa, deteniéndose en todos los sitios más encantadores, como si se mezclasen en él un anhelo de reposo y de inquietud suprema. Casi todos sus lugares de descanso son cerca de la inquietud de las aguas. En Venecia, en el Lido y en el Gran Canal; en Pisa, frente al Arno; en Roma, a la orilla del Tíber, y aquí siempre al borde de los lagos. Parece buscar espejos a su genio turbulento.

No he querido ir a ver el Calvinium. ¿Para qué?

Sus recuerdos no tienen nada de interesantes. No se concibe cómo en esta ciudad pacífica y riente pudo arraigar el espíritu austero, exageradamente tétrico, despótico y arbitrario de Calvino. Yo no sería nunca calvinista, por lo antiartístico de la figura del reformador.

Por fortuna Ginebra escapó a su influencia. Hoy es una ciudad intelectual, libre, abierta a todas las ideas, a todas las tolerancias, hasta un punto que llenaría de indignación a Calvino si pudiese verla. El tiene aquí su Museo y sus estatuas, pero también las tienen sus enemigos y sus víctimas. Uno de ellos es Miguel Servet. el sabio médico español que descubrió la circulación de la sangre y fué sentenciado a la hoguera por el Gran Consejo de esta ciu-

dad, bajo pretexto de que había escrito contra el misterio de la Trinidad. Cuando se acusa a la intolerancia religiosa de este crimen se debe pensar sólo en los celos de Calvino. Esta estatua vulgar que ha erigido Ginebra para desagraviar los manes del ilustre huésped, que en vez de amparo halló la muerte en ella, apena con su contemplación. Cuando los siglos han pasado su raqueta sobre una de estas tragedias, parece que se depuran y se agudizan más. En la piedad perdurable para la víctima no entra la consideración de que en el transcurso del tiempo nada importan unos cuantos años. Nos parece que habían de seguir viviendo, y el dolor de su muerte nos aflige como si de una cosa evitable se tratase. Es que lo que se troncha y se agosta en estos casos no es la vida del individuo; se mutila la sociedad, la especie, la que sigue viviendo aun y quejándose siempre de la injusticia cometida, de la labor y el esfuerzo que se le han restado. Es el dolor de lo estéril, lo fracasado, lo infecundo: un dolor perdurable y colectivo.

Por fortuna están aquí también los recuerdos de Rousseau, Juan Jacobo Rousseau, combatido, envidiado, calumniado, porque supo cumplir su labor entera y definitiva.

Toda su vida es tan pura, tan sencilla, tan de hombre, que lo acerca más a la di-

vinidad por lo mismo que en la admiración que sentimos no hay la divinización que crea el personaje mítico, el ídolo o el dios que esclaviza sin convencer.

Cuando me dicen: «En esa casa de la *Grand Rue*, marcada con el número noventa, nació Juan Jacobo Rousseau», me explico cómo los que hicieron nacer a Jesús sobre las doradas pajas de un pesebre eran grandes psicólogos. Seguramente ha conquistado más corazones Jesús desnudito en su mísera cuna que inteligencias le han ganado los teólogos.

Rousseau sigue viviendo en su obra, albergándose en nuestros pensamientos y creemos en su existencia real cuando venimos a leer sus libros a la sombra de esos árboles que plantó su mano en esta islilla del río. La sombra de esos árboles cobija su estatua de bronce. Concibo el miedo de los musulmanes a construir objetos de forma humana. Se asemejan a seres con un alma incompleta, hay en ellos dolor, angustia, nos piden su vida, su plenitud de facultades; atormentados, como lo estamos nosotros por el deseo de una existencia plena, intensa, perfecta. Debe haber en ellos un martirio de creación, un anhelo, un alma rudimentaria. Nos sentimos muñecos ante ellos, con relación a otros seres y los creemos semiconscientes con respecto a nosotros.

Esa estatua tiene una plasticidad en sus rasgos de bronce que parece indicar la existencia de su espíritu y nos afligen su inmovilidad y su silencio. ¡Si a lo menos estuviese acostada y en reposo!

Es propia para un reposo eterno esta islilla, pequeña como una maceta, enclavada en medio de las ondas del Ródano, que la va gastando y deshaciendo con su lenta caricia. Esta isla era el lugar predilecto de Rousseau y en ella se comprenden mejor su *Emilio* y su *Contrato Social*. Son libros que están llenos del azul de este lago y este cielo, se reflejan en ellos, esas gigantescas agujas de las montañas que allá a lo lejos parecen hundirse en el azul del cielo, clavarse y perderse en él. La inmensidad de esos montes, esa cumbre lejana del Mont Blanc siempre cubierta de nieve, tan anciana y tan augusta, tan severa y llena de tanta serenidad, influyen sobre la conciencia, sanean el pensamiento como el aire puro lava el pulmón y nos dan la clave de ese gran amor de Rousseau para la naturaleza y de esa gran bondad que lo anima siempre. De esa ferviente adoración a una religión sin misterios.

Todo está iluminado de un reflejo azul. La gran ciudad parece en este crepúsculo trocarse en una alquería y las gentes endomingadas que pasean por los malecones se revisten de ingenuidad. En el lago milla-

res de palmípedos se arremolinan cerca de los puentes esperando sus golosinas. No hay más gracioso, más ligero, que el movimiento de esas golondrinas de cabecitas negras que juegan revoltosas cerca de la solemne majestad de los cisnes y de la tosca y torpe pesadez de los patos. ¡Pobres patos! parecen los rústicos, los campesinos, los rudos, los andrajosos que merodean las migajas cerca de la majestad de esos cisnes inconmovibles, imperturbables, que cuando se mueven dan la impresión de pequeños bucentauros de espolón de oro arrastrados por el viento o el agua en perfecta inmovilidad.

Las aves acuáticas del lago Leman tienen una semejanza con las palomas de la plaza de San Marcos de Venecia. Aquella plaza sin palomas y este lago sin palmípedos perderían la mitad de su belleza. Quizás por efecto de su misma belleza son demasiado solemnes, demasiado severos y necesitan todo este acorde de vida, de armonía, de movimiento, que pone en ellos el aletear y el revolar de las aves.

Ellas son las fieles compañeras que consuelan al lago de la profanación de los hombres. Se bañan en las aguas sin mojar su plumaje, brillan al sol los picos de topacio y de corales en los que parece vincularse un misterio sagrado; extienden y plegan las alas con cierto voluptuoso deleite; jue-

gan con sus cuellos arqueados, que ya se alargan expresando atención, inmóviles y fijos los ojuelos como puntas de guijarros al sol; ya se yerguen demostrando susto, o ya se encorvan graciosos para hundir el pico en el plumón como en una caricia. Chapuzan, se zambullen, chapotean y nadan rompiendo la linfa en mil graciosos giros. El lago Leman sin sus cisnes estaría desolado y muerto.

Como prolongando al lago se extiende la belleza del río. Un poco más allá el Ródano celebra sus bodas con el Arve. Es un espectáculo grandioso. Se ve llegar al Ródano con rapidez de flecha, él es el varón. Va desdeñoso, apresurado, descontento de la entrega que se le va a hacer. El Arve es la desposada; viene tímido, perezoso, a mezclarse con él. Se les ve impulsados por una fuerza fatal; de tener voluntad cambiarían su cauce. No se aman. Cuando sus aguas caen en el mismo lecho corren aún durante muchos centenares de metros sin que se confundan las ondas azules del Ródano, con las ondas grises del Arve. Al fin se fusionan, se confunden, se mezclan, para seguir juntos su camino rocoso y salvaje realizando el destino común de sembrar vida a su paso. Esta belleza de sus aguas y de su atmósfera anula la ciudad. Cuando pasen años de haberla visitado y se pierden en nosotros los detalles de la población,

sólo quedará la idea primordial, intensa, que sintetizará el recuerdo de Ginebra: esa danza extraordinaria y maravillosa de las aves en el lago, la isla de Rousseau como una maceta donde duerme el poeta-filósofo al arrullo de las aguas del río; las agujas de los montes lejanos y el azul de su cielo y de su luz... el azul... mucho azul.

CAPITULO III

Día de lluvia.

De una ciudad de Suiza a otra ciudad el cambio es tan grande y tan completo que no nos damos cuenta de su cercanía.

Guardan los distintos cantones su fisonomía especial. Cada cantón es un Estado unido a los otros por una razón política que constituye su fuerza. Pero autónomo independiente en su espíritu y sus manifestaciones. Son pueblos franceses, alemanes e italianos sin más lazo que el interés común.

Para venir de Ginebra a Basilea me he detenido unas horas en Laussanne. El contraste de ésta con Ginebra es notable a pesar de estar a dos horas de tren. Laussanne es una de las ciudades más netamente suizas; satisface en parte ese deseo de rocas, de montañas y de alturas que se despierta

en nosotros. Está construída sobre montañas. Se sube desde la estación en un funicular, como si se subiese a un castillo. Puentes tendidos de la cumbre de un monte a otro, enlazan los diferentes barrios y allá abajo, en el fondo de las gargantas y de los valles, se extienden los edificios como la vegetación crece en los barrancos. Tiene en conjunto un aspecto guerrero, marcial, con su castillo antiguo de altas torres y los campanarios de su catedral coronando el remate, el punto más elevado; recogiéndose en planos desde la extensión de la base para terminar puntiaguda como un helecho.

La gran plaza que se extiende bajo el castillo es irregular, solitaria, está desierta en este dia de lluvia. Es desolada, triste, evoca el recuerdo de las plazas de nuestras viejas ciudades castellanas; tiene una reminiscencia de Medina del Campo. Calles y callejuelas estrechas, tortuosas, cruzadas de puentes y de viaductos. Todas tienen cuestas o escaleras. Le faltan árboles, es árida, seca, hosca y sin embargo Laussanne es la Atenas de esta nación; la ciudad sabia llena de escuelas, de instituciones de enseñanza, de Academias y Universidades. Tal vez es tan triste por esto. No sé por qué razón no se han hecho compatibles la felicidad y la sabiduría; la ciencia se presenta aún triste, tenebrosa, hu-

yendo de la alegría, de la frivolidad, de la vida. Tal vez entristece la ansiedad que despierta la ciencia, tal vez desalienta el darnos cuenta de la vida que para ser dichosos es preciso vivir ciegamente. No sé. Pero este pueblo de sabios es triste. Se concibe sin esfuerzo que el mito de que la fruta del árbol de la ciencia alejase a los hombres del paraíso.

Llueve, llueve incesantemente. Las burbujas de aire encondidas en las gotas de agua corren rápidas lasc uestas. Eso alegra un poco la ciudad; son cantarinas, animadas, corren, danzan, dan movimiento y vida. Los ojos las siguen, las ven juguetear, romperse y desaparecer. Se rompen como ampollas, como almas que se escapan y se emancipan. A veces se encuentran dos y se juntan amorosas, otras forman grupitos de cristal sobre el fango o se detienen circundando un chinarro. Las miro con la embriaguez que me causaban cuando pequeñuela, las denominaba *frailecillos* y me gustaba acercarme al vidrio de mi ventaba para verlas correr por el jardín. Todo aquel pueblo de burbujas que yo personificaba en cabecitas de monjes encapuchados, me quería contar algo...; algo que no pude entender..., algo que quisiera descifrar aún en los caprichosos monogramas que forman.

Los días de lluvia son más tristes en país

extraño; parece que la lluvia nos aleja y nos aisla más.

Es frío el cuarto del hotel en día de lluvia y el café o el teatro se llegan a hacer insoportables.

Tal vez no me hubiera parecido tan triste Laussanne si no la hubiera visto en día de lluvia.

CAPITULO IV

El pueblo que canta.

He vuelto a Suiza en verano. Basilea, la capital de la Suiza alemana, ejerce una influencia sedante sobre el espíritu, da suavidad y deleite a los sentidos; ofrece un reposo en el que parece que se abandonan todos los miembros: un reposo de cama blanda. Nos encontramos bien en Basilea, hasta el punto de reprocharnos en no haber venido antes. Es como la ciudad buscada para término del viaje.

Deambulamos por sus calles sin cansarnos jamás. Ofrece Basilea un encanto de variedad único, que no se agota. De calles amplias y modernas se pasa a callejuelas sombrías. De pronto hay callejones con escaleras empinadas como los vicos de Génova; de pronto, un brazo del Birsig corre a lo largo de una calle, cruzada de puen-

tes como un canal de Brujas. Y siempre la verdura de los árboles, la alegría de las fontanas, las innumerables plazas, que rompen con encantadora desigualdad la monotonía.

Son plazas tristes, no tienen flores; tienen demasiados árboles, árboles añosos de ramaje tupido y espeso. Hay demasiado césped, demasiada sombra; ambiente de humedad; todo esto les da recogimiento de capilla.

Recordaré siempre como plaza triste la de San Pedro, frente a la iglesia de su nombre. Una iglesia rojiza, de pared lisa, cerrada, solitaria, sin culto; ante ella un sólo árbol rodeado de una verja, como su único adorador, y al otro lado, más lejos, la gran plaza sin sol. Una vieja hacía calceta en un banco, y dos guardias fumaban, silenciosos, sus pipas.

Se encuentran con frecuencia en estas plazas y en medio de las calles surtidores y fuentes de hierro en forma de copa de champagne, en uno de cuyos bordes una gallina con las alas abiertas arroja de su pico un chorro de agua clara. Una cadenita sujeta un cubilete que invita a apagar la sed. Estas fuentes están siempre rodeadas de gentes que beben y de chicuelos retozones que se lavan la cara o las manos. Sin embargo, las plazas son tristes, quizás por su misma exuberancia, por su ex-

ceso de frescor de umbría, o quizá por el contraste que forman con la alegría de las calles. Todas las tapias están cubiertas de verdura, todos los balcones tienen flores; y como no son balcones volados sino abiertos en el muro, con esa cruz de cristales propia de la arquitectura de este país, cuelgan de la fachada verdaderos tapices. Tejados de diversos colores ofrecen una desigualdad pintoresca de tamaño, de altura y de color.

Adornos, relieves y pinturas lucen con profusión en las fachadas. Las torres de la Catedral, su tejado y la capillita del puente central, con su caparazón de mosaico claro, ponen una nota pintoresca, vistosa, pero detonante sobre el conjunto. Son brochazos de color que se encuentran frecuentemente en Basilea, hasta en sus grandes edificios. El Ayuntamiento tiene los muros de un luciente color almagro, en el que han pintado en tonos fuertes: azul, amarillo y verde, frisos de ángeles rollizos y figuras de caballeros con armaduras, estropeando la belleza sencilla de su arquitectura gótico-borgoñona.

Manutius Palancus, fundador de la ciudad bajo el imperio de Augusto, está representado como un grotesco Cristobalón.

El *Munster*, Catedral, conserva el interés por su fachada, donde el atrevimien-

to, la originalidad del artista esculpió el San Jorge a caballo, armado de una lanza que introduce en la boca de un dragón colocado a un par de metros más allá. Es un capricho que rompe la simetría con valor, con gusto, y da a la Catedral de Basilea una nota original y extraña. Su arquitectura es románica en unas partes, gótica en otras; la adornan varias estatuas que se destacan en los muros rojizos; pero la que merece mencionarse, aparte algunas bellas gárgolas, es el San Martín partiendo la capa con un pobre, que no llegó a esculpirse.

Hasta en sus magníficos edificios modernos, Basilea emplea la piedra rojiza. Esto acrecenta y marca los contrastes con las tapias derruídas, las viejas puertas de la ciudad y las iglesias, que envejecen sin su antiguo culto.

El *Pfalaz* es una hermosa terraza plantada de árboles, desde donde puede apreciarse bien todo el conjunto, toda la perspectiva y todos los detalles de la población. A la derecha, los edificios magníficos, los barrios modernos, la ciudad de comerciantes y burgueses, el *Gran Bâle;* a la izquierda, el *Petit Bâle*, la ciudad de los obreros de la industria del trabajo, erizada de chimeneas que ennegrecen de humo el azul de su horizonte. Las dos partes están separadas, inconfundibles. El Rhin, con

su cauce ancho y rapidísimo aquí, da la impresión de haber abierto una brecha al través de las casas, según en algunos lados baña los cimientos y en otros irrumpe paseos y malecones. Una línea de verdura lo rodea, lo ha subrayado una línea verde en sus riberas; árboles, enredaderas, ajomates, ovas, que crea la humedad en las piedras.

Hasta los que conocemos el color de Nápoles y de Andalucía nos quedamos sorprendidos aquí. Es esto más pintoresco, más colorista. Lo admirable es que no haya, a pesar de eso, nada de alegría ruidosa, nada de cromo, nada de pandereta. Es un milagro de luz. Si extendiéramos sobre Basilea un cielo azul y brillante como el de Italia o el de España, lo que aquí es fundido, dulce y perezoso se hará chillón, detonante, acre y fuerte en demasía.

Pero la luz no es dorada como la nuestra, es blanca y tenue hasta en esta estación de más luz; lo envuelve y lo acoge todo sin exaltarlo, manteniéndolo en un justo medio de armonía, dando a todas sus partes el valor pictórico que tienen. Por eso Basilea no es grotesca, sino apacible, ingenua, pueblerina.

Lo he comprobado en su fiesta del 14 de Junio.

Estaba en la calle el pueblo todo... y to-

dos vestidos con notable mal gusto...: las mujeres parecían caricaturas de las modas de hace diez años... Los turistas se creen dispensados de conceder nada a la estética, y pasean sus vestidos grotescos, sus mochilas, sus gorras, sus pantorrillas al aire y sus cuellos descotados. Ellas ostentan sus sacos de crochet, sus gorrillas y sus velos. Yo creo que inyectan su mal gusto y su despreocuación en el país... En cuanto al tipo suizo, no me ha parecido muy bello; es un color hepático y la piel dura, curtida, sin frescura, hasta en las mujeres jóvenes. Los cabellos de un rubio deslucido y una hosquedad de estopa; los ojos claros con poca luz, y los labios del mismo color de la tez. Es el tipo general.

En los hombres, altos, forzudos, pesados, de un tipo moreno que forma contraste con los grandes bigotes de un rubio oxigenado. Muchos tienen las mejillas amoratadas, como si les hubieran dado golpes; un color de sangre cuajada.

Casi todo el pueblo era actor de la fiesta. Se formó una larga procesión de gente.

Cada sociedad de Basilea y cada representación de los otros cantones marchaba formada detrás de su estandarte, con su música y sus trajes pintorescos... y todos cantando.

Muchas secciones estaban formadas por

señores que vestían su traje habitual. Iban serios, poseídos de la importancia de su papel, marchando a compás con una tarjeta como escarapela en el sombrero, y el bastón o el paraguas con la contera hacia el cielo, colocado a guisa de fusil.

Cantaban todos, y todos iban graves, circunspectos, poniendo una extraña seriedad en divertirse. La multitud discurría también con mesura por la calle, no gritaba ni se alborotaba. Ni rumor de conversaciones, ni gritos de vendedores, ni comentarios a lo que se veía. ¿Concebimos nosotros una fiesta popular sin ruido?

Era algo como la vista de un cinematógrafo.

Y aquellas buenas gentes se pasaron el día así: cantando y recorriendo infatigables una calle después de otra, detrás de sus músicas y estandartes los de la procesión y agrupándose los espectadores para verlos pasar, sin correr ni empujarse, ni hablar. Tal vez por su mesura y su silencio alejaban la evocación de Teniers, que aun se halla en las fiestas belgas y que en algunos momentos quería surgir aquí.

Las mujeres habían tomado escasa parte en la procesión, pero era la suya la parte más bella: una veintena de mujeres de todas las edades, vestidas con los trajes típicos de los diferentes cantones. Esos

trajes del pueblo que se llaman típicos y que son tan universales, que se recuerdan unos a otros en todos los países. El tocado más típico que he encontrado en estas mujeres es una especie de lazo negro, con flecos en las lazadas, que les caen a los lados del rostro, y la trenza colgando con otro gran lazo en la punta. Es de un efecto muy pintoresco. Yo lo he bautizado con el nombre de tocado de viuda. Sería un tocado de duelo interesante e ideal si llegara a universalizarse. Por lo demás, había aquí refajos de granadinas, corpiños de bretonas, faldas de la isla de Marken, zagalejos de Chócharas, basquiñas napolitanas; pañoletas de charras, peinados de valenciana, tocas de holandesa, pañuelos Wateau... Todo igual, mezclado y repetido... y siempre bello, siempre nuevo, siempre juvenil y riente.

Los mozos que las acompañaban vestían del mismo modo...: un recuerdo de los trajes de majos, de toreros, de aragoneses, de zaragüelles de la huerta y de alamares de gitanos. Todos cogidos de la mano, danzando, jugando al corro, tocando las flautas y los instrumentos pastoriles, ofrecían esa impresión grata que nos produce siempre la evocación de un pasado. Como si recordáramos un tiempo lejano en que todo eso nos ha sido querido y habitual.

CAPITULO V

El día del Señor.

Son inefables estos días de Basilea; se deslizan del rosario de nuestra vida tan suavemente que no los sentimos huir. No hay nada comparable a un paseo a la orilla del río a la hora en que declina la tarde y el sol se acuesta blandamente, sin arreboles ni oros vesperales en las nubes que entoldan el horizonte; se extingue en una sinfonía en gris.

Se encuentran muchas familias y muchas parejas solitarias en este paseo. Todos llevan aire reposado y honesto. Este ambiente hace a la gente buena y sencilla. Se comprenden los gustos infantiles, sanos: son almas sin complicación; no tienen anhelos, no necesitan hacer esfuerzo para mantenerse en lo mediocre. Son gentes satisfechas, de gustos sencillos,

que no leen más que libros morales, cuentos infantiles y novelas de costumbres, de esas en que se come muchas veces y las muchachas virtuosas se casan al final.

Hoy es domingo. Desde muy temprano nos despertaron las alegres músicas que pasaban el puente en dirección al campo. Hemos tomado un tranvía de jardinera, porque en ellos todo viaje se convierte en viaje de recreo, y hemos ido también al campo. Se respiraba una sana alegría. Las familias paseando, cantando, departiendo, sin el bullicio de las fiestas españolas, sin nada de lo que tenemos costumbre de ver en esas expansiones que llevan a nuestro pueblo los días festivos a los Cuatro Caminos o a la Bombilla. Nada de fiesta y algazara nocturnas como la de nuestras verbenas; la fiesta aquí era de verdadero descanso, de reposo, de familia. Las esposas, los padres, los prometidos formando alegres grupos, reposados y tranquilos. Sólo los niños movían el bullicio con sus voces alegres. Los niños suizos que juegan en el campo y en la calle, hasta que la escuela los sujeta y pasa sobre ellos su nivel, son lo mismo que los niños meridionales. Traviesos, juguetones, revoltosos y alborotadores. Gritan tanto, que parece que tienen prisa de gritar para convertirse luego en estas gentes tan silenciosas y tan circunspectas.

Son verdaderamente afortunados estos niños suizos. No ven en torno de ellos esa miseria aterradora de nuestros pueblos: se les educa y se les da aire.

Su campiña parece hecha para que paseen en ella; tan verde, tan plácida, tan llena de senderos que se cortan y se entrecruzan. En esta parte de Suiza no se ven altas montañas; hay olor a heno, a hierba fresca, al estiércol fermentoso de la tierra recién labrada. Olor de fecundación de los campos.

Hemos entrado a comer en un merendero. Aquí hemos podido apreciar toda la sencilla alegría del pueblo. En todas las mesas había niños. Una camarera servía la mesa con una pequeñuela en los brazos. La *petite Bertha* tendía las manecillas hacia los platos y daba tirones de los sombreros. En la mesa próxima a la mía vimos a una de las camareras del hotel, elegantemente vestida de sombrero y guantes, como si su empleo de criada no perjudicase en nada su condición de señorita. Una vieja que entró a comprar cerveza besó con cariño a otra lujosa dama, que la llamó tiernamente «Mamá».

Todos están contentos y saborean con placer su comida. Las comidas suizas son, por lo general, sólidas y abundantes. Su base es la carne, la manteca, la leche y las verduras: todo bueno y suculento; sólo

la cena es simple y sobria, demostrando que conocen y practican la higiene.

Lo que llama mi atención es el abuso de especias. Las compotas se hacen todas con canela; las ensaimadas tienen canela; el pan se aromatiza con anís, pistacho o simiente de hinojo; los pastelillos llamados *leokerli de Basilea* son también panes de especia. Notamos la costumbre de mezclar el dulce con la comida. A veces sirven la carne asada con mermelada de grosella y después el pescado y los demás platos.

Mientras comemos pasan de regreso hacia la ciudad las gentes que vienen del campo. Van tocando, bailando, cantando himnos nacionales. Contentos de haber gozado de su campo, de su aire, de su descanso. Sin haber pensado siquiera en los juegos de taberna ni en el alcohol.

Para hacer nuestro día más pueblerino y simple, pasamos la noche en un «cine». En este tiempo no hay teatro, y el «cine» está casi vacío. La gente ha gozado el sol, el aire y no tiene gana de ficciones ni artificio.

Pasamos un par de horas viendo escenas de detectives y sufriendo emociones de gran Guiñol. El «cine» tiene el privilegio de la universalidad. Es el mismo en todas partes. Nos hace olvidar dónde estamos, y al salir nos sorprende algo des-

agradeblemente: tener que ir a encerrarnos en un cuarto de hotel cuando nos habíamos creído a dos pasos de nuestra casa. La fiesta de familia nos había hecho sentirnos en familia también, y ahora nos encontramos de nuevo en toda la soledad del extranjero.

CAPITULO VI

Mi calle.

Vivo a la orilla del Rhin, porque quiero aprovechar todos los momentos para sumergir en él mi mirada. Pero mi hotel tiene salida a otra calle Es la salida que yo prefiero, y esta calle a la que llamo *mi calle*. Tal vez sin darme cuenta, la primera razón de mi preferencia es que esta mi calle se llama *Rheingrasse*, es decir, que tiene el nombre más fácil de pronunciar de toda la población. Aquí, los nombres de las calles, los rótulos de las tiendas, los anuncios, todo está en alemán. Arañan los ojos tantas kaes, efes, haches y ges reunidas; parece que nos van a arañar también los oídos; pero no es así. No resulta inarmónico el acento en que percibimos predominando chasquido de ches, muchas eses y muchas aspiraciones fuertes. Ha-

blan todos alemán y en alemán imprimen sus periódicos; pero como quieren ser suizos a toda costa, se apresuran a hacernos notar que su idioma es *el suizo*.

La segunda razón es que esta calle es pobre, tranquila; rara vez la cruzan carruajes y no pasan por ella tranvías. Es limpia, ancha, tiene casas viejas, los chicuelos juegan en medio de ella y las gentes se sientan a tomar el fresco en las puertas, de la misma manera que en España.

Frente a la puerta del hotel hay un escaparate de objetos de arte. Son todos vulgares, pero se destaca entre ellos un busto relicario de Santa Fortunata. Aunque no fuera más que por ese busto pasaría todos los días esta calle. No soy devota de Santa Fortunata y tengo que confesar mi ignorancia de no saber quién es ni qué sucedió en su vida. Empecé a leer una vez el Año Cristiano y lo dejé a mediados de Enero. Se habían confundido en mi cerebro todas las historias de santos en una sola. Me parecían todas la misma, y ya me iba haciendo indiferente ante aquellos relatos terribles de descoyuntamientos, desuellos, hogueras.. No. No leeré jamás el Año Cristiano, ni los sucesos del día. No los soportan mis nervios.

Pero yo le he hecho mi leyenda a Santa Fortunata. Es virgen y mártir. De esas dos cosas no me cabe duda. Debió ser hija

de algún rey y debió amar mucho. Todo eso me lo dicen sus rasgos; su semblante fino y suave, distinguido, triste. Se parece a la Bella Desconocida y tiene rasgos de Eleonora de Este. Leo en su pedestal todos los días el *ora pro nobis*, como un saludo. Se me han hecho familiares y queridas sus facciones melancólicas, desdibujadas y dulces, y la miro como esos enamorados románticos que, lejos de su amada, les gusta fijar los ojos en una misma estrella.

Al lado del escaparate de mi Santa Fortunata hay una librería. En la ciudad todos los escaparates están llenos de libros preciosamente editados, pero todos en alemán, salvo algunos franceses. Esta librería es italiana, y escribe en uno de los lados de su escaparate: «Obras anarquistas y revolucionarias». ¡Qué hermosa libertad la de este país! ¿Qué tienen aquí que temer de anarquistas ni de revoluciones? Veo en el escaparate obras de todos los revolucionarios y ácratas españoles y leo títulos que nos pondrían ahí los pelos de punta. Tras el mostrador de la Biblioteca *Libera Editrice* hay una mujer. Una italiana de cabellos negros, y siempre que paso la veo absorta en la lectura de sus libros revolucionarios. Sólo un día la he visto dejar su quietud para vender un folleto, y había en sus movi-

mientos y en su mirada una especie de exaltación y de fiebre.

Siguen, al lado uno de otro, un *albergo* italiano y un *Herberge* suizo. Una mezcla de casa de huéspedes, posada y taberna. Siempre que se pasa ante el italiano se escuchan voces alegres, risas, parece que se pelean. El suizo está silencioso; la puerta abierta deja ver en la sala hombres gordos y mujeres serias que beben su cerveza y su café con mesura y dignidad. Al hacer el pedido lo pagan, y al acabar se marchan. Aquí no se conoce el convidarse unos a otros, discutir lo *qué va a ser* ni repetir y gastar chicoleos con la camarera. Al entrar saben ya para qué entran, lo que quieren y lo que cuesta. Están todo el rato que les parece bien y no se permiten molestar a nadie. Se ve que existe un concepto de los derechos de todos, una práctica de verdadera libertad.

En la esquina hay un café cantante. Cada vez que paso oigo música y voces de mujeres y de hombres que en animados concertantes entonan *cuplets*. Algunas veces se escuchan guitarras. No he entrado, porque he visto al través de la ventana unos hombres morenos con pantalón de campana muy ancho, que me han recordado nuestros chulos. Quizás serán buenos campesinos y los he tomado por *apaches suizos*.

Nos sentamos a la vuelta, en la gran terraza que el hotel tiene sobre el Rhin, al lado mismo del Puente Central, el *Mittlere Rheinbrücke*. Desde allí se distingue el más bello panorama de Basilea. La orilla de enfrente, con el *Munster* (Catedral), el *Pfalaz*, las torres de San Martín, los pintorescos edificios de la ribera y la profusión de árboles, que les prestan una apariencia de *chalets* y de castillos en medio de un jardín.

«El Rhin corre a mis pies.» Me repito esta frase con emoción. ¡El Rhin! ¡El Padre Rhin! ¡Mi río sagrado! Aun después de haber visto todos los ríos célebres de Europa, el Rhin impresiona. Es el río de los poetas, el río de las leyendas germanas, el que atraviesa la misteriosa Selva Negra, el que pasa por Düsseldorf (1). No lleva ya oro en sus aguas el Rhin, pero lleva algo de más valor. Versos, poemas, ensueños.

No hay comparación posible entre este río salvaje y el Sena, el Tíber y el Támesis, puestos al servicio de grandes poblaciones, con su leyenda de crímenes y de terror.

Sus aguas son verdes y son aguas vivas. Aguas que corren aquí con rapidez de flecha, sonorosas, agitadas, y que se entur-

(1) Patria de Heine.

bian y se alborotan y forman oleaje los días de tempestad.

El Rhin es río de leyendas de amor, de náyades, de encantos, de gnomos y de enanitos. Se comprende la personificación de los ríos que hicieron los romanos. Bajo estas ondas habla un mundo sobrenatural, invisible, bello... que atrae... que atrae de un modo peligroso.

Alguien llama desde él; nos asomamos con ansia de oirlo... de oir una canción... esa canción que escucharan Wagner y Beethoven; de recibir una ablución de sus aguas como un bautismo para los artistas. De ver en su fondo una corona, como la heroína de Maeterlinck, muchas coronas entre esa linfa de verde sombrío, sin luz y tan llena de luz, sin embargo; de ver ese lecho blanco que buscó la Lantelme, esa isla de reposo que sorprendió Böcklin y que debe estar en su fondo, ¿qué misterio hay en este río? Es poco más ancho que el Arno en este lugar, más allá se estrecha, parece un humilde riachuelo que corre entre abetos, y, sin embargo, yo lo declararía el más grande de los ríos de la tierra.

CAPITULO VII

La danza de la muerte.

Un Museo de historia por interesante que sea, entristece siempre. Este de Basilea se halla instalado en una antigua iglesia católica. Las catedrales y las iglesias católicas cerradas ya al culto no deberían servir para nada. Se entra en las naves y dan frío. Tienen olor de humedad, en lugar de ese tibio olor del incienso quemado y de las flores marchitas en los altares, que son tan adormecedores y tan vagos. Cuando se penetra en su recinto, lleno de objetos mediocres, se ve su desolación y su abandono y vienen a herir el sentimiento con la sensación de lo inútil, de lo inmovilizado. Gustan más las ruinas de lo que ya no ha de vivir, como el Foro o el Parthenon, que estos restos insepul-

tos, aun vivientes, que dan la sensación de amputación, de sufrimiento.

Está en este Museo de historia todo lo notable que encerraba la Catedral y todo cuanto puede servir para la reconstrucción.

Tenemos que visitarlo para buscar lo que verdaderamente haya de típico e interesante entre todo ese cúmulo de cosas que nos creemos haber visto ya en alguna parte, porque son siempre tan iguales que les cuadra la denominación común de *piezas de museo*.

En la nave central de la antigua iglesia, entre armaduras y cotas de malla, escudos y toda clase de recuerdos bélicos, está el San Martín de piedra, de la Catedral; es verdaderamente interesante, en esa actitud piadosa que tantas veces ha servido de inspiración al arte. Cerca de él se alza la Fontana de Holbein. Una columna sobre la que un gracioso tocado de cornamusa hace sonar el instrumento, a cuyo son danzan en círculo los aldeanos. Es de una admirable composición, de un conjunto gracioso, armónico, en el cual cada figura conserva todo su valor. Su defecto, visto de cerca, es exceso de color y exceso de dorados. Holbein, al dibujarla, contó con la placidez de la luz y con el efecto de la columna sobre el agua; en el Museo pierde mucho de su valer.

Sobre ella está el grotesco *Saellenkaening:* una cabeza de cobre repujado que saca la lengua y mueve los ojos, clavando en los que lo contemplan una mirada fiera y amenazadora que contrasta con el gesto burlón. Proviene de un antiguo reloj de la puerta del Rhin y ha venido a sepultarse en este Museo.

Las capillas de alrededor de la nave y las galerías altas se han convertido en habitaciones, en reconstrucciones de las viejas casas suizas: comedores, dormitorios, salones y cocinas. Se conservan muebles históricos, tapices de Gobelinos, joyas (entre ellas un facsímil del retablo en oro repujado que donó Enrique II a la Catedral, y cuyo original está hoy en Cluny, por ese derecho de conquista que autoriza el despojo de los pueblos), todo el enorme fárrago de un Museo de esta clase. Todo eso que marea, que se amalgama, que se confunde y se pierde en su exceso y su promiscuidad. Cada una de estas cosas por sí sola nos interesaría; muchas nos conmoverían hondamente. Todas reunidas, hacinadas, expuestas con su tarjeta explicativa bajo ellas, pierden el interés. Los museos tienen para las cosas algo de los que tienen los asilos para los pobres: lo igualan y lo confunden todo. El asilo y el hospital representan la miseria de la sociedad, que crea la casa de todos porque

cada uno no puede tener su casa. El museo es también una casa de todos y de todo. De todo lo que no se puede conservar en el sitio para donde fué creado, único en que puede tener su vida completa y causar la emoción que se propuso el artista. Sería mejor que las obras se perdieran que enterrarlas así en esos grandes cementerios, donde se dificulta hasta el misterio de su transformación.

Arrancada también de su sitio miro aquí, reconstruídos los escasos fragmentos que restan, la célebre Danza Macabra de Basilea. Los suizos han demostrado una rara afición a pintar la muerte; en Lucerna hay otra de estas célebres Danzas, y en los museos se tropieza con el mismo asunto, tratado casi siempre con humorismo.

Esta danza de los muertos fué pintada al fresco en la primera mitad del siglo xv, sobre el muro del cementerio del convento de los Dominicos. Ya en muy mal estado se logró restaurar su conjunto para hacer reproducciones que dieran idea de ella, y sólo se han salvado algunas cabezas.

Tiene la pintura una semejanza, aunque remota, con el «Triunfo de la Muerte», de Andrea Orcagna, en el cementerio de Pisa. Es igual la expresión que hay en los rasgos, en armonía con el primitivismo, en la factura y en las violencias de color.

El artista ha querido pintar, no un cuadro, sino una serie de cuadros con su moraleja y todo. En primer término, de la larga fila que compone el fresco, se ve un predicador que dirige la palabra a la multitud. Parece que les habla de lo inestable de las cosas humanas, porque la escena siguiente representa un montón de huesos, de calaveras y de esqueletos que salen bailando el son de flautas y tambores. La musa popular, que ha puesto leyenda a todas las escenas, dice:

«Mortal, con respeto contempla tu pintura.—Igual que esos cuerpos odiosos serás tú al fin.—Así la flor de los campos que florece por la mañana.—Por la noche no es más que un despojo estéril y sin forma.»

El artista le ha dado a su obra, con aparente despreocupación, una gran variedad y una gran ironía. La Muerte no perdona a nadie: emperadores, reyes, reinas y emperatrices. Siguen cardenales, obispos, jueces, damas nobles, artistas, sabios, bellezas célebres, mendigos, jóvenes y viejos; a todos los arrastra con un gesto regocijante; tiene esa familiaridad amistosa, de amigo dado a la francachela, que da grandes golpes en la espalda; de esos camaradas que se acercan sigilosamente por detrás y nos tapan los ojos a fin de ver si los conocemos, o nos

enlazan súbitamente por el brazo para llevarnos con ellos.

Esta muerte, más que trágica es burlesca; quizás la que se aparece más dolorosa es aquélla que ostenta cara cadavérica y conserva sobre el esqueleto las últimas piltrafas de la carne; es la menos real, y tal vez por eso más repugnante. Se nos presenta con la sencillez de un hecho natural. No hay para todos igualdad en la muerte. Hay una variedad que indica que la muerte es algo nuestro y que va con nosotros. Lo revelan las actitudes. La muerte del manco es manca y la del bufón burlesca como él. Hay en la Muerte gestos de cariño o de burla para los que elige. Parece que con las mujeres intenta un vals más alegre que con los hombres. Es saltarina, y le gusta sobre todo tocar algún instrumento de música: flautas, violines, castañuelas, zampoñas y violas. Ella las toca con alegría, se adorna con sombreros, con mantos y con plumas. Sus palabras, que están llenas de una fina ironía, con los poderosos son de una gran ternura y da consejos maternales a esas gentes humildes que se dedican a ganar pobremente la vida. Tan transigente es, que permite a todos una respuesta a su invitación. Respuesta llena de humildad, de miedo; todos están sorprendidos en su ambición; sólo los pobres, los desdichados, la

siguen contentos, como los que imploran en el cuadro de Orcagna: «¡Oh Muerte, medicina de mi pena!»

Cuando sorprende al buhonero y le arrebata su escaparate y tiendecilla ambulante, él exclama:

—¡Oh Muerte, te suplico que esperes a que mis deudores me hayan pagado!

Un cardenal dice:

—¡Morir, cuando yo espero llegar antes de un año a la mayor grandeza!

La reina suplica:

—Déjame vivir lo bastante para que aprenda a morir.

El ciego, al que ha separado de su perro lazarillo la tijera de la Parca:

—Sin vista, sin amigos, separado de mi pobre perro. Sea la Muerte bien venida.

La esposa de un pintor que ha perdido su familia se resigna:

—Vamos a reunirnos todos al pie del Altísimo.

El gordo cocinero protesta:

—La Muerte me llevará al lugar donde todos los días son cuaresma.

Con el bufón, la Muerte se toca con gorro de cascabeles, también, y lo arrastra a pesar de su queja:

—No respetas ni siquiera a los locos.

Pero con los humildes es amable, y dice al mendigo:

—Pobre viejo impotente; en la tierra

no eres más que un fardo; en mi ronda danzarás al lado de los reyes.

Consuela a la jovencita:

—La palidez se ha extendido sobre tu semblante; no tengas miedo y dispón tu corazón para bailar sólo conmigo.

Con el usurero es cruel:

—Alma infame y vil, no eres más que un ladrón y seguirás las huellas de un guía tan negro como tu corazón.

Dice, galante, a la emperatriz:

—Vuestros cortesanos han huído, tomad mi mano y danzaremos juntos.

Invita al kaiser:

—Tenéis ya la barba gris; disponeos a seguirme, mi trompeta os ordena partir.

Y al Pontífice:

—Santo Padre: ni tiara, ni cruz, ni derecho de indulgencia de este paso decisivo os pueden dispensar.

El Papa, aterrorizado, responde:

—Pontífice independiente y orgulloso de mi poder, reinaba en nombre de Dios y gobernaba sin su ley. Vendía a altos precios las dispensas, y la Muerte no quiere vendérmela a mí.

Cerca del final están Adán y Eva, la pareja cuyo crimen irritó al Soberano de los cielos para cambiar en lugar de duelo esta tierra tan bella. El último cuadro es una ciudad desierta y desolada.

Parece que la moraleja de la composición

estriba en los versículos del Apocalípsis: «Nadie debe creerse mejor que otro y olvidar su miseria, su pobreza y su desnudez.»

Pero al autor de este cuadro le ha pasado lo que a Orcagna. Se ha dejado llevar de su sentimiento y el cuadro es revolucionario en demasía. Como Orcagna, se apasionó enviando al infierno príncipes y pontífices, éste se ha apasionado haciéndoles bailar.

Los pintores suizos son muy aficionados a pintar la danza de la Muerte; muchos y bellos ejemplos hay debidos a su pincel, entre ellos el de Lucerna, cuyos fragmentos se parecen a la célebre danza de Loubec en Alemania.

En toda esta clase de composiciones se observa el mismo espíritu revolucionario, el grito de rebeldía que se esconde entre esas contorsiones grotescas.

Cuando estas obras aparecen en lugares santos o con caracteres religiosos y vemos cómo la Iglesia misma lanza valientemente ese grito de protesta contra la desigualdad, pensamos que sin el puritanismo que le impusieron los cismas ella sola nos hubiera llevado sin detenerse por el camino de la revolución y el paganismo.

El secreto de la vida de estas obras, que nos impresionan siempre, está en lo fuerte, intenso y humano que se condensa en ellas.

CAPITULO VIII

El fuego sagrado.

Holbein y Böcklin han sido los dos nombres que me atrajeron hacia Basilea. Durante mi estancia en ella he ido todas las mañanas a contemplar sus obras al Museo de Bellas Artes y luego me ha perecido verlos paseando sus ensueños por estas calles y estas plazas.

Holbein, el humano Holbein, tuvo su residencia en esta ciudad durante los años más floridos de su vida. El gran pintor vino a Basilea en la edad de los sueños, de los amores: a los diez y ocho años. Aquí se formó su genio y aquí amó. Basilea fué para él lo que Francfort para Alberto Durero. Más de una vez evoco su figura en estas calles, lo veo pasar entre los indiferentes, desconocido, perdido entre la multitud que no puede divisar la estrella de

oro en la frente del artista. Estas plazas, húmedas y sombrías, cobijarían sus ensueños; él bebió su inspiración en las ondas del Padre Rhin y aspiró la vida sensual, fuerte y tranquila de estas buenas gentes, hasta amar y casarse con esa mujer que ya en su cuarentena ha retratado la mano del pintor, y que parece que llora y que sueña entre los dos niños pensativos. Víctor Hugo ha dicho que se experimenta deseo de besarla en el cuello. Es una figura dolorosa la de Elisabeth Schomid, que no fué la esposa feliz del pintor, el cual, fiel a su arte, no ha disimulado en el retrato ese pliegue doloroso de su rostro.

En ningún Museo hay una colección de cuadros de Holbein tan numerosa y tan completa. Hacia todos lados que se vuelva la cabeza se encuentra un Holbein. Lutero, Erasmo, Malachton, Catalina de Bora y él mismo y su familia; todos con ese sello admirable de realidad, de tristeza y de dulzura, en las que se asoma el alma del pintor. Existe también una gran colección de esos dibujos suyos simplicísimos, en los que con cuatro trazos maravillosos presenta un tipo y sabe dar una eterna vida para el arte al pedazo de papel donde pone su lápiz.

Aunque no fuera más que por sus cuadros, habría bastante para hacer venir en peregrinación a los artistas. Hay también

bellos cuadros de Ambrosio Holbein, con ese doble parentesco de sangre y de escuela que existe entre ellos y que Hans Holbein superó, llevando su arte hasta el límite de lo infinito.

Arnold Böcklin está más cerca de nosotros, es un contemporáneo, los setenta y cuatro años de su vida terminaron en los comienzos del siglo xx (1) en esta ciudad que fué su cuna.

Su nombre no se ha popularizado aún mucho: generalmente se le conoce como autor de la «Isla de los Muertos», ese hermoso cuadro que tiene la desgracia de estarse vulgarizando en la reproducciones, tanto como la Venus de Milo. Hay que conocerlo mejor. Arnold Böcklin es sin duda el primero de los pintores suizos.

Existe un rasgo común en los pintores sajones: su amor a la Naturaleza. Sus asuntos favoritos son sencillos, siempre reales, escenas de la vida ordinaria y retratos. Los suizos aman el paisaje tanto como los holandeses y los ingleses, pero no hacen jamás un paisaje para jugar con la luz, como Van der Neer, o simbólico como Turner. Son paisajes tomados de la Naturaleza, como ellos la ven, como ellos la aman; sus ríos, sus montañas. Se contentan con reproducirlas fielmente. Por lo

(1) 1901.

general son poco coloristas; no tienen la justeza de los españoles ni la brillantez fastuosa de los italianos. Su colorido es algo muerto, frío, opaco o bien de una dureza exagerada.

El neoimpresionismo, que ha hecho escuela entre ellos, revela bien su espíritu. Son apasionados impresionistas del color y de la forma, pero no de la expresión ni el sentimiento.

Hay que tener presente que Arnold Böcklin es suizo, se ha educado entre ellos y tiene su temperamento. Pero Arnold Böcklin ha vivido en nuestros años de turbación, de evolución, de nuevas ansiedades, de desconcierto en busca de una fórmula nueva, capaz de satisfacer nuestro espíritu. El ha podido nutrir su alma con esta naturaleza fuerte y plácida de Basilea, las montañas suizas le han mostrado su augusta grandeza agreste y nobilísima y el Rhin lo ha impregnado en su poesía, revelándole sus misterios.

Por eso Böcklin aparece desigual en su obra. Tiene una mezcla de paganismo y de ensueño; de justeza y de falsedad, de sobriedad y de brillantez. Se revela como un alma complicada, atormentada, bajo la aparente serenidad que le cuesta supremo esfuerzo imponerse.

Böcklin permanece fiel a la tradición suiza en su primera época. En sus paisa-

jes y sus retratos su naturalismo toma una forma pagana.

Pero el paganismo de los artistas modernos tiene que ser necesariamente un paganismo falso. Nuestras almas están lejos del alma griega. Discusiones psicológicas sutiles, matices filosóficos de una filosofía espiritualista, de una religión llena de falsedades y purezas absurdas; de un código social lleno de convencionalismo nos han robado la inocencia espontánea del paganismo. Lo que en ellos era belleza, serenidad, pureza, es en nosotros rebuscamiento y sensualidad. No es el paganismo nuestro alegría, delicadeza, primitivismo; es afectación y tosquedad. Por eso en los paisajes que Böcklin anima con un sentimiento naturalista que confundimos con el paganismo, hay una falsedad, un amaneramiento que está lejos de la olímpica grandeza de la concepción pagana. El retrato de su esposa, sus paisajes, lo que es francamente naturalista, tiene esa justeza de los pintores del Norte que hasta cuando quieren ser idealistas son reales, como sucede a los flamencos, que pintan niños de escuela cuando quieren pintar ángeles, y buenos burgueses y campesinas cuando quieren pintar apóstoles y vírgenes.

En sus composiciones neoclásicas es pesado, algo grosero; sus figuras son car-

nosas, exuberantes, sin delicadeza de líneas. El Cristo muerto en brazos de la Magdalena conmueve con la veracidad del sentimiento de la mujer enamorada, envuelta en su toca de viuda, desesperada ante el cuerpo apolino, bellísimo, de un Cristo que, más que un hombre muerto, parece un hombre dormido; no da idea de su maceración, de su martirio. Es un Cristo despojado de toda divinidad y divinamente humanizado.

Pero la fantasía de Böcklin es poderosa. Merced a ella crea los paisajes que sirven de Marco a *Pan en Reposo*, *Petrarca en Vaucluse* y la *Despedida de Ulises*, escenas amaneradas cuya composición vale mucho menos que lo que requiere la grandeza del paisaje. Quedan como subordinadas a las rocas, los árboles y el cielo.

Su colorido se hace brillante, fuerte, detonante, algo agrio; pero armoniza en sus bruscos contrastes. Nada tan sensual, tan juvenil, tan juguetón y tan riente como aquel grupo de mujeres-peces que salpica de espumas blancas un agua verde y luminosa.

En algunos momentos se parece a Goya, en sus caprichos: concepciones grotescas, monstruos extraños, caricaturas de sirenas con patas de gallina, mofa de figuras bíblicas, como la de la *Casta Susana*, sorprendida por los ancianos. Es la misma

fantasía y la misma soltura en el dibujo, aunque hay menos justeza en el color y en la expresión interna. Les falta ese alma, ese movimiento, esa gracia que fué sólo patrimonio de nuestro pintor aragonés.

Pero en Böcklin hay un alma romántica que no se satisface pintando estos géneros; intenta el simbolismo con poca fortuna, y al fin halla la expresión de su genio en esos paisajes románticos en los cuales es solo, único, sin semejanza con nadie. Son paisajes reales, paisajes que ofrecen las orillas del río y de los lagos en esta tierra privilegiada; paisajes con los que he familiarizado los ojos en estos días; pero Böcklin ha visto más que el paisaje, ha visto el ensueño que inspira y lo ha traducido en el misterio de las figuras que cruzan la barca hacia la quietud inefable de su isla de los Muertos. *El Fuego Sagrado* está en el corazón de esa isla. Mejor dicho, la isla es continuación del fuego, porque está pintada un año después de él (1). Son obra de su plenitud de facultades (2), de la completa posesión de su talento. No puede llegarse a mayor realidad de color, de dibujo y de detalle que hay en *El Fuego Sagrado*. Aquellos árboles tienen savia y hojas, que se mueven y que

(1) 1882, El Fuego 1883.
(2) Tenía 55 años.

caen; aquel agua es agua verde del Rhin, fresca y viva; aquella lumbre encendida en el ara tiene oscilaciones y transparencia, y su humo es un humo real que asciende, se pierde y se renueva. Es un paisaje con vida. El talento de Böcklin puso su elemento de ensueño. Tanta realidad lo haría vulgar, fotográfico, sin el romanticismo, la placidez, la unión de las figuras blancas (quizás desembarcadas en su Isla de Reposo) que van en silenciosa procesión a ofrendar en el ara de los misterios.

Lo más extraño es cómo ha puesto Böcklin luz en su color. El cuadro tiene luz real, una luz sin el convencionalismo de Rembrandt, y sin embargo graduada para dar los matices y acabarse oportunamente, a fin de no interrumpir el sueño con demasiada claridad.

Pondría bajo ese cuadro las estrofas de Espronceda (1), y lo guardaría en una capilla para inspirar las ideas más plácidas de desprendimiento de la vida y de dulzura en el reposo.

Böcklin ama ese reposo. Hay en él una gran predilección por la muerte, pero una muerte a la que no se teme; que se concibe como compañera de todos nuestros días, como un refugio siempre dispuesto a aco-

(1) Débil mortal, no te asusten, etc.
(De *El Diablo Mundo*).

gerse piadoso. Se parece Böcklin al valón Antonio Viertz, más que a ningún otro pintor; su obra tiene semejanzas notables y hasta existe entre los dos artistas un parecido físico. Se confundirían sus autorretratos de juventud: es el mismo aspecto de soñador; su barba negra, sus ojos febriles. Hasta la obsesión de la muerte domina en sus cuadros, como en los del pintor belga, constituyendo una vulgaridad que causa disgusto a la sensibilidad de los que contemplamos su obra. Böcklin se ha retratado con la muerte, que parece como sombra de su figura.

¿Por qué se ha vuelto a retratar en la vejez?

Los artistas tienen un valor de evocación en la mente de los que impresionan, un valor para la posteridad. Dar dos retratos es desconcertar, hacer que no se los conozca. El Böcklin altivo y genial, lleno de juventud y de ardor sagrado que se retrató con la Muerte, tal vez creyéndola más lejana y burlándose un poco de ella, no es este Böcklin de su retrato de septuagenario. Un retrato destruye al otro. Este anciano tan suizo, de tez rosa y barba blanca, arrugado y temblón, no tiene más parecido de sí mismo que la noble frente donde anidaron sueños y el alma inquieta y joven que se asoma entre los párpados marchitos. En este retrato no ha pintado

a la Muerte cerca de sí, y ella aparece burlona sobre todos sus rasgos. Después de vistos los dos retratos, el recuerdo no se fija bien en un solo momento. Siempre para recordar a Böcklin habrá que recordar dos figuras distintas y opuestas. Es mejor borrar su rostro de la memoria y representárnoslo encarnado en una de esas figuras alargadas, melancólicas, ideales, qne pasan envueltas en su sudario blanco para ir a arrodillarse en la isla del misterio, ante el ara del fuego purificador.

CAPITULO IX

Las fuentes del Rhin.

Entrevista su belleza se experimenta el deseo de llegar al nacimiento del Rhin.

El Rhin no nace en tierra suiza. Nos lo dice la frontera que para llegar a Constanza tenemos que pasar; de no ser por eso no nos daríamos cuenta de que estamos en otra nación; son las vicisitudes políticas las que han robado esta nacionalidad a Constanza; no hay una separación natural de fronteras, como las establecen el mar o las montañas que separan los territorios. En cada estación marítima o de la línea férrea hay una nueva aduana, una nueva frontera, una bandera de diferente color. Baden, Austria, Alemania, Suiza, confunden y entrecruzan sus límites.

Constanza es ciudad moderna, embellecida por numerosos parques y jardines.

Los recuerdos predilectos que ofrece al viajero son los de Jean Huss. El terrible reformador, prisionero y quemado en ella con Jerónimo de Praga.

Obsesionan sus recuerdos por todas partes, y como sucedía en Ginebra con Calvino, sucede aquí con estos otros apóstoles. No riman sus doctrinas con la placidez del ambiente, con lo pintoresco de esta ciudad enclavada a orillas del lago, en el sitio mismo en donde el Rhin emprende su curso triunfal. Tiene toda la belleza de estas ciudades que se retratan en las aguas claras, que tienen jardines entre las casas y montañas al fondo. Esas ciudades de campanarios agudos y tejados desiguales y policromos están dispuestas para decoración de escenario; son quizás demasiado bonitas; complacen, agradan, seducen un momento con una impresión poco durable.

Todas las poblaciones cuyas casas son de tejado tienen ya por sí un elemento decorativo. Los tejados adquieren valor de torre y hacen de la casita chalet o castillo, según sus dimensiones. Es que el tejado, agudizando la terminación hacia arriba, ofrece la impresión de esbeltez y ligereza de los monumentos góticos. Da una impresión de ligereza, de poca pesantez, que hace esbelta la construcción y se presta a que la mente prolongue las lí-

neas, las combine y las armonice de mil modos diferentes. Jamás nuestras ciudades con terrazas y terrados podrán dar esta impresión de grandeza que ofrece un grupo de casas con tejas y una torrecilla en medio.

Hemos venido aquí sólo por seguir el curso del río y admirarlo en todo su esplendor y en toda su poesía. Embarcamos en un vaporcito de los que hacen la travesía, y el puerto de Constanza nos causa la impresión de un verdadero puerto de mar. El lago tiene las aguas azules, transparentes; parece un mar en calma. Sus orillas ofrecen una guirnalda de ciudades alegres y pintorescas. Cada ciudad está dominada por un viejo castillo, convertido hoy en asilo, sanatorio o escuela, de un aspecto agradable y bello. Es lástima que estén afeadas por tantos rótulos y letreros como rompen su unidad ofreciendo hoteles al viajero. Se piensa tanto en el viajero, que parece que están arregladas esperando su visita, y eso les quita espontaneidad y gracia. Del gran Lago entramos en un brazo del Rhin, que no diferenciamos de él, y nos lleva al Lago Superior. El barco va de una orilla a otra visitando todos esos preciosos pueblecitos. Entre ellos se destaca Ermatingen, con el encanto de sus viejas cabañas de pescadores. Este lugar es el *País del Pescado.*

Eso lo libra algo del turismo vulgar y le hace predilecto de los artistas. Hay siempre pintores que reproducen la belleza de su paisaje idílico. Enfrente, la isla de Reichenau surge del lago medio oculta en la ribera de juncos y plantas acuáticas que la rodean. Se comprende cómo este lugar desató la inspiración de Scheffel, el autor de *La Trompeta de Saeckingen*, que ha evocado a sus sones, como un Walter Scott, las leyendas de sus castillos y las tradiciones y misterios de sus lagos.

Este lago ha sido uno de los primeros solares de la humanidad; todavía las aguas descubren en su centro los jalones de una vieja aglomeración lacustre y sus olas depositan en la orilla objetos que atestiguan la existencia de una época prehistórica, durante la cual los hombres se albergaron entre sus aguas buscando en ellas una defensa más sencilla y más llena de medios para satisfacer sus necesidades, que los nidos de águilas que formaran en las montañas los castillos de la Edad Media.

La ciudad lacustre parece el primer paso de la civilización por el camino del arte. Un deseo de belleza que hace salir al hombre de la caverna para gozar la esplendidez de la Naturaleza entre las defensoras aguas de los lagos.

Wangen, otra aldeíta que gozó en tiem-

pos pasados una triste popularidad de centro de bandidaje, como nuestra Sierra Morena, stá hoy convertida en colonia israelita, apacible y tranquila, libre de los terrores de las persecuciones pasadas; su sinagoga se alza el borde de las aguas.

Al llegar a Stein se ven correr las aguas, empujando el vaporcillo y trocar en verde su color azul. Poco a poco se estrecha el cauce, se desliza en medio de dos riberas desiertas y cubiertas de espeso bosque. Las aguas del Rhin joven tienen un verdor de hierba tierna; están casi cuajadas, luminosas, con reflejos de acero. Debe ser éste el lugar de aquellas plácidas baladas de Heine, en que seres minúsculos y misteriosos seguían el curso de la corriente embarcados en cáscaras de nuez para ir a buscar sus prometidos; se experimenta una intensa impresión melancólica de quietud, que vienen a romper el parpedeo de los pequeños faros y las luces de las aldeítas tendidas a su orilla. Este es el Rhin de las leyendas, el Rhin de los poetas. Hemos de seguir su curso y admirarlo en todos sus aspectos; pero no creo que lo volveré a encontrar tan bello, tan ingenuo, tan inefable como en esta parte de su curso juvenil, con estas aguas tan inmóviles, tan serenas, tan cuajadas en su lindo color verde de hierba tierna, y en esa quietud, esa lentitud tan llena de molicie, como si se

detuviese para contemplarse a sí mismo retratado en el cielo. Porque aquí parece que es el cielo el que copia la diáfana luminosidad de las ondas del Rhin.

CAPITULO X

La canción de la campana.

Nuestro viaje termina en Schaffehouse. Es una población aldeana, poco interesante, pero en Suiza se buscan bellezas naturales y la ciudad importa poco. Tiene Schaffehouse bellos alrededores románticos y conserva su aspecto ancestral. Un sabor de Edad Media, con su alto castillo de Munot, coronado de almenas.

En su Catedral protestante está la célebre «Campana de Schiller», cuya inscripción «vivos Voco, mortuos plango, fulgura frango» (1), inspiró al príncipe de los poetas alemanes su canción de la campana, según carta del mismo Schiller a Goethe. El prestigio del arte da un nuevo valor a las cosas. Las anima, las hace vivir. Una

(1) Convoco a los vivos, lloro a los muertos, detengo el rayo.

campana resquebrajada y rota adquiere a nuestros ojos valor de joya cuando la ha ennoblecido el canto del poeta.

La campana se presta a la poesía; su forma tiene algo de esas flores cerradas, de un solo pétalo, que inclinan hacia la tierra su corola; forma elegante, sencilla, de línea armónica y simplicísima. Su materia es noble, entera, severa, broncínea; su voz, como hecha para sonar desde lo alto, se desgrana y vuela modulando cantos que las almas perciben. Los poetas escuchan en ellas leyendas y revelaciones misteriosas. Las voces de las campanas que acostumbramos a oir, tienen para nosotros en sus dobles, solemnes y sollozantes, o en sus repiques de fiesta, algo de esas voces que nos son familiares y cuyo acento se nos hace querido. Cuando hemos perdido un sér amado hay un recuerdo de su acento en la vibración de la campana que viene de noche a turbar nuestro sueño. Es como si en la campana se acogiesen y se guareciesen los espíritus las noches de tempestad. En esas noches, el marino perdido en la soledad de los mares escucha el eco de las campanas de su pueblo; van a él como un consuelo, se escapan de la lengüeta de metal y cruzan piadosas a buscarlo. Las campanas aman; aman, y por eso son tan vigilantes y por eso se duplican y se exceden. Un somatén,

un toque de incendio, una llamada de las antiguas torres de la Vela expresan la alarma y el coraje de un pueblo. En esos momentos las campanas tienen más voz; gritarían aunque se rompiese su mitad. Las campanas viven muy altas; yo he subido a muchas torres para ver sus campanas gigantescas, campanas enormes, solemnes, que no dejan oir su voz cotidianamente. Esas campanas no son la campana familiar y querida, no son como la madre que todos los días nos habla y nos bendice los manjares. En Nôtre Dame de París, he caminado por un andamiaje de maderas entrecruzadas, para poner la mano en el borde de la campana. Dejó escapar un sollozo como un timbre de plata. En la torre inclinada de Pisa he sentido miedo de aquellas campanas que no suenan y que parecían amenazar con la locura de un voltejear que derribase el cubo de marfil. Parece que esa torre ha de terminar en un imprevisto galop de sus campanas, que le haga, al fin, tenderse sobre el prado matizado de césped que le sirve de pedestal. Las campanas poéticas, conmovedoras, son esas campanas que penden del frontón de una ermita vieja entre las piedras que lo forman; campanas de aldeas conmovedoras, en cuyo bronce se ha grabado una inscripción que parece repetir continuamente con sus sones. Poetas descono-

cidos han hecho verdaderos alardes de poesía religiosa en el bronce de las campanas; máximas filosóficas, inscripciones llenas de ternura; las muestras más preciadas de la epigrafía pudieran encontrarse como poemas de la perdidos en sencillas campanas de lugarcillos ignorados. Esta campana de Schaffehouse logró inspirar con su sencillez al gran poeta. Desde entonces parece que la campana se ha aprendido su canción y que la recita siempre que voltea, ya doble o ya repique. La campana toma para mí su preponderancia sobre la ciudad, la protege, la acoge bajo su bronce. Tal vez por esto me parece más aldeana, más pacífica, más inefable toda la población y más aldeana y más ingenua toda la gente.

Yo, que había notado ya la multitud de niños que pululan en Suiza, no he visto tantos en ninguna población como en Schaffehouse. Calles, plazas, todo estaba lleno de chicuelos, un verdadero hormiguero de chiquillos. No debe ser costumbre dejarlos en las casas. Hasta los muy pequeños van por la calle, en una silla con ruedas y toldo a guisa de coche, que empujan hombres y mujeres. Casi todas las personas que pasan llevan un cochecito, y dentro de él, entre las ropas que le abrigan, una cabecita blanca, rosada, con labios muy rojos, ojos muy azules y cabellos de un rubio claro, dulce, de trigal maduro.

Yo misma me he visto convertida en niñera en Schaffehouse. Una dama entra en el vaporcito, que hace la travesía desde esta población a Constanza, al mismo tiempo que nosotras, empujando su cochecito. Falta aún una hora para la salida, y no se resigna a esperar. Calza las ruedas del coche sobre la cubierta de primera clase, y se vuelve a tierra dejando dormidito y solo al niño.

Al cabo de un cuarto de hora el pequeñuelo se rebulle, agita las manecitas, trata de incorporarse, y por último rompe a llorar con desconsuelo.

Su llanto dura diez minutos, sin que nadie le haga caso. Yo no puedo resistir más y, con asombro de todos, me levanto y me pongo a pasear el cochecito. El pequeñuelo calla, sonríe y me mira con dos hermosos ojos azules, expresivos, en cuyas pestañas de oro brillan aún lágrimas. Tienen esa expresión profunda que me asusta en las pupilas de los niños, porque me parece un esfuerzo para recordar otra vida. Olvido la diferencia de idioma y le hago una caricia. El niño rompe de nuevo a llorar, asustado de un acento que no conoce, y me tiene que sustituir mi hija en la tarea de pasearlo, sin hablar, para que no llore. Al cabo de tres cuartos de hora viene la madre sin apresuramiento, y nos da las gracias sin poder disimular su extrañeza de

que hayamos tratado de acallar el lloro de su hijo. Se conoce que tienen costumbre de dejarlos llorar tranquilamente. Tal vez creen que el niño que llora no sufre; yo creo que el dolor del niño, relativamente es tan intenso en su inconsciencia como nuestros dolores. No puedo ver con tranquilidad las lágrimas en esos ojos claros que empiezan a mirar a la vida.

CAPITULO XI

El castillo de Laufen.

De Neuhausen al castillo de Laufen se impone hacer a pie el camino para conocer toda la grandeza del Rheimfall (1), la mayor catarata del centro de Europa.

Se emprende uno de esos caminos suizos sombreados de altos árboles, remontando la corriente hasta llegar al puente del Rhin que conduce al castillo de Laufen. El antiguo castillo se nos aparece en lo alto de un monte, rodeado de boscaje, semejante a una ciudadela de altas torres ofreciendo una vista de las más pintorescas. Es preciso pasar el puente de tablas que cruza el río, cuya anchura será aquí de unos 200 metros. Seguimos a las personas que se dirigen al castillo. Son todos turis-

(1) Caída del Rhin.

tas que acuden deseosos de contemplar la catarata. Hombres y mujeres de todas las edades, que hablan diversos idiomas. Entre todos llama mi atención una familia de ingleses. Un matrimonio, ya de bastante edad, dos jovencitas y una anciana, delgada, acartonada, encorvándose ya hacia el suelo, pero fuerte y valerosa aún. Las señoras que la acompañan deben ser su nuera y sus nietas. El caballero, no hay duda de que es su hijo. Le da el brazo con orgullo, triunfalmente, como si llevase una novia a la iglesia. La viejecita va satisfecha, contenta; se conoce que realiza una ilusión muy acariciada. Que satisface su ansiedad de ver estos sitios. No evoca recuerdos, porque los recuerdos no son nunca alegres y en ella no existe asomo de melancolía. Cuando nosotras nos paramos o vacilamos, se sonríe, nos hace gestos amables y nos llama cariñosamente.

La simpática ancianita nos atrae y nos reunimos con ellos. Una vez más admiro la vejez que saben hacerse las inglesas. La vejez es obra de toda su juventud; y como han sabido cultivar su espíritu para no hacer del amor un fin único, conservan todas las ilusiones, casi toda la fuerza de cuerpos ágiles y sanos. Verdaderamente, no es para ellas terrible una vejez así.

En medio del puente, la admiración nos obliga a detener el paso. Los recodos que

hace el río dan el efecto de que su corriente queda encerrada en un inmenso estanque. Es un lecho pedregoso en el que choca el agua y salta en graciosos juegos; a la derecha se precipita la cascada, con un ruido sonoro atronador; no se ve más que el agua verde, el cielo azul y las riberas cubiertas de bosque, cuyos árboles se inclinan dentro del río. A nuestro lado, haciendo trepidar el débil puente de tablas, pasa un tren. No se concibe belleza mayor.

Seguimos detrás de nuestros compañeros para llegar a Laufen. Pasamos ante una iglesia y un cementerio a la entrada del castillo. Es un cementerio de tumbas bajitas, sin árboles, sin más plantas que rosales en flor. No se concibe bien que después de la muerte nos sea indiferente todo, y se piensa en que ese cementerio, tan cerca del Rhin y tan lejos del mundo, se debe descansar mejor. Las rosas deben dar paz a los muertos. Sobre todo, la idea de descansar en un jardín es más halagüeña y dulce que la de verse confundido en un pudridero sucio y desnudo. Estos cementerios tan bellos y tan coquetones, están hechos así para consuelo de los vivos, porque de cierto modo disminuyen el miedo de morir.

Se cruza otro jardín de rosas rojas y de azules edelweiss, y se entra en el castillo. La mansión señorial sigue el sino fatal de to-

dos los palacios nobiliarios. Sus salones están convertidos en exposición de baratijas, en hotel y en restaurante. Hay que pagar un franco para penetrar en los jardines que descienden hasta el río, al lado mismo de la cascada. Más que jardín es un bosque cuyos senderos llevan hacia el Rhin.

En el primer momento nos sentimos algo defraudados; el paisaje es espléndido, pero la cascada aparece pequeña a nuestros pies. El agua se precipita mugiendo sobre el plano inferior de su lecho, y choca en remolinos contra las tres rocas que se oponen a su paso, colocadas en el centro del río. Pero no tarda en serenarse, recobrar su calma y continuar tranquilamente su camino. Tal vez contribuye a empequeñecer el espectáculo que han puesto vidrios de colores distintos en los cristales del pabellón y el paisaje se ilumina de una luz irreal. Seguimos bajando hasta el *belvedere*; allí, el paisaje adquiere grandiosidad; se ven las tres rocas horadadas, gastadas por el continuo embate de la ola; se contempla toda la altura de la caída y toda la belleza de la margen fronteriza, con su caserío y sus jardines, y el aspecto risueño del castillo de Warth que se adelanta hasta dentro del agua.

Más bajo aún, llegamos al *Kauzeli*, una plataforma de madera que está a la mis-

ma altura de la cascada. Es entonces cuando se aprecia aquella enorme masa de agua que choca con tal fuerza contra las piedras, que parece endurecerse, solidificarse, convertirse en una espuma blanca, dura y espesa. Se ve venir el agua verde sobre un lecho bajo, que le da mayor transparencia, en un correr manso y suave para precipitarse de aquel modo vertiginoso y terrible, convirtiéndose en una masa de espuma.

Con cierto temor bajamos de allí al *Fischetz*, una galería de hierro, en la que nos ofrecen abrigos impermeables. Estamos debajo de la catarata. El efecto es asombroso. La enorme mole de agua blanca se nos viene encima; parece que nos va a arrastrar con ella. Saltan sobre las rocas las gotas menudas que se desprenden de las olas y forman una nube de polvo de agua; parece verdadero polvo de la tierra. Las ondas, deshechas en mil pedazos, tienen fuerza de pedernal; el ruido es atronador. La catarata luce toda su magnificencia bravía y salvaje, que la plácida belleza del paisaje nos había ocultado hasta entonces. Nos agarranos a una columna para no desvanecernos; las olas saltan sobre nosotras y al quebrarse nos salpican; son pedradas de gotas que chocan contra nuestro rostro...; las recibo encantada, ansiosa, con los poros sedientos de agua, de frescor de baño. Parece que el Rhin envía así un bautismo

de sus aguas, un bautismo de arte. Son aguas jordánicas para los artistas. Al caer sobre el rostro dejan la sensación del beso con una boca húmeda.

Todavía queda otra sensación: la de llegar con la barca a la orilla de enfrente y subir a la roca de en medio de la catarata.

Es una sensación que no ofrece ya el valor artístico de las otras. Una sensación propia de los aficionados a las grandes carreras y a las emociones violentas. Sensación de esas que sacuden los nervios. Es mejor ver al río recobrar de nuevo su equilibrio, y después de este salto de chicuelo travieso continuar su peregrinación sembrando vida al través de Europa, para ir a caer, exánime y rendido, en las ondas del mar del Norte (1). Aquí está en toda su plenitud, su virginidad; en algunos momentos se diría que detiene su corriente para contemplarse a sí mismo, para guardar más tiempo la imagen de los árboles que se retratan en su linfa. Parece que aquí se entretiene y se recrea, y que en las ciudades pasa malhumorado y de prisa.

Es aquí donde se tiene la visión completa del mundo sobrenatural que los poetas han vislumbrado en el Rhin. Tienen que vivir aquí los gnomos, entre esos árboles altos y esos bosques espesos. Aquí

(1) Véase mi libro «Cartas sin destinatario».

es adonde las náyades se revuelven en las aguas, donde juguetean y donde se revelan a sus predilectos. En la puerta misma de la galería que acabamos de pasar han grabado su nombre dos de los que las conocieron: Goethe y Schiller. Para otros, su revelación es de muerte. Esta orilla está llena de suicidios románticos. La leyenda de Loreley se repite. Los enamorados van a buscar las eternas edelweiss azules en su fondo; los desdichados el oro de un reposo eterno.

Este es lugar de suicidios. La tentativa más reciente tuvo lugar hace dos semanas. Una jovencita de dieciocho años se arrojó desde el puente, las aguas la arrastraron hacia la catarata y una roca piadosa se puso a su caída y la devolvió a la vida otra vez, tan milagrosamente como si las nereidas la hubiesen tenido en sus brazos.

Hace dos días se suicidó un hombre; un italiano que se lanzó al torrente, como si una voz le llamara desde su fondo, y su cuerpo no ha parecido aún. Hay una sugestión que hace parecer suicidas a todas las mujeres que vagan solas por las orillas del Rhin. Si las ondas las llaman, se precipitarán en ellas. No se debe mirar mucho a su fondo.

Esta noche nos quedamos a dormir en el castillo. Desde nuestra habitación, una hermosa habitación que conserva su sello

antiguo y señorial, contemplamos el espectáculo de la cascada a la luz de los reflectores y los fuegos artificiales que la iluminan, mientras departimos con dos lindas y amables jovencitas suizas, Flora y Luisa, que aprenden el idioma español y están ansiosas de conocer cosas de nuestra tierra.

Cuando nos quedamos solas, es inútil tratar de dormir. Nos desvela el Rhin con la voz de su catarata que modula extrañas canciones. La luna da un efecto fantástico a los árboles; la torre de la iglesia se recorta en sombra sobre el azul, y el viento nos trae entre su frescor de agua el perfume de las rosas del cementerio.

PARTE SEGUNDA

DINAMARCA

CAPITULO XII

La ciudad de las bellas torres.

Copenhague es una ciudad acogedora, simpática; una de esas ciudades en las que nos parece haber vivido ya, según lo familiares que nos son. A veces, en el juicio que nos merece la ciudad que visitamos de paso influye nuestro estado de alma; la carta que no llega o la carta que se recibe. No se deben nunca dirigir a los viajeros cartas con sobres de luto; son siempre como una mala noticia. El luto de las cartas es una

ostentación del dolor, una venganza contra la felicidad ajena. Nos asusta el recibir una de esas cartas cuando llegan del lugar lejano donde el alma se ha detenido para hacer su morada. Del solar donde edificamos con hondos cimientos la mansión en que hemos de reposar.

Copenhague es una ciudad moderna, bellísima, de un ambiente dulce, plácido, tanto que no me doy cuenta de la distancia que nos separa de España. Esta ciudad del Norte tiene el atractivo todo y todo el encanto de las grandes ciudades que nos son habituales; pero está mezclado a una nota pintoresca, alegre, algo oriental, por decirlo así. Tiene cuanto es necesario para ser agradable: amplias plazas, hermosos parques, lagos de aguas dulces, árboles viejos y frondosos, edificios nobles, y por toda ella un derroche de fuentes, de estatuas, de relieves, algo que recuerda a la vez Florencia y Nápoles.

Pero todo esto con simplicidad, sin afectación, sin empaque, sin solemnidad. Como esas mujeres que a fuerza de vestirse bien no se preocupan de sus trajes ni de sus adornos.

Se le ha llamado, con razón, la ciudad de las bellas torres. El estilo de la arquitectura danesa, ese estilo clásico y nacional, de la época de Christián IV, ha tenido un renacimiento espléndido. Hay en él una

mezcla de grandeza severa y de elementos decorativos y pintorescos. Cuando se llega a la plaza del *Radhus*, punto más céntrico y de mayor movimiento de la ciudad, se ven torres por todas partes hacia donde se dirige la mirada. El Ayuntamiento, edificio monumental del que con razón se enorgullecen los daneses, tiene todo el sello del estilo nacional y está rematado por una torre altísima, en almena, recubierta de cobre. Su arranque y hasta más de la mitad de su altura se asemeja a la arquitectura románica; su último cuerpo ostenta balcones con arcadas de medio punto que, a pesar de eso, recuerdan la arquitectura gótica y algo de los ajimeces de la Alhambra; la uniformidad de su cono está rota por los huecos del campanario, donde hay un magnífico carillón, y el remate alto, estrecho y esbelto, finaliza en una veleta que más bien parece una cruz. Ese remate, agudo, punzante, es el característico de las torres de Copenhague. Enfrente de ésta del Ayuntamiento, dos grandes hoteles y una casa de banca ostentan torres de no menos belleza; al Norte se descubre la de la Catedral, alzada sobre un frontón griego, fina y alta como una aguja; más allá, la rotonda de casco sarraceno como la del Batisterio de Pisa; y más lejos, una multitud de iglesias, de palacios, de edificios con altas torres. Las hay redondas, ochavadas,

retorcidas como columnas salomónicas, rodeadas de escalera en espiral, rematadas por bolas, por coronas y ornadas, según múltiples caprichos; de ojivas y ventanales, de almenas de fortaleza y de estatuas decorativas. El conjunto es bellísimo, aunque analizadas por sí solas ninguna de esas torres encierra una gran belleza. Tiene quizás la belleza del efecto. En general son demasiado estrechas, demasiado pobres en relación con la masa de los edificios, grandes y pesados, que coronan. Este defecto da gracia al conjunto, porque las hace parecer más altas, les presta esbeltez, y en el contraste se hacen más ligeras, más aéreas, más audaces; se hacen perdonar su excesiva cargazón de ornamentos afiligranados y rebuscados.

Las calles que forman el *Strög*, lugar de la animación y el comercio, recuerdan algo nuestra Carrera de San Jerónimo en las horas de la tarde. Me gusta pasear por ellas y contemplar los escaparates. Tienen los escaparates algo de ventana abierta que nos deja penetrar en la intimidad de las ciudades; las vemos mejor por ellos; son una posibilidad que se nos ofrece para hallar algo exótico, extraordinario y perdido que habíamos soñado descubrir en nuestro viaje.

Paso horas enteras mirando las porcelanas. El alma de un pueblo se revela en sus

cerámicas. La de España encierra nuestro espíritu muzárabe y ardiente; en las de Valencia y de Granada hay sangre y sol de España entre sus reflejos metálicos, calientes. Estos búcaros de flores de agua expresan el espíritu danés. Se pierde la mirada entre la multitud de tonos brillantes, de líneas suaves y puras, de formas nobles. Hay ese barro caramelo de cuyo fondo se destaca una figura estilizada y grotesca; esos jarros de color fresco y radioso que parecen estar pintados con luz; esos blancos búcaros sobre los que abre los pétalos una flor pálida, mustia sobre su tallo; y esos jarrones típicos, esos jarrones azules, de un azul especial, azul limpio, suave, que tienen un barco azulado en medio del azul, y que sólo por algunas líneas más claras separan mar, cielo y barco. Es azul de Dinamarca. Aquí, el cielo tiene ese azul cobalto fuerte y lumínico, que esparce su matiz y su claridad sobre el mar y abre los objetos. Las nubes, teñidas de añil, forman cambiantes y gradaciones maravillosas, siempre en la misma gama. Da deseos de mirar al cielo; este color emborracha, embriaga; los ojos sienten sed. Creo que me llevaré en los ojos este ansia de color como un tormento. El triunfo de las porcelanas consiste en haber interpretado este cielo y este paisaje, como la nuestra de Talavera ha sabido expresar el alma castella-

na; su luz amarilla, sus resecos campos de mieses maduras y las verdes tonalidades de la higuera, el olivo y la vid, en trazos vigorosos y desiguales.

Como una mancha de sangre atrae los ojos sobre su rojez un aderezo de corales y filigrana de oro, unas pulseras enormes, un collar, tan rudo y tan macizo que necesita descansar en el seno de una matrona; un broche para el corpiño, una gran peina española de teja, y una diadema de soberana. Un cartel reza que estas joyas han pertenecido a la reina doña Isabel II. Evoco a la infeliz soberana con su semblante franco, su aspecto de mujer del pueblo español y su morena belleza fresca, engalanada con el brillo de los corales. Los corales son mi joya favorita, los diamentes del mar, más nobles en su origen que el carbón; una joya de pasión y ensueño, fuerte, sólida, con alma. Creo en la leyenda de los corales que palidecen y mueren, unida su suerte a la suerte humana... Pienso que estos collares, rosados y anémicos, sobre su estuche de terciopelo blanco, fueron un día como flores de granado en torno de la mórbida garganta morena de la reina Isabel. Son corales destinados ya para siempre a la vitrina; son demasiado ricos, demasiado ostentosos, demasiado fuertes para que ninguna mujer se permita la audacia de llevarlos. Me apena verlos expuestos en

este escaparate, ante las miradas profanas e indiferentes. Deben sentir el frío del Norte sobre su estuche de terciopelo... Morirán, y serán en su muerte corales blancos, corales amarillos. Morirán de nostalgia del sol del Mediodía, y de nostalgia de la piel suave y acariciante de una garganta de mujer. Tal vez ellos han participado del orgullo de los triunfos de su belleza y han temblado, como labios sangrientos, bajo la influencia de una mirada de pasión.

Más allá otros escaparates. Tarjetas, reproducciones, estatuas... tentaciones del viajero que cree que pueden reproducir su emoción y las compra, ansioso de perpetuarlas, con ese ansia de abarcarlo todo, de guardarlo todo, de perpetuarlo todo, que constituye nuestra esclavitud.

Los juguetes se ríen de la solemnidad de todas esas cosas mezcladas con ellos. Esos muñecos de trapo tienen más vida que las frías reproducciones de escayola y piedra. Tienen un gesto, una mirada. Esos pies grandes de un violinista alto, seco, que se inclina sobre su violín en una tocata silenciosa, nos da una impresión de realidad; tanto como ese enano que nos recuerda gentes conocidas con su mirada opaca y el rictus de sus labios. Esas miradas inmóviles ejercen algo de sugestión; el encanto de algunas mujeres está en esa anomalía de la mirada estrábica, fija, de

ojos de pescado; esos ojos en los que parece que todo resbala y en los que por eso mismo quisiéramos penetrar.

Luego, el escaparate de trajes. ¿Por qué son vestidos de gran almacén? Yo buscaba un traje extraordinario, un traje excepcional... ¿Y los escaparates de frutas? Son las mismas manzanas, las mismas uvas, los mismos plátanos. Se ve así que toda la tierra es pobre, sin variedad..., limitada siempre en todas sus producciones, en todas sus cosas. Soñábamos quizás con esas frutas imposibles del jardín de Aladino, cuya concepción nos envenenó ya el gusto. Queríamos los exotismos del Norte, y renegamos de esta uniformidad de la civilización.

CAPITULO XIII

Los castillos reales.

Una nota típica de Copenhague son las bicicletas. Les tengo más miedo que a los automóviles y los tranvías. Apenas se ven transeuntes a pie; hombres, mujeres, niños; todo el mundo va en bicicleta, lo mismo la criada que sale a la compra que la señora que va de visita, o el hombre que acude a sus negocios, al teatro o al café. El Gobierno considera las bicicletas como un artículo de primera necesidad, dadas las condiciones de actividad que la vida moderna reclama y no están sujetas a ningún impuesto.

Es un espectáculo pintoresco el constante ir y venir de bicicletas que se entrecruzan en las calles. En las puertas de los cafés y de los comercios hay siempre una multitud de bicicletas que nadie se cuida

de guardar. De noche, arrimadas a la pared de teatros y cines, las bicicletas forman una verdadera muralla de metal. Cada una lleva el nombre de su dueño y no se da el caso de una pérdida o de un robo.

Los extranjeros, de países como el nuestro sobre todo, somos los que notamos más esta comodidad que ofrece aquí la vida. Se encuentran teléfonos en todas partes, en todas las casas, en todos las habitaciones de hotel. En las calles hay teléfonos públicos, pueden llamarse por teléfomo los coches de una parada a otra. Todos los servicios públicos son admirables; para poner un telegrama no hay que ir al telégrafo, basta con echarlo, franqueado, a un buzón de correos y le dan curso inmediatamente.

Se nota un bienestar colectivo, se ve cómo la nación prospera y se engrandece. Son gentes que saben lo que se hacen. Las sociedades cooperativas han desarrollado la industria de la lechería; y el comercio progresa gracias al crédito que su honradez alcanza en mercados extranjeros. Hay una Junta que examina toda mercancía exportada e impide la venta de las que no se hallan en buen estado; mantecas, carnes, huevos, todo se examina minuciosamente. El Gobierno se preocupa de proteger los intereses de los pequeños industriales, ahogados por el desarrollo de las grandes em-

presas. Los subvenciona, les proporciona herramientas y les hace los préstamos necesarios. En ningún país del mundo se gasta más que en Dinamarca en la enseñanza del obrero; escuelas, institutos, pensiones para viajar; los patronos están obligados a procurar que los obreros aprendan bien su oficio y les hacen asistir diariamente a las escuelas profesionales. Un tribunal arbitral y un *Mediador* son los llamados a solucionar los conflictos entre los patronos y los obreros.

Se camina, a pasos de gigante, hacia las disposiciones más libres y más radicales, aquellas cuyo solo enunciado nos asusta a nosotros: se tiene sobre el tapete las cuestiones del reparto proporcional de la tierra, desamortización de las grandes propiedades y creación de pensiones de retiro para los obreros después de un número de años de trabajo. Así se logra que disminuya la corriente emigratoria que se llevaba los trabajadores a América.

La mujer tiene ancho campo, abierto en todos los empleos y carreras, es electora y elegible y goza de un gran respeto y una gran libertad.

Desde hace largo tiempo está establecido el divorcio, pero casi nadie recurre a él. No se hace necesario dentro de la vida de libertad y tolerancia, incomprensible para nuestro sentimiento español, que tie-

nen ambos sexos en cuestiones pasionales.

La investigación de la paternidad no da buenos resultados. Las mujeres de vida poco metódica abusan de esta ventaja y se valen de su estado para obtener dinero de los amigos que no quieren verse citados como padres del hijo futuro. El designado, por que es obligatorio designar el padre, tiene que elegir entre casarse o sufrir una prisión de la que se libra mediante la renta vitalicia que ha de pasar al presunto hijo. Lo admirable de la honradez de esta gente es que la única prueba que se exige al acusado de no haber tenido amistad con la denunciante es el juramento y ninguno jura en falso. A pesar de todos sus defectos esta institución tiene la ventaja de asegurar la suerte de los hijos, lo único respetable en todo caso, y evita la vergüenza de que las leyes hagan clasificaciones de ellos y marquen a inocentes con la denominación de *manceres*.

En cuanto a la organización de la vida, es sencilla, democrática. El actual Presidente del Consejo de Ministros se ha casado con una señorita mecanógrafa del Senado, la cual sigue ejerciendo sus funciones y es común verlos salir de la Cámara para volver a su casa a pie o en tranvía. Aquí la nación no paga el coche a sus ministros. El de la Guerra ofrece la paradoja de ser antimilitarista y el de Negocios inte-

riores un amable campesino. Otro ministro se ha casado recientemente con una de esas famosas bailarinas de la Opera.

Los bailarines gozan aquí de algo como el prestigio sagrado de las bayaderas. Los daneses son muy aficionados al baile, pero no al baile popular del que son actores, sino al baile de espectáculo. La escuela de baile está unida al teatro Real y en ella se forma un cuerpo de bailarinas, que tienen fama de ser las mujeres más bellas de Dinamarca. Es una escuela de baile ecléctica en la que se admiten todos los principios; una mezcla de ese vértigo salvaje y frenético de la danza rusa y la calma religiosa y solemne de las sagradas danzas orientales, simbólicas y conceptuosas. Ya despliegan la libertad de creación que el imitar a la Naturaleza y expresar las propias pasiones ha permitido a las discípulas de Loï Fuller; ya tiene el ritmo clásico resucitado por la Duncan. Todos los estados del alma, todos los gustos, todas las pasiones pueden interpretarse en esos bailes vivos, descriptivos, que revelan todo un carácter y todo un espíritu.

El pueblo ama a sus bailarinas; se ven estatuas representándolas en todas partes; un grupo muy interesante existe en el jardín del Castillo de Rosemborg. Casi todos los palacios y castillos son hoy museos. El espíritu democrático se extiende hasta

los soberanos. Su palacio se compone de cuatro edificios, por lo que vulgarmente se dice que ocupan un palacio distinto en cada una de las estaciones del año; pero lo cierto es que no son más que una especie de pabellones, necesarios dada la pequeñez de su morada. Lo curioso es observar cómo los dos palacios de un lado los ocupan siempre los Federicos y los del otro lado los Chistianes, nombres con que alternan en el trono los soberanos de Dinamarca.

La explicación es sencilla, como un sólo palacio no basta a contener la familia real, el soberano vive en uno y el príncipe heredero ocupa el otro. Cuando el príncipe ciñe la corona sigue habitando aquellas estancias que se le han hecho familiares y queridas.

Esto hace que se retrase la restauración del hermoso castillo de Charlottemborg, donde el rey actual se propone instalar su corte y las dos cámaras, ya que por su extensión podría ser el más suntuoso palacio real de toda Europa.

Debe el hombre sentirse demasiado sólo cuando habita una morada tan amplia. Un palacio como éste o como el Vaticano deben dar sensación de frío, de abandono, debemos sentirnos muy pequeños. Lo que no abarcamos, que no llenamos, que no dominamos, es como si no fuera nuestro. En una casa grande se nos escapa nuestra

propia casa; así comprendo esa predilección de los reyes daneses por sus palacios pequeños como casitas burguesas, en las que todo es conocido y familiar.

Hasta el mismo real sitio de Frederisborg, ofrece un ediificio de aspecto sencillo, modesto, perdido en el soberbio parque entre aquellas avenidas de árboles ancestrales a las orillas del lago Esram, en uno de los paisajes más deliciosos de la tierra.

Aquí se reunía todos los años la familia de Christián IX, ese monarca, tronco de reyes, que veía a todos sus hijos sobre tronos. Aquí venían todos los soberanos, el difunto Zar de Rusia y el desdichado rey de Grecia. Aquí siguen viniendo las emperatrices viudas de Rusia y de Inglaterra a pasear sus tristezas y la melancolía de sus recuerdos en este parque romántico; porque esta familia de soberanos parece estar marcada con un destino trágico y doloroso que ciertamente no merece por sus gustos sencillos y caseros; pero sin embargo los reyes demócratas son poco amados del pueblo. Sin duda por un espíritu de justicia no reconocemos el principio de autoridad en los que son iguales a nosotros. Recuerdo siempre mi impresión, cuando siendo muy niña aún, visitó Almería Don Alfonso XII. Era el primer rey que yo iba a ver, no sabía lo que era un rey, pero con-

cebía algo muy grande y muy extraordinario. La ciudad se engalanaba para recibirlo, se enarenaban las calles y se levantaban arcos de follaje. Me daba cierta pena porque el rey no iba a ver la glorieta de San Pedro tal y como estaba cuando las niñas jugábamos en ella por las tardes. El día de la llegada del rey parecía día de procesión de la Virgen del Mar, nuestra patrona. Así corría la gente a verlo y así disparaban cohetes. Mi padre me levantó en sus brazos.

—Mira, en aquel coche.

—¿En cuál?

—En ese.

—¿Pero cuál es el rey?

—Ese joven de uniforme que sonríe y saluda.

—Es un hombre como los demás—exclamé con desilusión... Y entonces yo era el pueblo... Quería un rey extraordinario llevado en andas, con corona de oro o con plumas de colores y collares de dientes... y lo peor es que aún ahora no puedo concebirlos de otro modo.

CAPITULO XIV

Los árboles vivos.

En los teatros, en los paseos y en los sitios de recreo se advierte la sencillez de estas gentes. No aparecen separados en localidades distintas los pobres y los poderosos. Todas las localidades son lo mismo y se mezclan el banquero, el ministro o el rico propietario con el más modesto obrero. Esto perjudica a la decoración de la sala de espectáculo; hay que ir a ver la obra y no a otra cosa porque no se halla ese aspecto brillante de nuestros teatros en un turno de abono aristocrático, ni se conoce esa división de funciones populares y días de moda.

En este tiempo el punto de reunión es *El Tívoli*. He estado en él una noche de sábado. La noche del sábado hay una propensión hacia la calle, hacia la fiesta, ha-

cia la expansión, solicitada por la esperanza del próximo descanso. Esa noche la concurrencia de *El Tívoli* era numerosa; entre los asistentes estaban el rey y el príncipe consorte de Holanda, que no parecían despertar gran interés. Es un hermoso parque *El Tívoli*; por su extensión y su lujo puede rivalizar con los mejores de París. Tiene todas las *atracciones* conocidas; viaje al Polo, Gruta misteriosa, Tobogán, Montaña Rusa, un vagón de ferrocarril donde le dan al viajero una buena paliza, trenes y barcas en las que siente una impresión semejante a la que experimentaría si lo lanzasen al vacío; y un gran número de restaurantes, rifas, salones de bailes y ferias de baratijas. Da la impresión de una ciudad feliz donde todo el mundo no tiene más que pasear y divertirse; pero una ciudad de locos, que se divierten sufriendo esos tormentos.

Lo que más me ha gustado es la reconstrucción de una pequeña plaza de pueblo que se ha hecho en este parque. Es una glorieta de aldea antigua, en la que se agrupan la iglesia, el presbiterio, el ayuntamiento, la farmacia y la cervecería. Hay faroles viejos, los árboles que dan sombra a la casa del cura, las callejas que cortan la simetría de la plazuela con su embocadura tortuosa y desigual. Se ven ventanas con visillos y puertas entreabiertas que dejan

pasar la mirada a interiores de casas aldeanas, descuidadas y en desorden, propio de las faenas del día. Cerca de una ventana hay un tiesto de flores y en la pared un espejito con marco negro y una toalla blanquísima. Debe ser la casa de alguna moza que tenga la fama de guapa y recatada en el pueblo. Es una ilusión completa de estar lejos de la gran ciudad la que este rincón produce. Hasta las gentes que pasean parecen gentes de aldea endomingada. Contribuye a esto, sin duda, que el elemento de muchachas alegres que acude no tiene la brillantez de las parisinas de igual clase. Tienen un aire modesto, tímido, encogido; de señoritas provincianas. No tienen audacia en el toilette. Sus trajes sencillos, nada llamativos y su porte no puede alarmar al más austero. Tal vez por esto el parque con todas sus atracciones, sus magníficos conciertos, sus teatritos en los que se representan farsas y pantomimas al aire libre, sus juegos de aguas, sus guirnaldas de luces, no da idea de toda brillantez y animación. Las gentes pasean como los que van a la calle a sus negocios; en la placita de la aldea las músicas tocan, con instrumentos campesinos, los aires típicos del país, y los concurrentes a la fiesta circulan arrojándose confeti, pero tan poquito, que entre todos no gastan tres kilogramos de papelitos en toda la noche.

La mayoría se sienta en las cervecerías, cuyas mesas son toneles de madera rodeados de banquetas verdes que dan una sensación de frescura y bienestar, y se les ve apurar sus bocks, dorados y espumantes, con la silenciosa beatitud de los fumadores de pipa. Muchas damas se refugian en la sala de conciertos, y los que se divierten, los que bailan, los que se tiran de la Montaña Rusa o juegan al pim-pam-pum lo hacen con cierto recogimiento y seriedad como si realizaran un encargo cualquiera.

Perdidos dentro del laberinto, que es una casa cuyas habitaciones son todas iguales, se les ve abrir y cerrar esas puertas de semejanza desesperante, buscando una salida que no se encuentra jamás, que es para hacerles volverse locos de ansiedad, con la misma parsimonia que si buscasen la salida de una estación, sin reir, sin gritar, sin mirarse unos a otros. Indudablemente se divierten en serio; se divierten para ellos solos, sin sentir la necesidad de hacer partícipes de su alegría a los demás. Nosotros nos divertimos con la felicidad ajena, con proporcionar la alegría a los otros. Un paisaje contemplado a solas o una partitura que no escuche nadie, no están visto ni oída en toda su plenitud. Hay que volver a revivir la emoción para darnos cuenta de ella. No vemos sólo con nuestros ojos ni oimos con nuestros oídos. Necesita-

mos gritar, poner alegría en el ambiente, establecer una corriente simpática con los otros. Los domingos parece que Copenhague se queda desierta. Todos estos pueblos muy observantes, son tristes en los días de domingo; las ciudades se quedan cerradas y solas; la gente emigra en masa al campo. Es la costumbre que más admiro, la que más ardientemente desearía implantar en España. Aquí no comprenderían que nuestro domingo transcurriera tan vulgar y tan monótono como los otros días, y que se pasaran semanas y semanas sin salir al campo para bañarse en sol y lavar los pulmones con el aire puro.

Un tranvía tomado a la ventura me ha traído al bosque de Dyrehave, un lugar pintoresco poblado de hayas entre las que crece un césped fresco y frondoso. Un bosque así a la puerta de la ciudad es una garantía de sanidad; tiene el valor de una escuela que enseña lo que ninguna otra escuela puede enseñar. La Naturaleza obliga a pensar, es sugeridora siempre, y siempre recta y honrada. Las gentes de Copenhague vienen en peregrinación a este bosque los domingos. En todos los claros que dejan los árboles se ven familias solazándose, y como de costumbre se mezclan obreros y burgueses acostados sobre la hierba leyendo sus periódicos, o partiendo la merienda con la familia, sin olvidar nun-

ca la mesura de una alegría tranquila propia de una diversión habitual.

De vez en cuando se escucha un rumor de viento, un rumor que nos sorprende porque no comprendemos que ese viento no empiece en las copas de los árboles y baje desde su altura. El ramaje se abre y da paso a un ciervo que cruza saltando con su ligereza airosa, erguida la cabeza, semejante a un árbol viviente. Está bien seguro de que no se le ha de hacer daño; esa seguridad hace suponer conversaciones habidas entre ellos allá en el fondo de la selva. Ellos saben que no se les hace daño, y la curiosidad vence la timidez para aproximarse a la gente, y nos miran con ojos avizores, un poco inquietos, un poco recelosos, aunque con una mirada tierna, húmeda, empañada, con algo de ternura. Parece que asistimos a una transformación darwiniana. El árbol se ha hecho animal y el animal va a humanizarse. Es humana esa mirada tan inteligente y tan amorosa. Una mirada buena, una mirada que nos ofrece amistad.

El grado de civilización de un país podría medirse por la confianza que los habitantes inspiran a los animales. Aquí los pájaros casi se dejan pisar sin huir. Esta tarde se han dado cita en el bosque, y pían y revuelan en torno de los que meriendan pidiendo su parte de migajas de pan.

Tal vez el conocimiento de la dureza del clima hace a los hombres más piadosos, les da más idea de la lucha del animal con la Naturaleza, se sienten más en su propia animalidad, y vienen a gozar juntos de esta breve sonrisa del sol del verano. En el invierno se protegen; en todas las casas hay una ventana en donde se coloca una tabla, especie de plataforma, en la cual se deposita todos los días la comida y se ofrece abrigo a los pajarillos durante los terribles meses invernales.

Aquí, bajo este indescriptible cielo azul, este cielo que me obsesiona y me hará volver a atravesar de nuevo Europa para contemplarlo, donde el muérdago parece el incienso de un rito sagrado, ante esta camaradería de los hombres y los animales he comprendido en toda su amplitud, toda su ingenuidad, toda su poesía y toda su ternura, las maravillas de los cuentos de Andersen.

CAPITULO XV

Un Médicis danés.

Cuando hablaba de una inspiración al Arte, de una serenidad que me recordaba a Florencia, ignoraba aún el número de Museos que existen eu Copenhague. Son innumerables. Además de los mencionados anteriormente, he visitado los más típicos, aquellos en que pueden encontrarse las cosas exclusivas, únicas del país. El del castillo de Rosemborg es el Museo que encierra el recuerdo de la dinastía danesa. Están en él los retratos de todos los reyes, reinas y príncipes, a partir de Christián IV. Sus uniformes, sus trajes, sus joyas, todos los objetos que les fueron familiares. Aparece como un presente vivo todo lo que es ya muerto, pasado, legendario, hasta el punto de que nos sorprende verlos tomar realidad. Nada dicen al espíritu todos es-

tos restos de seres vulgares, todos esos retratos en los que se colocaron ellos y ellas contando con la mirada de la multitud para tomar el porte más apuesto, el gesto más bello y la más solemne majestad. Esos retratos en que se gradúa la altura de la mirada y la cantidad de la sonrisa tienen más de máscara que de retrato, y en la galería de un Museo nos hielan con un olor mohoso de humedad.

El retrato que inmoviliza un momento tiene mucho de desesperante. Se ve a la figura hacer un esfuerzo para cambiar de actitud; quisiera volver la mirada, variar el rictus de la boca, mover una mano y arreglar un pliegue del traje o un rizo del peinado; cosas tan fáciles y que el retrato ha hecho imposibles. Busco con interés en esta galería de muertos, semejante a un cementerio en el que cada retrato representa un nicho, la figura de las reinas. Interesan siempre las reinas; hay en ellas una distinción de selección de raza; un sello de educación que las capacita para apartarse de la multitud, una persuasión de superioridad y de grandeza que las hace herméticas e impenetrables; ¡y pobres soberanas las que no tuvieran esa persuasión que las aparta un poco de la vida! Yo me entretengo en buscar los rasgos de sus tristezas, de sus pasiones de mujer, ocultos bajo el gesto de orgullo y

majestad: tal vez los encuentro, tal vez los sueño; quizás me empeño en poner en esas mujeres mi propia alma, sin pensar que en el lugar de ellas mi alma sería desemejante de sí misma.

Y son bellas casi todas las reinas. Bellas, porque las hace bellas su corona, su traje, su expresión, su realeza. La sugestión de la mujer reina que domina y perdura aún sobre los pueblos más demócratas, hasta el punto de que cuando el amor de un rey lleva una hija del pueblo al trono, el pueblo mismo es su enemigo más irreductible.

No sé por qué todas estas reinas de Dinamarca me parecen melancólicas, sin el festejo de un gran reino y sin la plenitud de su libertad de mujer. Yo quisiera saber sus historias íntimas, escuchar sus confidencias. Me interesan ellas más que todas esas reliquias, manchadas de sangre, esos mantos reales y esos trajes lujosos de los Christianes. Al fin encuentro una leyenda de amor. Es la de esta reina rubia, Carolina Matilde; una princesa de Inglaterra, frágil y delicada, que arrancaron de sus país para traerla al tálamo de Christián VII, el rey barrigudo y borracho, que, incapaz de gobernar sus estados, los confiaba al talento de su favorito Strunsee, que era el verdadero rey.

Carolina Matilde sintió el influjo de la

superioridad del favorito; había venido a Dinamarca para ser reina, y amó apasionadamente a aquel hombre. Su idilio se deslizaba feliz cerca de la idiotez del soberano; pero los ambiciosos, fingiendo asustarse de la falta de la reina obligada a fidelidad conyugal, tramaron su conjuración.

¡Pobre reina! Es tan simpática una reina infiel y enamorada, como una protesta de la esclavitud de la mujer a la realeza. Siempre ante una de estas figuras evoco involuntariamente a Isabel de Valois, aunque el alemán Strunsee no debía tener nada de poeta.

Y fué un acto de tragedia aquel baile en que los conjurados consiguieron del beodo monarca la orden de muerte para el favorito y de prisión para la reina.

Pero Carolina Matilde era una princesa de Inglaterra, e Inglaterra no abandona a los suyos. El Embajador, seguido de todo el personal de la Embajada, apareció solemnemente ante los jueces para impedir que se pronunciara el nombre de la hija de su soberano... y aquel nombre no se pronunció.

Carolina Matilde pudo abandonar Dinamarca, libre de la muerte y el escándalo; pero la muerte iba con ella, la había herido en el corazón, y la historia cuenta que fueron breves sus días en la tierra y fueron de destierro y de dolor.

Ella sola haría amable el Museo. Es de más interés un retrato de mujer que supo de amar y de sufrir, que todos esos de mujeres decorativas, inmóviles, que no dejan sospechar si tuvieron corazón; y todo el interés con que veo a los visitantes contemplar los muebles, las banderas y esa insignia del elefante, la Orden nobiliaria y casi sagrada del país, algo como nuestro toisón, que aquí luce como símbolo otro animal.

La hace tal vez más interesante el que su retrato sea una pequeña miniatura, contrastando con todos esos magníficos retratos que ocupan testeros completos. La miniatura es delicada, tenue; tiene algo de religioso, de vago, algo que nos recuerda los códices antiguos, los misales guardados como joyas, y esos libros de devoción, de hojas amarillas, aromados por el tiempo, entre cuyas páginas parecen esconderse lágrimas y meditaciones, libros que no pueden ser abiertos más que por aristocráticas manos pálidas, algo marchitas, y que no deben leerse a la luz de nuestras luces eléctricas, sino bajo las antiguas arañas de un salón ancestral. Toda miniatura se contempla como arrancada de una página de ese libro, con una pátina de humo de incienso y el recuerdo de un vago dolor.

Su otro retrato es una estatua de

Thorwaldsen; tiene esa comunidad de trazos que dan las estatuas a todas las figuras de mujer. Todas son Niobe o una emperatriz romana. Todas son funerarias y serias, todas faltas de mirada y de sonrisa. En una estatua se puede sustituir impunemente los nombres del retratado; no queda más que *la manera* del escultor. Thorwaldsen, tan clásico y tan muelle, es a propósito para hacer la estatua de esta reina suave al par que plástica. La ha impregnado de la tristeza y la blandura de toda su obra, y nos conserva la ilusión que la leyenda nos ha hecho formar.

Algunos muebles, algunas joyas, algunos objetos hay aún de la reina en el Museo, todos llenos de coquetería y de distinción.

El Museo Nacional abre a nuestros ojos el libro de la historia del país. Es verdaderamente interesante para el estudio su colección de prehistoria, tan larga en estos países, de su prolongada edad de piedra y de la edad de los metales, y preciosos objetos de la época de los vikings. Son páginas de un libro que no sabemos descifrar. Inscripciones rúnicas que nos atraen con su misterio y nos desconciertan y afligen pensando en el día en que los fragmentos de nuestra época vayan a un Museo donde nadie los acierte a descifrar.

En cuanto a los Museos de Bellas Artes,

no ofrecen nada notable y típico de su país. Casi todo son reproducciones de obras y cuadros de escuela extranjera, holandeses en su mayoría; los holandeses están más cerca del credo estético danés, que prefiere la reproducción fotográfica de la Naturaleza, a las fantasías y el ensueño.

He querido ver qué ha ido a parar allí de los pintores españoles, y sólo encontré entre lo antiguo un Velázquez, un Ribera y un Greco, un retrato de hombre firmado por Teotocópuli, y que había pasado inadvertido, casi perdido, hasta que el romanticismo exaltó la figura del gran pintor y esparció su nombre por todos los ámbitos del mundo. Se necesita la fama para ver la belleza; ¿y qué es la fama? La voz de una mayoría de hombres que pueden estar equivocados, mientras que la belleza es sustantiva, real. Bastaría ver esa hermosa cabeza cetrina, severa, de hidalgo español, y esa mirada intensa de luz de cirio para adorar el cuadro sin ver el nombre del autor.

Pero el más lujoso, el más suntuoso y, si se atiende a estas cualidades, el más importante de los museos es la Ghyptotheque. Ocupa un magnífico edificio, construído ex profeso y cuyas amplias y numerosas salas en los dos pisos que lo forman están llenas de estatuas nacionales y ex-

tranjeras, cuadros y antigüedades. Este Museo, valuado en muchos millones de coronas, ha sido fundado y legado a la nación, con una renta suficiente a su conservación, por el cervecero Carl Jacobsen y su esposa Otilia. Este buen burgués, que apenas hace un año que murió, y cuya cervecería se ve aún en un barrio popular, es el Médicis de Copenhague.

Además de este Museo, ha embellecido toda la ciudad con parques y estatuas; ha fundado otro Museo en el castillo de Frederiksborg.

Este cervecero y su mujer tuvieron sueños de inmortalidad. Quizás no porque la inmortalidad supone para nosotros, sino por la soberbia de burgueses ricos y enfatuados que desean seguir viviendo y deslumbrando a los demás. Han fundado un Museo, quizás más que pensando en el Arte, pensando en colocar su estatua. Aquí está, por partida doble, con sus trazos vulgares y satisfechos, en compañía de su mujer y de sus hijos.

El tuvo la satisfacción de mirarlos representados en la piedra, como formando parte de toda esa galería de reyes y princesas cuyas estatuas ha reunido. Su orgullo plebeyo se satisfaría contemplándose en guisa de César romano. Este émulo de Médicis se ha construído también un panteón, construyendo la iglesia de

Jesús en Valvi, entre cuyas columnas de granito está su monumento funerario.

Es indudable que hay que agradecerle su esfuerzo, el uso de sus riquezas y su labor de patriota. Un hombre rico que se sabe comprar con su riqueza la inmortalidad, se escapa de lo vulgar, siquiera sea por la mayor suma de las vanidades.

Este cervecero, y el magnífico Lorenzacio, son en realidad unos parásitos del Arte que, aparentando proteger a los artistas, se engrandecen a su costa, levantando su nombre a un nivel donde no llegaría jamás su esfuerzo.

Veo al hijo del fundador, al heredero del nombre de Jacobsen, pasear satisfecho por entre estas riquezas que, según él, le han legado un nombre glorioso, y todo esto que en los Médicis nos parecía grande porque eran príncipes, tiranos y disolutos, nos parece ridículo en este hombre, porque es un simple cervecero, y, después de todo, mercaderes y soldados fueron también los Médicis; en lugar de esta vida de honradez y de trabajo, vivieron una existencia de crímenes, de luchas de arrivismo; pero sus estatuas están cinceladas por los grandes genios de la Italia, sus vestiduras son principescas y el orgullo resplandece en su apostura. Jacobsen no ha encontrado un gran artista, y ofrece en todas sus reproducciones su aspecto de hom-

bre de pueblo, que no puede disimular un acento de timidez. Su esposa es una mujer vestida con lujo para pasear la ciudad en una carroza de Carnaval.

Verdaderamente, la Justicia no es flor del sentimiento. Tal vez es que todo esto está demasiado cerca de nosotros, y cuando los siglos pongan sobre ello la pátina de sus días y el perfume de lo ancestral, las generaciones venideras le consagren mayor respeto y no salga errado el cálculo del buen Jacobsen; pero se necesita esa depuración que hace el tiempo de las cosas y las almas y que no se puede improvisar.

—¿Cuánto costaría hacer un Parthenon en los Estados Unidos?—preguntaba un millonario yankee a un arquitecto europeo.

—Veinte siglos—contestó con arrogancia su interlocutor, romántico enamorado de esta nuestra vieja soberanía artística que no puede sernos arrebatada.

CAPITULO XVI

Bertel Thorwaldsen.

Los daneses son muy aficionados a la escultura; se advierte fácilmente que es lo que más les seduce de todas las artes plásticas, quizás porque es la que mejor pueden comprender en su ambiente, más propicio para apreciar la belleza de la línea que la del color.

Su gran escultor nacional es Thorwaldsen, al cual se le ha dedicado un Museo donde se conserva casi toda su obra; pero en realidad Thorwaldsen no es un genio del Norte; es un neoclásico a la manera de Canova y de los escultores franceses de su tiempo. El, como casi todos los artistas de Scandinavia y Jutlandia, se ha formado en el extranjero.

Thorwaldsen estudió en Italia; allí se apasionó de la escultura griega, de las no-

bles ondulaciones de la línea serena y majestuosa; de las actitudes reposadas y de la belleza tranquila, sólida, estable y armónica.

Su vida, que se desliza plácida y feliz, su naturaleza fuerte, sana, equilibrada, le hacen tener un humor igual que robustece aún más su temperamento norteño, frío y metódico; todo esto influye sobre su obra; es una obra de serenidad, de perfección, sin que haya en él jamás una convulsión que haga temblar su mano o que rompa la línea; un trazo arbitrario que nos saque de esa bella placidez que da sensación de mediocre y provoque el desequilibrio de lo sublime.

Una obra bastó a su celebridad, *Jason con el Toisón*, adquirida y expuesta por un inglés inteligente, abrió ante él un camino de flores. Su vuelta a Dinamarca fué un apoteosis, cuyo recuerdo conservan los grabados de este Museo. Se le aclamó, se le aduló, se le reverenció. Maestro, creador de la escultura en su patria, una corte de discípulos le rodeaba, y precisamente en esta facilidad de su triunfo está el germen de su decadencia. Fué demasiado rebuscado, demasiado armónico, demasiado perfecto, si cabe decirlo así. Hay en su buril algo de lo que tuvo el pincel de Rafael Sanzio: un exceso de academismo, una rienda de reglas para enfrenar la fan-

tasía, al través de las cuales no podemos determinar si realmente existió esa fantasía encadenada a una estrecha y vulgar preceptiva, o si no había otra cosa en el artista más que la sabia ejecución de la técnica. Si su talento residía sólo de la muñeca a la mano. Es una duda que no resuelve la contemplación de la obra del escultor danés.

Otra de las cosas en que perjudicó a Thorwaldsen su triunfo fué en la prodigalidad de su obra y en la multitud de discípulos que empleaba en ayudarle.

Su labor principal está hecha desde los treinta y tres a los cincuenta años, en los comienzos del pasado siglo. Sus relieves son superiores a las estatuas; éstas, a pesar de su belleza y de su corrección, no impresionan; los relieves, en cambio, nos causan una sensación de arte. El friso de la *Entrada triunfal de Alejandro* es digno de un Parthenon, por su gracia y su delicadeza; sus aleutridas y las que ofrendan los pebeteros perfumados, pueden emular las graciosas actitudes de la procesión de la «cella»; los caballos y las cuádrigas no van en zaga a la más hermosa metopas de los griegos. El movimiento está imitado con una sensación de realidad sorprendente, y los jinetes que resisten aquellos caballos, encabritados y rebeldes, tienen algo de los centauros combatientes.

Las Edades del Amor ofrecen una gracia, una frescura pompeyana; aquella multitud de niños alados, ligeros, traviesos, revoloteando como mariposillas en torno de las matronas, de las adolescentes y de las viejas son de un encanto inimitable; la figura del viejo desolado que tiende ansioso las manos implorando hacia el amorcillo que se le escapa, es menos trágica que la actitud de aquel otro, decrépito y miserable, que permanece indiferente y entristecido, a pesar de los juegos del amor que se ha colocado sobre su espalda. Casi todos sus asuntos son paganos, y algunos, pocos, bíblicos. Pero en su paganismo hay un elemento reflexivo y triste que demuestra la influencia de la vida moderna. *El Día* y *La Noche*, dos de sus mejores obras, expresan una concepción filosófica, alegórica, en aquella mujer sembrando flores e iluminando el mundo con la antorcha, y aquella otra, triste como un ángel de la muerte, que vuela seguida del cuervo y acoge en el regazo a los dos niños dormidos e inmóviles. Esa expresión de tristeza llevada al paganismo se advierte en todas sus estatuas. *La Psiquis* es una bella Venus melancólica que tiene entre sus manos el bote de Proserpina, próxima a destaparlo, y parece sentir todo el dolor de su curiosidad y todo el miedo de su desobediencia a los mandatos de las

diosas. La parte superior de su cuerpo puede competir con las Venus de Praxísteles; en la inferior los paños son amanerados, hieráticos, y los pies han perdido toda idea de divinidad. *Ganímedes* alimentando el águila, se cuida más de la colocación de su cuerpo que del acto que desempeña; su *Hebe* parece una figura sepulcral, y su *Adonis* tiene la mirada triste y reflexiva de un mártir cristiano.

Le ha dado a todas sus obras el mismo espíritu: *La Esperanza*, más que la representación de una virtud teologal, es una diosa griega; en otra diosa del Olimpo convierte en su escultura a la princesa Bariatinoki. Siempre las mismas actitudes, los mismos ropajes, la misma expresión: un misticismo pagano.

Así se explica que haya sabido expresar tan maravillosamente pasajes de la *Ilíada*, como el ruego de Príamo a Aquiles para que le entregue el cuerpo de Héctor, que está impregnado de una verdadera unción religiosa; y la *Despedida de Héctor y Andrómaca*, esa página de ternura, claro remanso al espíritu conturbado con la lucha de griegos y troyanos, cuando el héroe deja hablar su corazón de padre y depone el casco y las armas que asustan al inocente infante.

Parece oirse la plegaria de Héctor a Júpiter para que su hijo sea algún día or-

gullo de su madre y de su raza, y su pueblo exclame, al verle volver triunfante de la batalla: «Es más bravo que su padre».

Pero el neoclasicismo ya no nos convence; nacido de un ideal religioso distinto al que crearon las religiones espiritualistas, esos dioses y diosas tan bellos no sabían nada del dolor humano, de las penas de la vejez y de la inquietud de la muerte. Así son como bellos vasos vacíos de espíritus que halagan los ojos, pero que no conmueven ni se hacen amar.

Hay en el Museo una sala destinada al Cristo y los apóstoles. El momento en que lo representa el escultor debe ser en el sermón de la montaña o en la transfiguración. Cristo mira hacia abajo con dolor y conmiseración. Tiene un gesto dulce, resignado, un gesto de perdón. Parece que siente el dolor de todas las miserias que no llegan hasta sus pies. Sus manos abiertas y sus brazos que se tienden son acogedores, dispuestos a levantar. Su tristeza no tiene cólera ni amargura; no es ese Cristo terrible que flagela a los mercaderes en el templo, es un Cristo tan lleno de suavidad y de gracias que marca el término de todo castigo y de todo terror. Como el Cristo de *La Transfiguración*, de Rafael, tiene el defecto de ser demasiado bello, demasiado cuidado, demasiado aca-

démico. Se echa de menos en él un poco más de movimiento, de descuido en el cuerpo o en los pliegues del manto; algo de más vida, aunque eso tal vez perjudicaría a la expresión del reposo, de paz, de serenidad completa que lo envuelve, y que no es más que la misma paz, el mismo reposo y la misma serenidad que tienen las estatuas de sus dioses del paganismo. Es el alma del escultor lo que viene a vivir en las piedras; el alma turbulenta de Miguel Angel en su Moisés, el espíritu dulce de Thorwaldsen en su Cristo, tan bello y lleno de unción.

El gran escultor danés murió a los setenta y cuatro años de su edad; la muerte le sorprendió trabajando, y en las salas de este Museo está la obra empezada que se quedó sin concluir. Sus gustos y sus aficiones se observan fácilmente en todos los objetos suyos que se conservan.

Es un alma sin complicación.

Su biblioteca es toda de clásicos italianos, italianos son sus cuadros y sus muebles. Las colecciones de vasos griegos y etruscos dan la clave del estudio de sus relieves y de las actitudes de sus esculturas; así como su monetario, sus camafeos y sus piedras talladas. A mayor abundamiento se le conoce en su autorretrato apoyado sobre la Esperanza, o en el busto que de él ha hecho Bissen, el discípulo bien

amado. Se ve que era un hombre fuerte, sano, contento de la vida y de sí mismo; de frente noble y de mirar sereno. Todo acusa el equilibrio del espíritu, la satisfacción, el estudio, la serenidad que guía la mano fuerte y ponderada, en la que no existe el desequilibrio nervioso y enfermo de los grandes creadores.

En el mismo Museo se halla la tumba del artista: es un detalle que conmueve, después de contemplar la apoteosis del Museo encontrar a su creador durniemdo en medio de un patio, desnudo y solitario, bajo un cuadrado de tierra recubierto de musgo verde que rompe el enlosado. Es un contraste que el hombre que esculpió tantos monumentos y tantas estatuas duerma con esa sencillez bajo el montón de tierra que cubre la hierba con su frescor piadoso y renovador.

Como todo gran maestro, Thorwaldsen dejó una plaga de discípulos sin talento. Los mejores fueron Bissen y Jerichau, de los cuales se encuentran muchas obras en todos los monumentos y museos de Dinamarca.

Pero la escuela de Thorwaldsen era perjudicial; no tenía un alma danesa y mantenía el Arte y la inspiración inmovilizados en los moldes del neoclasicismo. Afortunadamente, otro gran escultor escandinavo, aunque no danés, el noruego Sfephan Sin-

ding, se estableció en Copenhague y dió a la escultura del Norte un nuevo derrotero.

Aunque sin estar del todo libre de la influencia extranjera, Sinding representa mejor el espíritu rudo y fuerte de estos países.

El ha nacido en Trondhjem, la ciudad más antigua de Noruega, la vieja corte a la que están unidas sus glorias y sus leyendas. En ese país donde la vida es dura, melancólica a veces, a veces sombría, entre los días interminables del verano y las largas noches del invierno, durante las cuales la nieve entierra las casas, se formó el espíritu de Sinding; aprendió a mirar las formas bellas de sus montes y la línea sinuosa de sus fiords.

Mal estudiante en Cristianía, logró al fin ir a estudiar a Alemania; pero su naturaleza rebelde no pudo soportar las enseñanzas académicas de Wolf, el pedagogo oficial, que daba cánones de arte, y se escapó de Berlín.

Desdichadamente, en Viena le gana la influencia de la escuela francesa; pero su afán de sol lo lleva más lejos, y va a pasear sus ensueños a las orillas del Tíber. ¡Roma, la madre eterna de inspiración para los artistas! Era necesario el sol de Italia para que germinase la semilla que habían depositado en su alma las montañas noruegas. Sinding comprende que la

escultura es un arte de vida, de esplendor, de fuerza, un arte que necesita luz.

Es para suplir esa luz, para que no se note cómo empequeñecen a la escultura las brumas de su país, para lo que Sinding exagera la masa y la rudeza en sus estatuas.

Su espíritu está lejos de la Hélade; los dioses de Asgard son espíritus violentos de tempestad, sujetos a pasiones y a la muerte, más humanos que los otros bajo su forma fantástica. Es este espíritu el que expresa Sinding, y gracias a esta concepción suya enseña la rebeldía, lo subjetivo, lo que tiene vida y emoción.

Su obra no es tan extensa como la de Thorwaldsen, pero es más intensa. La más célebre es el Grupo Bárbaro. Una mujer vieja sostiene en sus brazos el cuerpo de un hombre joven que acaba de expirar herido en el pecho. Aquel cuerpo de hombre desnudo es de una verdad admirable; su rostro está contraído por el dolor y sus labios se abren brusca, inarmónicamente, para lanzar un grito terrible, un grito estridente, casi grotesco, que parece desgarrar la piedra. La madre, en cambio, tiene una expresión tranquila y resignada, dolorosa.

Estos contrastes, estas rudezas marcan toda la primera parte de la obra de Sinding; esculpe con fuerza, con valentía,

hace su célebre *Walkyria* y llega a hacerse rudo y tosco en demasía. Se le ve emplear grandes moles, esculpir obras de dimensiones exageradas, tal vez esto responde a una necesidad creada por su visión del sol. Lo que la luz las agranda en Italia, las empequeñece la bruma de los días nebulosos del Norte y Sinding quiere que la masa supla a esa extensión que da el sol a las estatuas.

Su segunda manera es más ponderada; la marca la fecha de su matrimonio con la célebre actriz Elga, del teatro Real de Copenhague. Entonces fija su residencia en esta capital; su esposa es mujer de gran talento y sabe llevar a su obra un poco de dulzura. Sinding se afilia resueltamente a la gran escuela florentina y recibe su inspiración de Leonardo y Miguel Angel; adquiere un parentesco espiritual con Rodin.

A esta manera responden sus obras *El Beso* y *El Juicio Final*. Su influencia es bienhechora para su patria de adopción; aparta a la juventud del camino trillado y le señala la senda que conduce al gran arte. Enseña la rebeldía, lo subjetivo, lo que tiene vida y emoción; el Arte no es para un mero recreo de la vista, sino para despertar la emoción.

Sinding renueva con su savia la escultura danesa perdida en la imitación de

Thorwaldsen por imitadores mediocres que inmovilizaban la fantasía y llevaban el arte escultórico, cada vez más, hacia una fórmula gastada, hacia el amaneramiento más rutinario y más servil.

Hasta ahora Thorwaldsen y Sinding son sus dos escultores más grandes; ambos son grandes porque supieron hallar su propia alma, más o menos de acuerdo con nuestro modo de sentir, y como sucede con todas las grandes creaciones, después de la época gloriosa en que florecen, se marca una decadencia, como si el árbol no pudiera elevar su copa al cielo sin perjuicio de todas las plantas que crecen alrededor, como si con sus raíces potentes se llevase todo jugo de vida de la tierra. Es que todos miran demasiado a esos modelos. Se les estudia, se les contempla y se les emula con exceso y en Arte el modelo ha de ser la propia alma, la expresión sincera y sencilla de nosotros mismos. El verdadero maestro será tal vez el que sepa despertar el amor al Arte y la certidumbre de que hay que buscar la fórmula dentro de cada uno de nosotros, el que no deje ningún discípulo que lo imite, pero que haya sabido despertar una vocación.

CAPITULO XVII

Literatura danesa.

Al hablar de la literatura en Dinamarca el primer nombre que aparece es el de Andersen. Es el más mundial, el que ha sabido llegar a todos nuestros corazones con sus cuentos tan ingenuos, tan humanos, en los que viven de nuestra vida, árboles, plantas, mariposas y animales y en los que bellos niños de mejillas rosadas nos causan un estremecimiento de amor maternal.

Pero la literatura danesa adolece de poco original. Está demasiado cerca de Alemania, llegan a ella aires de Francia y todos sus artistas beben en una o en otra de estas fuentes y viajan hacia el Sur. Es difícil que resistan a estas influencias; hasta Oelenschlager, que a mediados del siglo último fué el pontífice del romanti-

cismo, estaba educado entre los soñadores alemanes.

El más original, el creador, no sólo de la literatura danesa, sino de toda la Escandinavia, fué Sören-Kgerkegaard; un gran rebelde, realista, especulativo que sabe impregnar su obra de poesía, demostrando que la fe estorba para el desenvolvimiento del individuo y que sólo dentro de lo real se halla la fuente de todo bien y de toda belleza. El sembró ese principio sano de que el sér pueda encontrar en su propio espíritu todas las bellezas; Kgerkegaard no fué comprendido en su tiempo y murió de locura y de miseria en el hospital; pero él ha sido el maestro, la luz, el faro que iluminó el camino que siguieron todos los grandes: Lie, Ibsen, Bjoernson, Brandes.

Y, sin embargo, el tono general de la literatura danesa es de fatalismo. La obra de Herman Bang, en su primera época, cuando no sabe el arte de escribir y escribe lo que le dicta su sentimiento, es un hermoso ejemplo de espontaneidad y de individualismo. Descendiente de sus reyes se halla pobre hasta el extremo de tener que ser actor para ganarse el pan. Sus primeras obras *Razas sin esperanzas* y *Fedra* narran su propio dolor, sus luchas, su agonía. El triunfo que estos libros le proporcionaran le dió los medios de ir a

estudiar a Alemania, donde su sinceridad ofendió al Kaiser cuando escribió que Guillermo II *la parecía el director de un circo* y tuvo que volver huído a su país. Pero en sus estudios ha perdido su originalidad; ya *sabe hacer* y el análisis le ha envenenado; su *Tine*, obra impersonal y plástica, ya no es danesa por el espíritu; recuerda a Zola, como su *Al borde del camino* sigue las huellas de Flaubert y los Parnasianos.

Representante del alma de su país es también Arve Gorbog en sus libros *Las almas* y *La paz*. Es un ironista que no conoce la cólera. Tiene el don de explicárselo todo y de presentar los hechos tal como son: sin comentarios.

Por eso parece cínico en algunas ocasiones, como cuando describe tipos semejantes al de su Ana Malena, animalillo delicioso, vicioso y sensitivo, cuyos pecados son siempre de inconsciencia y de voluptuosidad. Aristócrata, no censura la sociedad y considera como nuestro Calderón que *el pecado mayor del hombre es haber nacido*. Este es otro punto de contacto con Bang, que considera al mal soberano de la vida y cree que nos preside una fatalidad a la que hay que resignarse.

Es admirable la página de Bang en donde describe una calle de Praga en la que cae un caballo muerto y se le susti-

tuye por otro. Todo un símbolo de vida, de resignación sin lucha. Es éste, como ya he dicho, el tono general de la literatura danesa; se halla en casi todos los escritores de mayor prestigio, como Schandoph, Drachman y Pontopidan.

El gran crítico Brandes es el que rompe esa vieja creencia de la fatalidad, lo explica todo razonablemente en la vida y piensa que *la desgracia de la sociedad la constituye la multitud imbécil y todopoderosa.*

Es Brandes el gran hombre que en la actualidad le queda a Dinamarca. Israelita, de origen portugués, se hizo notar en las conferencias que daba a los alumnos de la Universidad de Copenhague, de la que es profesor. Brandes ha sido el vulgarizador del arte y la literatura en su patria, el creador del teatro libre, el que con sus admirables críticas ha emancipado el espíritu de la juventud. Entre sus discípulos sobresalen, en la escuela realista Peter Nansen y en la simbolista Stuckenberg. El movimiento literario es intenso y existe un gran número de escritores decadentes. Entre todos es Brandes el maestro, que inicia en los misterios de la belleza a estas generaciones desde esa modesta casita, perdida en el dédalo de calles cercanas al puerto, que le sirve de refugio.

CAPITULO XVIII

El castillo de Hamlet.

Estamos en Helsingor, en el castillo de Kronborg; experimento la emoción extraña de quien viera levantarse ante sí el espectro de un sér querido; porque esta antigua morada real, convertida hoy en fortaleza, es el poético castillo de Elseneur, donde Shakespeare colocó la acción de su mejor tragedia: Este es el castillo de Hamlet.

Este castillo es también lugar de otras tragedias vivas. Andersen nos ha hecho conocer la guardia montada por Halger Danske en el fondo de estas casamatas, y estos salones fueron el teatro de los amores de Carolina Matilde y el lugar de su tragedia. Se enseñan sus habitaciones y la estancia que le sirvió de prisión, y pa-

rece como si este sitio tuviese una fatalidad para los enamorados.

Me ofende el ir y venir de los visitantes y las voces vulgares de los soldados que cruzan los grandes patios, y voy a refugiarme, para soñar, en la *Flagbatterie*. ¡Soñar entre esta soberbia batería de cañones enfilados hacia el mar! Se necesita toda la sugestión que el Hamlet ha creado en nosotros para reconocer en este lugar «La terraza del castillo de Elseneur», donde el poeta inglés coloca la escena más emocionante de su drama.

Jamás decoración ninguna logrará dar este efecto. Es imposible describir el paisaje; la luz de este cielo azul obscuro, ardiente, intenso, que no se parece a ningún otro cielo; esta ligera brisa que hace temblar las banderas y riza las aguas del Sund; y allá a lo lejos las fronterizas costas de Suecia con sus enormes rocas de granito y sus selvas verdes que parece que caminan y han de cruzar este brazo del Sund para llegar hasta nosotras, por que las hileras de pinos de las selvas parece que caminan siempre desde que las hemos visto una vez desde el ferrocarril.

El castillo se alza rodeado de murallas y de fosos, erizado de cañones, en medio de rocas y de cantos rodados, en un paraje agreste y selvático; a la orilla misma del agua. Su gran mole se levanta a mi es-

palda y más que un solo edificio parece una ciudadela. Cuatro grandes torreones flanquean los ángulos y en medio se ve un confuso conjunto de torreones, casitas a piñón, tapias almenadas y la alta torre del campanil, alerta y avizor sobre el peligro del mar.

Esta belleza grandiosa, desigual y sombría, es digna de la gran tragedia. ¿Por qué no se podrá visitar este castillo de noche? Ofenden a nuestro sentimiento las imposiciones del horario, la promiscuidad de los turistas y esa indiferencia del centinela que pasea, arma al brazo, con su paso mesurado y uniforme. Se evoca aquí a Hamlet con su traje negro. El traje negro de Hamlet es un complemento con el que ha contado la sensibilidad exquisita de Shakespeare para el ritmo de su obra; no lo reconocemos con otro traje; su cara grave y piadosa se afemina con un traje blanco, y el gran Hamlet, nuestro Hamlet, pierde su intensidad. Vestido de negro, silencioso y lento se aparece aquí. Esta terraza es el lugar de la escena más dramática, aquí pasa ante los ojos del desventurado príncipe el espectro de su padre asesinado pidiendo justicia. Aquí llegaron los saltimbanquis que compusieron su aterradora farsa; aquí, paseando frente al mar, entre la serenidad de las aguas y el cielo, sufrió la lucha gigante,

titánica entre sus sentimientos y el sacerdocio de su venganza. Hamlet es un dios de la venganza hermoso y terrible. El es su primera víctima; sacrifica a su propia madre, inmola a la pálida y débil Ofelia, la dulce niña que murió cantando. Ofelia amó a Hamlet porque lo admiró. Nadie como Shakespeare sabe dar la sensación de los amores nobles. Los hombres de Shakespeare aman porque compadecen; las mujeres, porque admiran.

La fuerza creadora del bardo inglés es tan poderosa que en estos lugares, teatro de la acción del drama, los personajes toman carne y realidad. Creemos haberlos conocido en otra edad distinta, haber venido aquí y volver de nuevo a encontrarlos. Esa capilla que acabamos de ver acogió al pié del crucifijo al infame padrastro, hipócrita y aterrorizado; en aquel salón rojo se sentaba la madre criminal, y esos tapices ocultaban el espionaje y el veneno; los traidores se deslizaban tras de estas puertas, a lo largo de estos pasillos. ¿Engendran estos edificios el crimen, la pasión y la locura?

¡Un escabel al pie de un sillón! Ofelia sentada a los pies de su Príncipe contempla enagenada y silenciosa el piadoso rostro del justiciero, adorando sin saber qué adora.

Se nos hace claro, repetido por el eco

de estas techumbres, el lenguaje torturado de Hamlet, comprendemos toda la grandeza de su sacerdocio de vengador; él como los orientales, como los árabes, como los corsos se sabe vengar.

La venganza y los celos son las dos pasiones que han dado vida a todas las grandes tragedias. Son pasiones inmorales, pero grandes, bellas, humanas cuando las sienten los sanos, los fuertes, los seres llenos de vida. El perdón no es más que una especulación filosófica, propia de los débiles. En este lugar, en plena naturaleza, se siente el dominio de la pasión, se comprende la voluptuosidad de morir, la concentración del pensamiento ante la inmensidad de las cosas; el revolverse desesperado de la impotencia en la pasión activa y dolorosa. ¡Sólo el cielo, las selvas, las rocas y las olas son seres sagrados e inmortales!

Y hay una nota dulce, un eco de arpa eólica en el viento, un susurro, un nombre: ¡Ofelia! Ofelia es un recuerdo siempre melancólico, amargo y plácido a la vez. Ya he personificado a Ofelia en el cuadro de Dante Gabriel Rossetti con el vestido blanco y la corona florida, reposando en la superficie blanda y blanca de las aguas del Sund, en un lecho de nenúfares y algas.

Se la ve como un botón virginal de nenúfar que ha de bajar al fondo de las aguas a buscar el beso de la fecundación en el

misterio de los amores de las plantas. Se espera ver sonreir los labios pálidos de la virgen y volver a su semblante de cera el rosa del vivir; despléganse sus manos adorantes en un gesto soberbio de pasión. Su muerte no es muerte eterna, es un sueño del que ha de despertar. La virginidad perpetua no se aviene con el ardor secreto de la enamorada. Ofelia despertará, se levantará de aquel cuadro de tanto color en que sólo su semblante y sus manos son pálidos.

Hay una visión de Hamlet y Ofelia que siempre nos los representa iguales: tan precisos los describió el poeta.

La única imagen que se confunde con la de Hamlet es la de Shakespeare. Su estatua de los salones del Castillo de Kronborg la creemos un retrato del Príncipe; también el poeta vestía traje negro, el mismo traje negro de Hamlet, el traje negro del vengador. Quizás él encarna el Príncipe y la pasión de Hamlet es su propia pasión.

La existencia del poeta y de su héroe se discuten igualmente. En vano cerca de Londres nos enseñan el encantado pueblecillo en que nació Shakespeare y nos muestran sus recuerdos; en vano, la historia danesa nos dice que Hamlet fué hijo del desventurado rey Harwendill, asesinado por Fengo, que se casó con su viuda; el aná-

lisis de los sabios nos quieren robar la creencia de que pueden existir en la humanidad seres tan superiores. Yo cerraré los ojos; para mí existirán siempre, y con la misma emoción que vi la cuna de Shakespeare me he inclinado ante una pirámide de piedra que me han señalado en el camino de Marienlyst donde la gente del país señala la sepultura de Hamlet.

Yo he dejado sobre esa sepultura una piedra más, una piedra piadosa como una oración, del mismo modo que veía dejarlas, en mi niñez, a las campesinas de Almería, que guardan este rito pagano para las tumbas que, abandonadas al lado de los caminos, parecen solicitar una plegaria, creyendo que de este modo, arrojando una piedra más sobre la tumba extraviada, se consigue que asiente al fin el espíritu que vaga cerca de un cuerpo que no reposa en lugar sagrado.

Para mí el espíritu de Hamlet tiene aquí una existencia real. Shakespeare debió hallarlo durante su viaje a Dinamarca y escuchar la historia de sus desventuras una noche de luna en la terraza del Castillo de Kronborg.

PARTE TERCERA

SUECIA

CAPITULO XIX

El país de los Lagos.

El viaje de Copenhague a Malmö es encantador; el vaporcito atraviesa la sábana de agua del gran Sund, inmóvil como un lago, en el que sobresalen como rocas las graciosas islitas que lo pueblan. Al Norte dejamos la isla de Hven, regalada por el Rey de Dinamarca, Federico II, al gran astrónomo Ticho Brahe; en esa isla alzó el sabio su castillo de Uranemborg, donde vivió consagrado a sus estudios entre sus

libros y sus discípulos, que le formaban una verdadera corte, visitado por sabios y por reyes. Tal vez este favor de los grandes lo perjudicó. Quiso «crear sistemas» en vez de «admitir hechos» y compaginar lo que estaba disociado por su naturaleza. Su sistema, intermedio y falso, ha despojado su nombre de la aureola de luz; y, hoy, de su antigua grandeza, sólo queda un recuerdo sin valor y este viejo castillo, cuyas torres-observatorio parecen aún mirar a los astros pidiéndoles que contesten a la gran interrogación de la ciencia.

Malmö es una bellísima ciudad que da la impresión de tener más jardines que casas. Es Malmö la capital de la Scania, el país más agricultor, más próspero, más fecundo de Suecia; el vergel de este reino árido del Norte, que aquí goza un clima verdaderamente meridional.

En estos momentos el interés de Malmö se reconcentra sobre la gran Exposición báltica que se celebra en él. Es una Exposición magnífica, que nos sorprende encontrar en una ciudad relativamente pequeña. El parque en que está instalada es grandioso; tiene un hermoso lago, bosques frondosos, toda clase de diversiones y un gran número de cafés y lujosos restaurantes.

Las naciones bálticas, Alemania, Dinamarca, Rusia y Suecia, tienen cada una

un palacio y un restaurante nacional. Como sucede siempre, aquella en cuyo suelo se celebra la Exposición lleva la mejor parte. El palacio de Suecia ofrece muestras admirables de un progreso y de una cultura que no tiene nada que envidiar a los demás países de Europa. Los suecos lo saben y no ocultan su orgullo y su presunción.

Se caracteriza el genio de cada nación en sus Exposiciones; la simpática Dinamarca lleva a su palacio la sencillez aldeana y la alegría azul de esas porcelanas que son jirones de su cielo. Alemania presenta con grandiosidad antipática sus maquinarias, armas, modelos de acorazados y automóviles: esto es lo que domina.

Rusia me ha interesado más que ninguna. Ofrece un carácter muy oriental y muy norteño al mismo tiempo. Tiene un espíritu complicado, retorcido, inquietante. Sus telas de colores vivos, sus pieles preciosas, sus objetos sencillos y campesinos presta una luz extraña al conjunto de la Exposición.

En un ángulo, un viejo de barba blanca tallaba con su cuchillo caballitos de madera, con una indiferencia de fakir para todo lo que le rodeaba. Me he parado a mirarlo con la superstición que experimento ante todo lo ruso. Quisiéramos preguntarle y que nos contara su historia. Pero el viejo

parece sordo, abstraído en su trabajo, y cuando levanta la cabeza y habla, tal vez molesto de nuestra contemplación, son nuestros oídos los que permanecen sordos al significado de sus palabras.

Comemos en el restaurante ruso, servido por camareros que se asan dentro de su traje nacional de terciopelo. No desconozco sus comidas, y me oyen, no sin sorpresa, pedir la *boclka* y el *cachanuar*. Una sopa de arroz con hortalizas y tomate y un cocido de centeno, de los que tuve la iniciación en París.

Fija mi memoria en el pequeño restaurante ruso del barrio latino, me parece que he pasado de una aldea moscovita a una gran ciudad.

Pero lo importante es el te, el te ruso, un te incomparable que nos sirven dos jóvenes rusas en vasos de cristal. El te conserva en manos de las rusas toda su pureza nativa. Hay en el te algo de incienso, que exige ser tratado por manos sacerdotales, y nuestras manos de occidente tienen algo de profanas.

Las rusas saben preparar el te en su samovar para que guarde todo el perfume delicado y tenue que exhala en su lejana patria. Cuando ellas vierten su esencia en el vaso, que contemplan con el agua caliente, tenemos toda la visión del exotismo de aquellas hojas transportadas por

las caravanas a través de penosos desiertos, y tiene algo de hostia la rueda de limón amarilla y transparente que cae en el vaso. Hay que coger este vaso como lo cogen los árabes y elevarlo con respeto para la consumación.

Las dos camareras van vestidas de aldeanas. Unas faldas encarnadas con cenefas de mil colores, con el talle tan alto que sirve de corpiño sin más cuidado que amarrarse un delantal negro. Debajo de la falda se escapa el cuerpo blanco de manga corta que deja ver los brazos morenos, con la tonalidad morena de la carne rubia, que es algo de tostado, rojizo, muy ardiente, muy curado y muy reseco. Los cabellos son obscuros y abundantes; los ojos de un azul desteñido y llenos de una luz que ilumina desde muy dentro con reflejos lejanos. Regulares las facciones, respingada y abierta la nariz, nariz de potro sevillano, y grande la boca... Un conjunto que no se sabe si es hermoso, pero que es fuerte e interesante y que obliga a mirar... Creo que deben sentir celos ante ellas las mujeres que vienen aquí. Esos celos que se tienen ante toda desconocida cuando se piensa en el amado y lo hace infiel nuestro extemporáneo recuerdo.

Tengo ganas de salir al sol. Estos palacios acaban por confundir todos sus productos, embarullar el cerebro y cansarnos

y fatigarnos. Tiene la Exposición mucho de museo y mucho de almacén, sin la emoción de los primeros ni la libertad de los otros. Realmente, es un gran bazar ostentoso y enfatuado.

La calle nos acoge apacible; flota en el paisaje una luz indecisa y sin color que funde los contornos; el lago, plateado bajo el cielo tranquilo y la misteriosa cintura de bosques, ponen una calma ancestral.

De pronto un runruneo que viene de lo alto me sobresalta. Unas alas grandes y negras de un pájaro gigante dejan caer su sombra. Son dos alas que no se mueven y que giran, voltean, suben y bajan, dejando en el aire un abejorreo de hélice.

Los aeroplanos vuelan todas las tardes sobre la Exposición y trazan sus círculos de un modo tan preciso como el de los coches que dan vueltas al paseo. Vuelan bajo al alcance de la voz, con giros atrevidos y valientes. No he visto jamás vuelos y virajes tan perfectos; deben ser aquí muy habituales, porque la gente apenas les presta atención. La perfección de los aparatos les quita la bárbara poesía del peligro y coloca al papel del aviador casi a la altura del de «chauffeur».

CAPITULO XX

Mi hotel.

Existe una tendencia en el viajero a hablar de su cuarto de hotel, porque éste es como una cosa que lleva consigo, plegada como una tienda de campaña en el fondo de una maleta. El cuarto de hotel es siempre el mismo. Cuando encargamos al mozo de estación que nos lleve el equipaje estamos seguros de que nos lleva también el cuarto y que lo sacará de la caja de cartón en que van guardadas las muñecas de madera que han de hacer de doncellas y de camareras. Muñecas de goznes que saben inclinarse, sonreir y saludar del mismo modo.

Algunas veces es tan solemne el aspecto del portero con su uniforme de general, que nos avergonzamos de darle la propina, y merced a esta influencia de su uniforme se

dobla la suma de lo que se pensaba darle.

Poco a poco nos acostumbramos a este ajetreo de vida de hotel y al ir y venir de los viajeros. Se pueden clasificar todos en series y a cada serie responderían los mismos maletines, baúles y cajas de cartón que entran y salen todos los días.

Las botas que aparecen de noche delante de las puertas son como la gran pizarra del *hall* que indica los habitantes de cada cuarto. Se sabe en dónde hay caballeros y señoras solas, o en dónde duerme una pareja o un niño. Están allí las botas como vigilantes para que no nos equivoquemos. Unas echadas, como perrillos que se acuestan, otras de pie, dispuestas a emprender la marcha. Algunas veces la una pisa a la otra como si le hiciese una seña; y las botas de matrimonio unas veces están amorosamente mezcladas y otras parecen dispuestas a seguir caminos contrarios.

Se tiene a veces la obsesión de conocer a las personas por sus botas. Al día siguiente en la mesa o en el salón se piensa. Esa señora que lee el periódico es la de las altas botas de cabritilla. Aquella rubia que hace crochet (casi todas las turistas hacen crochet), es la del zapato descotado. Esa alemana tan alta es la de los grandes zapatos juanetudos, y todos esos señores que fuman puros y beben cerveza son los de las

botas tan grandes, tan abiertas y tan embarrizadas. Ese viejo verde que mira por cima del papel debe ser el de las pretenciosas botas de charol.

Son pensamientos que no se formulan, pensamientos embrionarios, pero en los que siempre estas gentes van unidas a sus botas, si se han visto delante de las puertas el día anterior.

No se siente nunca dejar un cuarto de hotel por la seguridad de encontrarlo igual en otro lado. Se le coloca más alto, más bajo; pero es siempre el mismo. A veces se hace querido, apacible, como aquel estrecho cuartito del barrio latino de París, donde nosotras también, en una bohemia ignorada, hemos preparado nuestro café y lavado nuestros pañuelos. Aquella habitación de Londres, con sus grandes ventanas empañadas de niebla que ofrecía la sensación de la chimenea encendida las noches de frío. Aquella habitación de Florencia con su ventana sobre el Arno, tan acogedora y tan sedante; y aquellos cuartos fríos de Venecia y de Nápoles, con los techos bajos y el olor de humedad. La torre octógona de Hamburgo, tan araña-cielo, que los árboles se quedaban allá abajo y parecía que estábamos en un ascensor que en medio del sueño podía subir más... y tantos otros... Todos el mismo.

Ahora es cuando no conozco bien mi

cuarto de Estocolmo. Ha tomado una fisonomía nueva. Las cosas tienen su carácter y su fisonomía. Este es austero, religioso. Me parece que me he alojado en la nave de una catedral o de una iglesia. Estoy en un hotel de las misiones, un hotel protestante, de temperancia. Para señoras solas la religiosidad y la observancia de los evangelios es una garantía. Todo el hotel está limpio, cerradas las puertas, muy blancas las paredes, muy silencioso. El reglamento nos explica las horas de comer, lo que vale el cubierto, lo que cuesta el baño, y nos prohibe dar propinas a los servidores. Un precepto capaz de convertirnos. En cambio nos pide que se les moleste poco y nos ruega que asistamos a la capilla. Todo se desliza dulce y evangélicamente como los oficios en el templo. Mi cuarto tiene algo de celda. Sobriedad de muebles y una cama dura como una tarima. Hay una lámpara con tulipa y enchufe a la cabecera de mi cama y cerca de ella la Biblia encuadernada en tafilete negro. La Biblia sin notas, la Biblia que ha sido el más formidable ariete usado por el protestantismo.

Yo la leo sin buscar comentarios, me dejo llevar de su lirismo, hay en ella algo que consuela y algo que aterra, algo austero y algo sensual. A mi lado, en la pared, un grabado reproduce un cuadro prerrafaelista. El encuentro de Beatriz y el Dan-

te. Yo tengo en mi cuarto de trabajo de Madrid un tapiz tomado de ese cuadro; un tapiz que debe haber tejido entre sus hilos mis miradas. ¡Tantas veces se fijaron en él!

CAPITULO XXI

Estocolmo.

Situada en una profunda bahía del Mar Báltico, en el punto mismo en que, formando un lago, el Saltsjon une sus aguas a las del Melaren la ciudad nos sorprende, abriéndose como una flor exótica entre el arenal desierto, de rocas áridas, que se extiende hacia las regiones mineras del Norte.

¿Por qué se ha caído en la vulgaridad de comparar a Estocolmo con Venecia? No hay dos ciudades más opuestas y más distintas. Estocolmo no tiene lagunas inmóviles que formen calles de agua bañando los cimientos de mármol de antiguos palacios; no tiene cúpulas bizantinas, no surcan románticas góndolas negras sus canales; no posee ese ambiente de la antigua historia que aroma en su decadencia a la ciudad del Adriático con un penetrante per-

fume de rosas marchitas, refinado, quintaesenciado, desprovisto del olor a hierba y a tallo que se percibe siempre en la más bella rosa fresca.

Estocolmo es una ciudad renaciente, comercial, industriosa, rica. No tiene con Venecia la más vaga semejanza. Tal vez la han llamaddo Venecia para llamarla bella como a toda mujer hermosa se la compara con Venus.

La impresión primera de Estocolmo es de suntuosidad, todos los grandes edificios, de estilo sueco, construídos de piedra y granito, dan una impresión de pesantez por su aspecto demasiado grandioso. El Palacio Real con los enormes bloques de su fachada rememora las construcciones asirias. Cerca de él, en los alrededores del Norrbro (puente del Norte) se agrupan las más soberbias construcciones; como el Palacio de la Dieta, la Banca del Estado, y, más lejos, el Teatro de la Opera y la guirnalda de palacios que forman el Stranvagen.

Desde la altura de Santa Catalina o de Skansen, el panorama de la ciudad es de una belleza incomparable. La simetría de sus calles, la grandeza de sus construcciones, la alegría de sus aguas son maravillosas.

Pero lo más bello de Estocolmo son sus lagos. Por más esfuerzos que hagan las ciu-

dades del Norte serán siempre inferiores a sus paisajes. Una montaña, un lago, una roca, valen más que todos sus monumentos. De todos sus Museos (y los tiene muy interesantes) se prefiere el Skansen porque es un Museo al aire libre, en un parque, donde se nos da en pequeño, un croquis de todo el suelo de la Suecia. Sus selvas, sus viejas aldeas, sus lagos y sus minas. Se ven lapones y aldeanas vestidas con sus trajes de faldas obscuras y cuerpos blancos, tocadas con casquetes verdes y rojos; allí se contemplan sus bailes y se escuchan sus músicas. Es verdad que todo esto tiene ya valor de escenario. Son trajes para museo llevados por mujeres a las que convierte en maniquí su traje; porque en esta exhibición el traje toma más valor que la mujer.

Cada vez que paso ante el Instituto Nobel pienso en el blanco que ofrece este lugar a todas las ambiciones literarias y en cuánto falsea la honradez de la intención la perspectiva de un premio. El artista debe ser un pájaro, como Homero, que lo posee todo y no ambiciona nada. Es decir, que no tiene que preocuparse de la vida, pero que en su vida no es todo facilidad; la dureza, la adversidad son también favorables y templan para el combate.

La enormidad de la renta de 31 millones y medio de coronas ha legado el ilus-

tre químico, inventor de la dinamita para fundar cinco premios que han de recompensar el descubrimiento más importante en el dominio de la química, de la física, de la medicina y para la vulgarización de la obra literaria más notable. El quinto premio de su fundación es para el establecimiento de tribunales arbitrales internacionales que resuelvan esas cuestiones que el derecho internacional, aún en mantillas, no acierta a evitar. Ver dos estados declararse la guerra es como si en un juicio de faltas los contendientes fiaran la justicia de su causa al más fuerte y los jueces les vieran impasibles. Un Estado es un solo hombre, para la concepción de un derecho puro e inmanente, y es preciso que los tribunales juzguen a los Estados como juzgan a los hombres y que el crimen colectivo se considere como el crimen individual.

Alfred Nobel es una paradoja. Un hombre a quien la ciencia le enseña el arma más mortífera de la humanidad, tiene un corazón tierno, una conciencia recta, un espíritu de artista. Parece que él tiene la visión de los crímenes que van a cometerse, que se asusta ante ellos y que aquel dinero que el arma mortífera ha producido lo destina como una expiación a enjugar las lágrimas y hacer que fructifique la paz.

Hay siempre una neblina tenue sobre

Estocolmo, pero es una neblina de luz que no vela nada aunque parece velarlo todo. El sol se asemeja a una gran dalia doble, de una luz tan fría que deja mirar su disco rojo; tiñe de rosa pálido las nubes y lo envuelve todo en tonalidades de oro rojizo. Se le ve como deshojarse en la lejanía dejando caer los pétalos uno a uno en el seno claro de Malaren. Es un sol que no se aleja, que se queda ahí y vuelve prontamente a bañar con luz amarilla el eterno día estival. Cuando se oculta nos sigue enviando una luz de crepúsculo, falsa y fatigante, en esas horas extrañas que no son del día ni de la noche.

Estas horas son de excursiones, de alegría. Las barquitas de turistas, blancas como minúsculos yachts de recreo pasean a los viajeros entre el dédalo de islillas de los lagos.

No hay cosa que más moleste a un viajero que sus compañeros. El turismo dará al traste con la afición a los viajes, porque los despoja de lo más interesante y pintoresco. Distrae de la contemplación de la belleza de un lugar el pensamiento de que tantos ojos la miran con nosotros. La imaginación juega un papel importante en los viajes. J. Ruskin, el apóstol de la belleza, para el que las líneas de piedra eran libros que le mostraban sus poemas, contempló la más hermosa catedral gótica en la aguja

de un pico de los Alpes velado por la niebla. A veces, nosotras hacemos una leyenda a un palacio, a un castillo, a una cabaña de pescadores... la voz de los acompañantes nos revela implacable: La casa de locos... la escuela de natación... la morada de un farero. Es una extraña manera de divertirse esta que nos asocia a tantas gentes. Al entrar en el barco se nota que el primer sentimiento de todos es de hostilidad, la primera mirada de reojo, de desconfianza. Todos se molestan mutuamente. Hay un apresuramiento egoísta para entrar los primeros y coger el mejor sitio.

Una de las primeras estaciones en que toca el barco es una pequeña islilla del Saltsjan donde la gente alegre de Estocolmo pasa las horas sin sol (no me atrevo a llamarlas de noche).

Pero la gente alegre de Estocolmo es tan desdibujada como su noche. No hay una ciudad más silenciosa que ésta; durante el día, en las horas de tráfico no se escucha ruido de gentes ni rumor de conversaciones. Parece una ciudad habitada por mudos.

En este barquito de recreo que hemos tomado para visitar las islas va la toldilla llena de muchachas. Las había creído obreritas que regresaban de la fábrica: tan sencillas, tan modestas y tan recogidas van. Algunas me habían parecido burguesitas

pretenciosas y atraían mi atención, como esas pobres criaturas que llamamos cursis, porque van contentas y ufanas dentro de unos vestidos muy mal hechos. En ese concepto pocas podrían competir con éstas; llevan unos trajes grotescos y unos sombreros inverosímiles, de encaje blanco con lazos rosa como gorras de niño que se va a cristianar, escapándoseles de la cabeza; y estas silenciosas y pobres criaturas son las muchachas alegres. No había yo reparado en las miradas de rapiña, que entre sus párpados escaldados y carnosos les lanzaban la banda de viejos verdes que desembarcó detrás de ellas en el islote. A lo lejos sonaba un pianillo. ¡Pobres muchachitas! Unas vienen del campo, otras son criadas de servir y camareras de café o de hoteles. La mujer trabaja mucho aquí; el trabajo es duro y mal remunerado, la libertad mucha. En cuestiones de moralidad la manga es ancha. Los padres no se cuidan más que de la infancia, después ellas aseguran su porvenir y hacen su vida. Pasean con sus amigos, viajan con el novio, lo visitan en su casa. Nada de esto tiene importancia.

Todas las mujeres suecas son un poquito masculinas. Tienen un gesto algo hombruno cuando se las ve marchar por las calles con paso airoso, firme y resuelto, y con el sombrero en la mano. La mayoría

son enemigas del matrimonio; se cansan pronto de una misma amistad y los maridos están obligados a ser tolerantes. Un marido celoso o despótico estaría en ridículo y se quedaría sin mujer.

Pero hay que tener en cuenta que ellas y ellos tienen los mismos temperamentos y la misma educación; las mismas ventajas de ambiente. No hay Otelos ni Andrómacas. Ellos se entretienen con sus amigas mientras ellas hacen un viajecito de recreo con sus amigos. No se preocupan de estas pequeñeces a las que no les dan importancia, ni alteran la felicidad del hogar.

El carácter de la sueca es sencillo pero complejo. Conociéndolas se comprende y se admira más a Augusto Strimberg, su gran escritor, novelista, historiador y dramaturgo de genio, que ha retratado en sus obras todos los defectos, falacias y ruindades de nuestro sexo. El gran enemigo de la mujer conoce maravillosamente su corazón, y cuando combate el feminismo tan denodadamente, creyéndolo nocivo para su país, lo hace con una verdad y una honradez que quizá estemos más capacitadas para comprender nosotros, aferrados a los atavismos románticos de nuestra tierra y nuestra raza, que estas gentes moldeadas ya en ambiente tan distinto.

¿Quién está en lo cierto? No me atrevería a afirmarlo.

Las mujeres suecas se han distinguido siempre por su talento y por su espíritu de libertad. Buena prueba de ello es la reina Cristina, hija de Gustavo Adolfo, la amiga de Voltaire, que supo engrandecer su patria y prefirió abdicar la corona antes que aceptar un marido que repugnaba a su independencia y acabó sus días en Roma, enamorada de su arte y su civilización.

El número de mujeres notables en Suecia da un contingente más crecido que en los demás países con relación al número de habitantes.

Formarían un gran catálogo los nombres de ilustres escritoras suecas: Anna Carlota Leffer, Victoria Renedictssan, María Sanngrens, Emilia Cerlen, Sofía Vanknorring, Sofía Elkan, Hilda Stramberg, Anna Wahlenberg y Matilde Anna Roos. Las más conocidas entre nosotros son, sin duda, Federica Bremen, Ellen Key y Selma Langerlöf.

La primera de estas tres tiene un valor vivo de combatiente, de luchadora; es la que ha legalizado ese feminismo que ya se había implantado de hecho, la que conquistó los derechos de la mujer para afianzar su puesto en la sociedad.

Selma Langerlöf ha sabido resucitar la vida legendaria de sus viejas ciudades. Su obra es tan nacional, tan plástica, tan romántica que en pocos años la modesta

maestra de escuela, se ha puesto al frente de la literatura del país. Una literatura difícil de penetrar en nuestro espíritu. Se observa esta obscuridad hasta en sus poetas, aunque la poesía tiene el don de la universalidad.

Yo hubiera querido conocerla, pero ahora Selma está en Italia en busca de esa inspiración que le piden todos los artistas. ¿Fecundará el sol de Italia esta fantasía del Norte? ¿Le extraviará? Hay que esperar su obra. Entre tanto, aunque no haya recibido como ésta el premio Nobel, yo sigo creyendo a Ellen Key la inteligencia más vigorosa de esta tierra, la más original, la más completa y poderosa. Verdadera artista, creadora y libre, que basta por sí sola para hacernos mirar con respeto la mentalidad de la mujer sueca y no juzgar unas costumbres que están tan de acuerdo con la independencia que se han conquistado, y que están tan lejanas de nosotros.

CAPITULO XXII

La ciudad sabia.

Upsala, la ciudad vieja, la ciudad que parece que ha creado a la ciudad, que ha sido el grano de trigo sobre el que se abre la espiga de todo un reino, el solar de la raza, la cuna de la historia, el hogar de las tradiciones y el asiento de sus recuerdos.

Se viene con respeto a estas ciudades fundamentales, solariegas, en las que se encuentra el viejo espíritu que diferencia entre sí a los pueblos y los libra de su vulgaridad. En Upsala la población de hoy es lo de menos, lo importante es la ciudad que construímos nosotros; la que no encontramos hasta salir de sus calles y sus plazas, dejando atrás sus edificios y buscando en el arenal desierto los cimientos del viejo palacio de Odin; las ruinas del Walhalla.

En la actualidad Upsala es la ciudad sabia, pero entendiendo la sabiduría a la moderna, seca, escueta; la sabiduría reñida con la alegría, la sabiduría que los maestros enseñan ahora dogmáticamente en el aula, sin recogerla como en Atenas de los labios de una Aspasia o de las conversaciones de la multitud reunida en los pórticos de los templos o en el descanso del agora.

Aquí el principal edificio es la Universidad, parece que todo lo demás son sólo dependencias de ella. Todos son edificios didácticos: Observatorio, Institutos de Física, de Química, de Patología, de Anatomía y otros cien más. La Biblioteca asusta por el número de autógrafos y de libros que encierra. Da la sensación de que haría falta una serie de vidas para sólo leer el catálogo, y se comprende que habiendo tanto que estudiar se acabe por no estudiar nada y que los estudiantes suecos «jueguen a los estudiantes», según la frase acerada del demoledor Strimberg. Sin duda este año muchos deben haber jugado mal, cuando a pesar de las vacaciones se ven tantas gorras blancas con borla negra, distintivo de los universitarios, los cuales forman la mayor parte de la población. Aquí son todos profesores o alumnos y entre todos forman la sapiente ciudad triste, porque estos estudiantes no

son revoltosos e indisciplinados como los nuestros. Si olvidan los libros es para cantar himnos a cuatro voces, su afición favorita, o pasear por sitios solitarios y melancólicos con alguna sentimental niña de cabellos de lino.

El tipo de nuestro *Don Félix de Montemar* no se da aquí. Son hombrecitos graves y sesudos, cada uno de los cuales pertenece a su *nación*. Se entiende por *naciones* las casas de estudiantes, establecidas en trece edificios suntuosos, que corresponden a las diferentes regiones en que está dividida Suecia: Estocolmo, Vestrogotia, Norrland, Calmar, etc. Cada una de estas naciones se gobierna por comités que los estudiantes eligen, y forman entre todos una especie de república federal. Se dice que este régimen es bueno para su educación cívica, porque les enseña a gobernarse y administrarse por sí mismos, con un simulacro de asambleas y congresos. Sin embargo, hay enemigos del sistema que fomenta el regionalismo, ese regionalismo que vincula los defectos de cada región, como si fuesen cosa típica y digna de conservarse, y que desarrolla una emulación que suele llegar hasta la rivalidad. Desde luego no me parece el medio más progresivo de educación cuando el ideal moderno ha de tender a borrar regiones y fronteras.

Entre los profesores de esta Universidad se cuenta uno que bastaría por sí solo para darle fama mundial: Linneo. Está aquí el jardín que dirigió el célebre botánico, cuya casa mortuoria nos muestran como una reliquia en Hammarbey. En toda Suecia, especialmente aquí y en Estocolmo, en cuyo parque realizó la mayor parte de sus admirables trabajos, se le profesa un verdadero culto. En todas partes hay lápidas y estatuas que lo conmemoran. Suecia no es ingrata con sus hijos, y observo que la rama más fructífera del saber pertenece a las ciencias naturales: botánicos, químicos, naturalistas.

La Reforma, que emancipó en sus comienzos el espíritu de estos países, junto con la modalidad de la gente del Norte, más positiva que romántica, favorecieron la investigación, para que la ciencia detenida entre nosotros por las hogueras de la Inquisición mostrase su verdad y su realidad triunfantes. Y no es que Suecia no sea un país religioso, hasta fanático, es que por la modalidad de su espíritu su religión había de ser protestante, para permitir la investigación minuciosa, el examen, la enunciación de verdades demostrables. Un acomodo de la religión y la razón.

Conseguido esto, su cristianismo se ha hecho más fogoso; son más observantes

que los católicos y en los anuncios de los periódicos se lee con frecuencia: «Se necesita una cocinera buena cristiana», o «Se desea un lacayo que crea en Jesús». Los reyes son los primeros en dar muestras de su celo religioso. El rey ha dado una serie de conferencias sobre la «Unión en Jesús».

Es verdad que existe la libertad de cultos y que se consiente el matrimonio civil para católicos y judíos, de los cuales hay más de tres mil sólo en Estocolmo; mas para desempeñar los altos cargos hay que ser luterano. La blasfemia se castiga tan rigurosamente, que Strimberg estuvo sentenciado por entenderse que existían blasfemias en sus obras.

Sobre la puerta de la Universidad de Estocolmo se encuentra esta máxima:

«Pensar libremente es bello,
Pensar justo es aún mejor.»

Y Upsala es la ciudad religiosa por excelencia entre todas las de Suecia, donde se halla instalada la Sede del obispo y la vieja catedral católica, convertida hoy al culto luterano, que encierra un panteón de reyes y de nobles en sus antiguas capillas. Es un edificio de grandes dimensiones; en su mayor parte conserva su arquitectura gótica, entre esa mezcla de estilos, pegotazos y añadidos de diversas

arquitecturas propias de esas obras de las grandes catedrales que en realidad no se acaban nunca y por las que el fuego parece tener una predilección tan marcada que siempre en su historia se registran media docena de destrucciones y siniestros.

Su primer arquitecto, el que marcó ese sello de paternidad que no hay nada capaz de borrar luego, era un francés; así es que a primera vista el edificio recuerda algo de las catedrales del Norte de Francia, pero bien pronto la ilusión desaparece. El ladrillo rojo y las piedras vulgares no son materiales de construcción tolerable en una catedral gótica.

El gótico exige materiales nobles; esas piedras duras y esos mármoles preciosos con que se han levantado las maravillas de las catedrales del centro y del Sur de Europa. Tal vez por eso la vieja catedral de Upsala no ha despertado en mí una impresión de arte con sus muros rojizos y sus altos campanarios recubiertos de plomo, que parecen sobrepuestos o pegados, sobre todo si se comparan con la vieja fachada del Sur, que conserva su sello primitivo a pesar de las restauraciones y de la multitud de estatuas que se han aglomerado en ella.

El interior es semajente al de todas las catedrales. Después de haber visto muchas se hace una selección de cosas triviales, y

sólo unas cuantas quedan en pie entre el maremágnum de reliquias, coronas y tumbas de obispos, de grandes y de soberanos.

A veces dudo de si estos monumentos, en los que se han acumulado tantas riquezas y para los cuales se ha pedido tan gran esfuerzo al Arte, queriendo desafiar los siglos con su solidez, se han levantado a impulso del espíritu religioso de los pueblos o por el deseo soberbio de los poderosos de erigirse un monumento que los perpetúe. La mayoría de las catedrales no son más que grandes pudrideros, cuyo horror ocultan los mármoles que los cubren. Un cementerio más refinado y no menos grandioso que las pirámides de los egipcios, que se oculta artera e hipócritamente.

Me detengo ante la tumba de Gustavo Vasa. Es el héroe popular, el fundador de toda una dinastía de reyes. Tiene aquí una capilla, en cuyas paredes se reproducen, en frescos de escaso valor, las escenas de su vida, y en la que se conserva una copia de su célebre discurso a los Estados.

Hay razón para que se guarde en Suecia un recuerdo tan piadoso de Gustavo Vasa. Van unidas a él sus más legítimas glorias. Para afirmar su trono y la independencia de su país, tan heroicamente conquistados, Gustavo Vasa tuvo que apoyarse en la reforma y enriquecer la co-

rona con los bienes confiscados a la Iglesia católica. Se cuenta que al brindar el obispo de Suecia con el rey en las fiestas de su coronación, le dijo con orgullo: «Nuestra Gracia bebe a la salud de vuestra Gracia», y Gustavo Vasa respondió sonriendo: «Dos gracias en un mismo reino me parecen demasiadas.»

Se contempla en la estatua yacente de la sepultura la energía de las facciones, quizás acentuadas por la dureza del mármol, y se evoca su vida de lucha, de epopeya, de voluntad, que parece haberse transmitido a sus descendientes para formar esa *Era gustaviana* en que florecen el arte y las letras en Suecia.

La tumba de Gustavo Vasa me da la sensación de que el héroe sueco no descansa aún; me parece inquieto y como prisionero entre esas dos estatuas de mujeres que yacen a sus dos lados. Catalina y Margarita son las dos esposas de Gustavo Vasa que el escultor colocó cerca de él; en la misma capilla está también enterrada Karin, la tercera esposa.

La muerte, al igualarlo todo, iguala también a estas mujeres en el tiempo, y concede a todas los mismos derechos y la misma actualidad de reinas y esposas.

¿Cuál sería la más amada? Se la busca para repudiar a las otras, porque para el amor único de esos desposorios eternos

del espíritu no se consiente la pluralidad. Han debido quedar viudas las almas de las menos amadas, y parece un cinismo esta proximidad de sus restos que implica algo como perpetuar la infidelidad.

CAPITULO XXIII

El país de Walhalla.

Un paseo en coche nos lleva en un cuarto de hora a la vieja ciudad Gamla Upsala (1), donde se hallan los *humgshögarne* (colinas de rey), donde están las tumbas de los reyes paganos.

La vista que ofrece este lugar es preciosa; las colinas están rodeadas de un arenal rocoso, que acusa aún la accion de los glaciales.

Estas tumbas paganas se hallan cerca del antiguo templo de Odin, sobre el que se alza ahora una iglesia, que dan ganas de quitar de allí.

Son varios los promontorios que indican tumbas. Entre ellos sobresalen tres. Unos montones de tierra redondos y altos, recubiertos de guijarros y cantos ro-

(1) La vieja Upsala.

dados; tienen una abertura negra y honda, por donde se han sacado las urnas de huesos calcinados que guardaban y algunos objetos de uso común que hemos visto en el Museo de Estocolmo. Es asombrosa la semejanza de rito de estos pueblos con el pueblo egipcio. Estas tumbas no son más que pirámides mal hechas, pero el espíritu que las inspiró fué el mismo que alzó las pirámides africanas, el mismo que ha legado al pueblo noruego los navíos de los famosos Vikings, ese absurdo deseo de inmortalidad. Frente a las colinas hay una granja donde venden a los viajeros refrescos de hidromiel. Su solo nombre es sonoro y evocador: ¡hidromiel! Esa palabra tiene música y una belleza que reside, más que en la idea que expresa, en su estructura material. *Hidromiel;* hay sonoridad y dulzura en ella. Evoca las Walkyrias que vertían esta bebida en la copa de héroes y dioses. Nos parece algo de litúrgico el gran cuerno montado en plata en que nos ofrece la bebida una muchacha de cabellos casi blancos, ojos de azul tan claro y párpados tan rojos que parecen que ha llorado y se le han desteñido las pupilas. He de confesar que me gusta más el nombre que la hidromiel; pero aquí tiene ésta un sabor de autenticidad que nos obliga a tomarla con respeto de comulgante.

Nos hallamos en Gamla Upsala, en el lugar donde estuvo el famoso templo de Odin. Naturalmente, nosotros no podemos concebir ese templo maravilloso de Asagard (1), donde se gozaban todas las delicias de la gloria y donde las Walkyrias transportaban en sus caballos alados a los héroes caídos en el campo de batalla, cuyas heridas curaba Eir, la diosa de la Medicina, con el jugo de la berenjena. Pero nosotros, descartando el símbolo de toda mitología, vemos aquí el verdadero Walhalla, el Walhalla histórico, no menos grande por estar despojado del encanto que le prestaba lo sobrenatural.

Este es un hogar de historia; tuvieron aquí su asiento los antiguos soberanos del país; no lejos, en Hammarby, se han encontrado las célebres *morastenar*, documento histórico importante, que consiste en piedras donde están grabados los nombres de los soberanos que se coronaban sobre ellas.

Por eso, el Walhalla tiene un valor histórico. La mitología scandinava, como la de la India, el Egipto y la Grecia, se funda en la deificación de héroes nacionales. Ese principio de lucha del bien y del mal, simbolizado en los dioses (Ases) y los gigantes o demonios (Jotes), no es más, histórica-

(1) Cielo.

mente considerada, que la lucha entre los primeros conquistadores góticos que vinieron de Asia bajo el mando de su jefe Odin, y los aborígenes del país, probablemente de raza céltica, con cabellos negros y tez morena, en contraposición con los invasores, de cabellos rubios y rostro sonrosado.

Con el tiempo las dos razas acabaron por mezclarse, y la superior cultura de los invasores acabó con las groseras supersticiones; pro el culto a Odin siguió reinando hasta que el cristianismo hizo derrumbarse el soberbio edificio del Walhalla y Asagard con todos sus palacios y jardines, y Odin, el todopoderoso, el justo, el sabio, el bienhechor, acabó por ser un demonio vulgar expuesto a ser exorcizado por un cura de pueblo.

Pero Odin y su corte de dioses y diosas no han muerto para el arte. Freya y Tors viven como Venus y Prometeo; viven en una resurrección más amplia, más universal. Scandinavia ha sido la fuente de la literatura y el arte germanos, y la obra de Wagner, la evocación de su Walhalla, la representación de sus mitos impera triunfadora sobre Europa.

Se siente cierta emoción involuntaria al poner el pie en tierra donde todos esos bellos mitos tuvieron realidad y arraigo.

CAPITULO XXIV

Los siervos.

Se comprende que se conciba el infierno en el centro de la tierra. Todo lo que viene del subsuelo es terrorífico, amedrentador o misterioso.

He vuelto a ver la luz con fruición después de salir de la galería de la mina de cobre de Falum. Salir de una mina es resucitar.

Esta es una de las regiones mineras de la Suecia, donde se encuentran las célebres minas de cobre, ya medio agotadas, que forman la riqueza mineral del país, en unión de las montañas de hierro de Laponia. Esta es la región minera, como la Scania es la agrícola y Nortroping, «el Mánchester sueco», es el que se distingue por la fabricación de tejidos, y Gom-

borg y Estocolmo por su poderío y su industria.

Antes de llegar a la mina, desde el camino, Falum se anuncia de un modo lúgubre. Parece que un soplo de muerte ha pasado por la selva. Están los árboles quemados como por un gigantesco incendio, marchitos, retorcidos. Da mucha pena ver los árboles quemados y de pie y con raíces, porque en vez de muertos, están heridos y deben sufrir cuando la primavera llega. Aquí llega la primavera haciendo bueno el adagio de que se ve crecer la hierba. Todo brota en dos días de entre la desolación en que lo envolvía el invierno. Brota del mismo modo que a una señal del otoño se derrumbara de golpe otra vez.

Estos pobres árboles no pueden obedecer a la primavera. Algunos tienen un retoño verde desmedrado, más triste y más apiadable.

Están quemados por el humo de los antiguos hornos, en los cuales se separaban el cobre, el azufre y el imán. Aunque hoy se emplean procedimientos hidráulicos, el bosque no ha podido volver a recobrar su lozanía.

La visita a los pozos, a los cuales se baja por una escalera desigual, accidentada, alumbradas por la luz de las antorchas, cayendo sobre nosotros el agua de las paredes, no tiene nada de atrayente.

Parecemos sombras entre aquellos muros, envueltas en los capotes de mineros que nos han dado, y cuyo peso nos dificulta el andar. Los pozos más profundos tienen una atmósfera densa y pegajosa. Asusta pensar que pobres hombres caven estos pozos, estas cavernas para extraer el metal. La humanidad debiera avergonzarse de sus minas. Mientras los guías hablan de toneladas de cobre y kilogramos de plata y oro extraídos cada año de aquí, yo pienso en los sufrimientos de los mineros, para los que fué tan escasa parte de ese oro; en las familias hambrientas y ansiosas, en los hombres enfermos y muertos en este trabajo cruel, arañando la tierra, cargados como brutos, deshecho el organismo con los venenos del metal. Siento el dolor de todos. Hasta el dolor de esa selva quemada y de las camas de animales y nidos de pajarillos que se destruyeron.

Se cuenta aquí una tradición conmovedora; sin duda todos los que han visitado estas minas la sabrán, pero no por eso impresiona menos.

Son frecuentes en las minas las catástrofes. Los mineros desaparecen; se les sustituye por otros, como el caballo del coche que cae reventado en la calle. En una de estas catástrofes, hacia principios del siglo XVIII, perecieron unos cuantos mi-

neros, a los que la mina sirvió de sepultura, y no se pudieron hallar sus cuerpos. Uno de ellos, sin duda de origen judío, a juzgar por su nombre «Mats Israelson», se hallaba en vísperas de casarse con la moza más bella de Falum. Estaba todo preparado para la boda; la novia tenía ya esa corona bizantina que usan aquí las desposadas; sin duda un genio femenino, envidioso de su felicidad, arrastró al minero a las profundidades del pozo que se cegó.

La novia ciñó su velo negro; no volvió a escuchar la voz halagadora del amor; cerró cautelosa su corazón y consagró su fidelidad a un recuerdo.

Las convecinas la creían algo loca. Ella parecía esperar. Se sentaba todas las tardes al borde de la selva, cara a la mina, en el mismo sitio en que solía esperarlo al volver del trabajo.

Y pasaron los años, con la monotonía de los inviernos sin sol y los días interminables del verano, pasaron los años, y, como un premio a su constancia, Chatarina volvió a ver a Mats.

Los mineros encontraron un cadáver de un desconocido y lo llevaron a la ciudad. Al pararse para descansar a orilla del camino, Chatarina lo vió. Era Mats. Mats, tan bello y tan juvenil como el día en que se separaron, cuarenta y nueve años antes. Su cuerpo, preservado de la destruc-

ción por la acción del sulfato de cobre, se conservaba con toda su frescura y lozanía. ¿No le habría preservado el deseo ansioso de Chatarina de volverlo a ver?

Se guarda la emoción en Falum de la escena en que aquella ancianita de setenta años acariciaba, embriagada de amor, el cuerpo juvenil. Aquella juventud era una traición. Debiera el tiempo haber respetado también la belleza de Chatarina, como respetó su vida hasta ver cumplido su deseo. Tal vez su ancianidad dió un matiz maternal a su amor para hacerlo más santo. Los mineros dejaron expuesto dos días el cuerpo de Mats, conmovidos por aquel amor fiel, y el día de su entierro expiró Chatarina.

Hay que escuchar esta historia cerca de la boca negra y enigmática del pozo, en este ambiente, junto a ese bosque quemado, para sentir todo su horror. Se cree que, en efecto, el amor insaciado de Chatarina tuvo fuerzas para decirle a la Muerte «espera», y para obligar a la Tierra a devolverle el amado. ¡Oh! Mientras se amara no se debía morir ni envejecer.

Estos pobres campesinos de Suecia son bien desgraciados. Nosotros no sabemos apreciar bien las hogazas de pan que nos distribuye nuestro sol. Aquí, donde la vida es tan dura, se necesitan todos los cuidados para sostener el organismo. El

régimen de alimentación sueca es malo. En las ciudades se come poco y mal. En el campo, el gran propietario es una especie de señor feudal, de reyezuelo; pero el trabajador, el verdadero aldeano, pasa una vida triste en esas cabañas de madera mal protegidas de la inclemencia, donde en una sola estancia incómoda, ahumada, sin aire, se reúne toda la familia. Así, el obrero, el minero y el campesino sueco se refugian en el alcohol. El Punch les ofrece calor, consuelo, olvido..., a veces un olvido demasiado prolongado, porque la debilidad orgánica y la excitación de esta naturaleza originan gran número de casos de locura. ¡Me asusta la Casa de Locos! ¡Me produce terror! Acaso la locura no sea más que la memoria de otras vidas y la falta de percepción de la vida presente.

Un loco es algo como un actor, que al acabar su representación no se puede quitar el uniforme de general o la barba postiza. Nos apena ver al pobre general con su ansiedad de mandar ejércitos y sujeto en el recinto de una celda estrecha, a las órdenes de un loquero. Es siempre antipático el loquero, con la razón de su látigo y de su autoridad. El loco tiene anhelos, sueños, crisis, espasmos, palpitaciones de una vida superior e intensa. ¿No es eso superior a la razón? ¡La razón! Darnos cuenta de todas las minucias, de to-

das las mezquindades, de todo lo real. No volar, estar siempre en el suelo, bien aplomados, con zapatos sin tacón; dejarnos modelar en el corsé del medio, cortado por el patrón común. No, no es la locura lo que me asusta, es el manicomio en que recluyen a los alienados los que gozan de razón.

—Para estos pobres campesinos suecos, que tienen una vejez tan triste a expensas de almas piadosas o recluídos en asilos, es mejor la locura. La emigración es el peor de todos los males y es el que más se sufre aquí. Emigran los aldeanos hacia América y Oceanía. Rara vez vuelven. Debe ser una muerte desesperada la muerte fuera de la patria; la tierra debe hacerse hostil a los despojos. Si los espíritus pueden sobrevivir y volver a donde desean, ¿habrá reencarnaciones y avatares que expliquen tantos casos de locura mejor que las influencias del Punch, del clima y de la alimentación? Por eso hay gentes que trabajan en las minas.

CAPITULO XXV

Por los caminos.

Vuelta a hacer la maleta y vuelta a marchar. Se siente el viaje porque hay que hacer la maleta. Volvemos a contemplar desde la ventanilla el paisaje sueco, que en esta parte de Estocolmo a Cristianía es siempre igual: selva y lagos, lagos y selva; parece que es verdad que el terreno corre y que nos persigue el mismo trozo de paisaje dando grandes zancadas. La vista penetra en la selva entre los claros de los troncos de los pinos. Se solaza en el tapiz de hierba y en la sombra, mientras que arriba, en las copas, la luz parece formar algo de bóveda cristalina.

Este paisaje acaba por fatigar. Es monótono. Suecia es un verdadero vergel; por todas partes hay lagos, algunos tan importantes como el Malaren, el Vetter y el

Veneren, que tiene más de cinco mil kilómetros de superficie. Casi todos los ríos están también por este lado; la configuración del suelo lleva las corrientes de agua al Báltico y al Cattegat. Son ríos de curso corto y rápido, bellos, salvajes; parece que trabajan para abrirse paso. El genio de los suecos los ha utilizado para el acarreo de maderas. Se dejan ir los troncos de los árboles, principal riqueza de estas regiones, a favor de la corriente hasta los puntos de destino, donde los operarios destinados a este trabajo los recogen y clasifican según sus marcas. Es un espectáculo pintoresco el del transporte de estas maderas; los primeros troncos que vemos entre los remolinos nos parecen cuerpos de ahogados. Evocan estos ríos algo de esas novelas de salvajes en las Pampas, de piraguas, de emboscadas; tan primitivo es el procedimiento, que trae aroma de tierras vírgenes y el tren me parece un anacronismo.

¡El tren! En el tren se aprende el valor del minuto. Aquí, donde la honradez y respeto de la gente es proverbial, hay en las estaciones mesas servidas a las que puede llegar el viajero, tomar por sí mismo lo que necesite y pagar lo que declare haber tomado.

Cuando el tren se detiene en una de estas estaciones, los pasajeros parecen aves

de rapiña que salen de sus agujeros y se lanzan sobre la presa. ¡Seis minutos! ¡Cuánto se come en esos seis minutos! ¡Cuánto puede hacerse en un minuto! En realidad, todas las cosas no tienen más que un minuto. No sé por qué al pensar en el minuto se piensa siempre en el *su único hijo* del Credo de los sentenciados.

Causa pena no saber el nombre de todas las estaciones por donde se pasa.

Se quisiera vivir en todas las casitas que se ven, pero vivir en todas a un mismo tiempo.

Hay un momento de pánico en la estación de llegada, cuando es preciso llamar al mozo para que baje los equipajes, y no se sabe cómo se dice *mozo* en sueco o en danés.

No hay nada más cómico que los manuales de conversación donde se ha previsto todo cuanto puede tener necesidad de hablar el viajero, hasta el decirle a una compañera de viaje: «¡Qué hermosos ojos tiene usted.»! ¿Habrá quien utilice esa pregunta? Tal vez sí; si hay aquí, como en nuestra tierra, gentes que hacen algo de fiesta y de excepción en un viaje por tren, y han leído los antiguos novelistas para creerse obligados a tener su aventura de viaje. Para muchos hombres sería vergonzoso un viaje sin su aventura.

Son maravillosos estos caminos escan-

dinavos. Son caminos hechos contra la voluntad de Dios, con un esfuerzo de gigante entre selvas y rocas. El ánimo se suspende y se asombra ante la obra titánica de la red de navegación del Báltico; los inmensos canales que lo unen al Vetter, al Vener y al Gotta; el medio ciento de esclusas por donde se elevan los barcos para caminar, como si rasgaran la tierra con sus quillas y las maravillosas caídas de Trollhattan. Esta enorme masa de agua del país de la hulla blanca, porque esta tierra no produce carbón y provee de energía a las fábricas que al utilizar el agua le han robado mucho a su poesía. Más que la admiración por la Naturaleza, atraen ahora el interés las grandes obras que evitan el inconveniente de la caída para la navegación, mediante las grandiosas esclusas que atraviesan más de 10.000 barcos todos los años, y que tienen que permanecer dentro de cada una de ellas hasta que el nivel del agua es igual al de la esclusa siguiente, merced a las potentes máquinas que las igualen. Es como una soberbia escalera de agua entre las rocas graníticas.

Nos impresionan aún más los nombres que los lugares: río Gotta, ciudad de Goteborg, canal de Gothia, sección de Vestrogothia, masa granítica de Gotaelf. Es un solar de la raza humana y un solar

de nuestra raza. Los godos, los conquistadores de Occidente, los bárbaros que hollaron con las patas de sus caballos el soberbio Capitolio de Roma, salieron de aquí. Y como si la historia fuese un cuento en el que aún no habíamos creído por completo, se afirma en nuestra creencia. Tenemos la visión completa y justa; recordamos cuando en nuestra niñez, al oir decir rutinariamente al maestro en la escuela: «Vinieron los bárbaros del Norte», nos los figuramos como en una cinta cinematográfica, a caballo, desnudos, feroces, corriendo unos detrás de otros como una avalancha o un glacial de hombres.

Aquí se nos han hecho más humanos, los vemos mejor, los comprendemos... hasta los admiramos. Su ida a Europa es una epopeya digna de ser cantada como en los mitos griegos se canta la conquista del Vellocino de Oro. Su empresa fué también heroica y romántica. Ellos salieron de este país de nieves, de selvas y de rocas, para ir al Sur en busca del tesoro que les faltaba: Fueron a la conquista del sol.

PARTE CUARTA

NORUEGA

CAPITULO XXVI

La nostalgia del invierno.

Cristianía, en este tiempo, da una impresión de ciudad meridional, llena de sol, de un sol que quema y agobia como en las ciudades de España. No podemos formarnos idea de que estamos en una ciudad del Norte.

Su aspecto es acogedor, agradable; las calles son muy anchas, y esto hace que las construcciones no parezcan altas. Tiene bellos y suntuosos edificios y está

rodeada de jardines, toda llena de árboles, de verdura y de estatuas monumentales que representan a sus grandes hombres. El palacio real se esconde entre jardines sobre uno de los puntos más elevados de la población.

Toda ella tiene aspecto de siesta. En la plaza central, «Eidsvols Plads», hay sillones, en los que reposa la gente por la noche con esa pereza del estío provinciano, y toda la población tiene un sello de languidez, de poco tránsito, que la hace más apacible y silenciosa. Parece que el invierno ha de darle mayor animación y energía, y se experimenta como una nostalgia de la nieve. Estos países del Norte deben visitarse en invierno; el sol es en ellos como un adorno falso que no deja verlos en toda su verdad. Es una visita como esas en que los reyes ven las poblaciones engalanadas con banderolas y arcos de triunfo, todas enarenadas, en esos días de fiesta en que no se deja salir a los pobres a la calle.

Los noruegos aman su invierno; parece que la sábana de nieves que cubre toda su tierra, dándole una línea más ondulante, más blanda, es la que ilumina su larga noche, como si la nieve tuviese una misteriosa luz.

La atmósfera del invierno es más tonificante y más sano el aire, limpio de

todo polvo; la tierra está sin humedad, la atmósfera sin nieblas. Es la época en que todos se lanzan al campo; y así como en nuestros países en este tiempo nos encerramos en las casas de las grandes ciudades, aquí todo el mundo va al monte: jóvenes y viejos, hombres y mujeres, niños: todos. Es la fiesta del aire puro; se les ve con las mejillas quemadas, los ojos brillantes, como si la nieve les diese un exceso de vida, pero de una vida reposada, de nervios en equilibrio y en calma.

Por todas partes hay patinadores y *skieurs* que serpentean por las pendientes de las montañas. El célebre concurso de *ski*, de Halmenkollen, trae hacia fines de Febrero, todos los años, gran número de extranjeros; y es una de las mejores fiestas noruegas. Es una fiesta alegre en la que todas las mujeres, con vestidos de colores vivos, ponen una mancha de color en la blancura de la nieve.

Los momentos de sol se aprovechan para los baños de sol y de nieve, en los que se exponen desnudos a los rayos débiles de su sol. Son muy aficionados a estos baños de luz. En el verano toman los del mar y salen mojados del agua para tenderse al sol, a lo largo de la orilla, sobre todo en el fiord de Cristianía, el fiord más urbano de Noruega; tan bello, tan amplio, tan cuidado, que más bien parece artifi-

cial que producto de esa naturaleza que ha hecho los bravíos fiords del Norte. No es como esos fiords estrechos, tortuosos, que han penetrado en el corazón de las montañas, resquebrajadas por su acción, y tienden su red de venas azules por todo el país. Este es como una gran bahía, como un gran río de aguas inmóviles y sembrado de islitas. Recuerda algo el Tigre de Buenos Aires y la playa de Santos en el Brasil. Se pasea entre todas esas islillas, entre todos esos barcos, con el encanto que da a los ojos la contemplación de las aguas claras y las inmensidades de una ribera llena de árboles y de casitas pintorescas.

El barco corre, gallardo, con esa gallardía de cisne con que los barcos cortan las aguas inmóviles sin parecer moverse. Nos acerca y nos separa de la orilla en mil caprichosos giros, como si fuese a merced del viento. A ratos, el fiord se ensancha en su sábana de agua rizada con un menudo oleaje, aguas de moaré y de crespón, y de pronto se estrecha en una garganta tan angosta, que parece que las bordas del barco tocan la tierra y se va a quedar encallado en ella.

En muchos puntos de la costa hay balnearios demasiado naturalistas para nuestras costumbres. Los que hablamos de atrevimientos de bañistas y demimondaines en las playas de Trouville o Deauvi-

lle, los encontrarían de una sencillez inefable viniendo aquí.

A todo lo largo de la costa se ven las bañistas tendidas, sin bañador, entre la hierba. Aquí, el prototipo de la belleza consiste en tener la piel curtida, quemada. Ostentar un lujo de sol. Mientras en nuestra parte de Europa buscamos a toda costa estos tintes rosa y blanco de la tez de las noruegas, ellas se mortifican para lograr un color moreno tostado, casi cobrizo.

Por lo demás, no hay verdaderamente impudicia en esto. Los extranjeros son los únicos que les enfocan sus prismáticos; la gente del país, ni siquiera las mira. Son como caracoles o lenguados que salen a la orilla, como sus tenderetes de pescados puestos a secar. Eso no tiene importancia, ni se le da malicia. Es que hay un respeto tal de los hombres hacia las mujeres, que jamás se saben ni se cuentan sus debilidades; y, lo que es más extraño, hay una solidaridad en las mujeres que unas a otras se disculpan, se tapan, se salvan, se ayudan. Hasta las enemigas cuidan del buen nombre de sus contrarias, y así es de todas la fama de virtud y de todas el prestigio. Aquí también está establecida la investigación de la paternidad, y tampoco los hombres son capaces de jurar en falso.

Hay una vida muy pura, muy honrada; los hombres se avergüenzan, como las mujeres, de la falta de castidad, como debe suceder en un pudor real y una lógica perfecta. Unas y otros aman mucho los sports, la vida al aire libre, la pesca, la natación, las excursiones a las montañas y los juegos entre la nieve. Sus energías se gastan y se multiplican a un tiempo en estos ejercicios, y los hombres se envanecen de ser puros para crear una familia sana y dichosa.

CAPITULO XXVII

Navíos de Vikings.

Toda la historia heroica y brillante de Noruega les pertenece a los Vikings. Ellos fueron los reyes primitivos y los que engrandecieron su país.

El nombre de Vikings se deriva de Bahía y de Conquista, de un verbo formado en el primitivo lenguaje noruego: *Vikinquer* de *Vik* (bahía), y *kinquer* (pillar): pillar o dominar la bahía. Es decir, poner los cimientos para reposar al amparo de estos remansos naturales que ofrece la inmensa roca noruega, en donde florecen sus ciudades. El primer rey que reúne casi toda la Noruega bajo su mando es un jefe de Vikings, Harald Haarfagre, *el de la bella cabellera*, que llegó a rey impulsado por el amor y la ambición de una mujer, la bella Gerda, que le obligó a ce-

ñir corona para corresponder a su amor. Jefes de Armada de Vikings fueron su hijo Erik, *el del hacha sangrienta*, y su nieto Olaf, que impuso por la violencia el culto del *Cristo Blanco*, hasta morir en descomunal batalla contra cinco reyes escandinavos, excitados por su propia esposa, a la que había abofeteado porque no quiso renunciar a su viejo culto.

La *Saga de los Reyes* hace descender a los emperadores de Rusia del Escandinavo Rurik y de Rolf a los antiguos reyes de Inglaterra. Dice así:

«Rolf era un célebre Viking tan grande y tan rudo, que ningún caballo podía llevarlo y tenía que ir siempre a pie. Por eso le llamaron *Gange Rolf* (Rolf que camina). Un verano que pasaba en su bahía, se puso a dar órdenes, y el rey, muy irritado, declaró ante el *Ting* (reunión del pueblo) que pondría desde entonces la ley en toda Noruega.

Cuando Hilda, madre de Rolf, oyó esto, fué a buscar al rey y a pedir el perdón de su hijo, pero el rey no quiso ceder a sus ruegos. Entonces, *Rolf que camina* se retiró a las islas del Sur (británicas) y desde allí a Valland, donde dominó el país y fundó un gran Ducado que pobló de normandos y se llamó después Normandía. El hijo de Rolf fué Villyam, padre de Richard, padre de Villyam

Bastardo, rey de Inglaterra. Todos los reyes de Inglaterra descienden de Rolf y son también duques de Normandía.»

Todos los Vikings son valientes.

Se cuenta que uno de ellos, llamado Leif Erikson, descubrió el año 1000 las costas de América del Norte, cinco siglos antes de que Colón buscase el camino de las Indias.

Y todas estas leyendas y tradiciones ejercen una extraña sugestión en el espíritu. Sobre todo en los momentos en que se alzan como legitimadas y redivivas con los descubrimientos de los navíos funerarios, objetos reales y tangibles que vienen a prestarles carne y autenticidad. He visto con emoción una de esa reliquias de la vieja historia, en el Museo de Cristianía: el último navío de Viking encontrado en las excavaciones de una granja de Oseberg, a más de cuatro kilómetros de distancia del mar, en uno de esos viejos túmulos que suelen hallarse en medio de los terrenos cultivados. Este navío ha podido ser reconstruído, por haberlo librado de la destrucción la capa de arcilla azul que lo ha conservado, aunque las lluvias y la humedad, así como el gran peso de la tierra y de las enormes piedras del túmulo, has aplastado y roto muchas de sus partes. Lo mismo que los antiguos soberanos de Alemania se enterraban

con sus caballos, los Vikings se enterraban en sus navíos, sus *caballos del mar*, con todas las armas y los tesoros. El uso debía ser común, porque este barco de Oseberg no es sepultura de un jefe ni un guerrero. Es sepultura de una mujer, pues en la cámara funeraria se han encontrado los restos de dos mujeres, que según todas las probabilidades serán los de la mujer rica y noble, a la que el navío ha servido de sepultura, y los de una pobre esclava obligada a acompañarla en la tumba. Se ha hallado una multitud de objetos familiares: banquetas, cajas de madera, lechos, trineos, utensilios de cocina y hasta su rueca y su telar. Se ha hallado también una gran masa de osamentos de caballos, bueyes y perros, sacrificados en su obsequio, y cuyos cuerpos se arrojaron al interior y al exterior. Desgraciadamente, la cámara funeraria construída en madera al lado del mástil, había sido profanada y robados sus tesoros en época muy remota. Lo mismo sucede con los navíos funerarios encontrados en Thune y Gogstad. Sin duda, expertos rateros que ya no temían a los dioses del paganismo, saquearon todos los túmulos que ofrecían señales de servir de sepulcro a los Vikings.

Este navío de Oseberg está tan bien reconstruído que da perfecta idea de su forma primitiva. Se ha hecho con tal pa-

ciencia que salvo una pieza de unos cincuenta centímetros, cinco o seis genoles y una pieza de cuaderna que son nuevas, el navío está enteramente compuesto con su madera original.

Tiene una vela cuadrada, característica de los pueblos escandinavos, la barra del timón no se ha encontrado. Se conserva la escalera de desembarco, tal como se la ha encontrado en el túmulo, y ofrece la particularidad de tener un ancla muy bien conservada, que es la primera ancla que se ha encontrado de la época de los Vikings. Sus costillas, sus ligamentos, toda su armazón desnuda, da idea del esqueleto de uno de esos animales fósiles gigantescos, que se estudian en los museos zoológicos.

No parece que este barco sea propio para los rigores de la navegación y de las conquistas, sino un barco de lujo, propio para navegar en las tranquilas aguas del fiord.

Ofrece, además, este navío, una rara ornamentación: cabezas de dragones y quimeras que presentan una indiscutible influencia del arte oriental bizantino, y que abren un nuevo campo a la investigación. Se cree que debe remontarse al año 800, es decir, que esas maderas colocadas hoy sobre su quilla en la moderna reconstrucción y que parecen el esqueleto

de un buque en astillero, próximo a lanzarse al mar, han dormido bajo la tierra durante once siglos. Verdaderamente la emoción es obra imaginativa; se cree casi en un encantamiento y en que han de cumplirse las profecías para que las olas vengan a buscar estas tablas y mecerlas de nuevo en sus fiords.

CAPITULO XXVIII

La ciudad de las Siete Colinas.

La línea férrea de Cristianía a Bergen es ya un resumen y un anticipo de todas las bellezas de este país. La hemos pasado sin cesar de mirar un solo momento el paisaje. Ya la compañía del camino de hierro cuenta con esta admiración y ha numerado los asientos del vagón para que cueste una corona más el ir al lado de la ventanilla. ¡Qué ingenioso y qué sencillo!

Vamos ascendiendo lentamente y se contempla un paisaje verdaderamente asombroso; bosques, montañas, lagos, cascadas, riachuelos que se suceden con prodigalidad hasta Finse, el punto más alto, a unos 1.200 metros de elevación. El sol de un caluroso día de verano brilla en la nieve que nos rodea y a lo lejos el gran glacial de Hardanger Sökul, el punto de cita

de los alpinistas y de los *skieurs* en el invierno, se destaca, blanco y gigantesco, como coronando el paisaje.

Aquí descendemos a un restaurante donde por una corona podemos servirnos todos los platos que deseemos de una mesa abundantemente provista que nadie vigila.

Toda esta parte de la línea está protegida de la nieve por empalizadas de madera recubiertas de una techumbre y parece un largo túnel de madera.

Pero bien pronto el terreno comienza a descender y otra vez la magia de los paisajes cautiva toda la atención. La línea bordea los fiords, esos maravillosos *campos de agua* inmóvil que forman los valles entre las enormes montañas desnudas. No hay más que agua y montañas; es como una inundación que hubiese cubierto la tierra y no hubiera dejado en seco más que la cima de los montes. Da la impresión de que la tierra ha desaparecido; dondequiera que la vista siga el contorno de una montaña encuentra su base sumergida en el agua. Unas veces las montañas se acercan y el fiord se ve en su fondo como una calle de agua sombría, estrecha; otras veces se ensanchan y adquieren una apariencia de mar; se bifurca y se extiende en mil sinuosas ondulaciones; de vez en cuando vemos un vaporcillo blanco que

cruza las aguas, o una granja aislada en la orilla, que nos da una sensación de absoluta soledad y de abandono.

Conforme nos acercamos a Bergen la vegetación es más abundante, parece que volvemos a hallar la tierra fresca y fértil en su riego fecundo, el terreno está bien cultivado y árboles frutales sombrean las casas de las huertas.

Se ha predispuesto el ánimo para hallar bello a Bergen, para satisfacer ese deseo de exotismo que nos lleva tan lejos. En los largos viajes hay siempre algo que nos defrauda. Quisiéramos hallar, o una civilización superior que nos admirase o algo muy primitivo, muy ingenuo, muy pintoresco. Algo muy distante de lo que conocemos y que rara vez se encuentra.

Así, lo que más nos cautiva son las construcciones de madera. Aunque ya en muchas de sus calles las modernas casas de piedra van sustituyendo a los antiguos edificios, aun es Bergen una ciudad de madera.

Me parece que la madera abriga más, con más blandura, da más calor de hogar y al mismo tiempo nos deja más en comunicación con todo, más a la intemperie, y el aliento de afuera nos rodea mejor. La argamasa, la piedra, la cal, la fábrica de la obra es algo que no logramos nunca influir; la madera da más familiaridad y

más parentesco; no nos pesa ni nos encierra demasiado la casa, tiene menos de fuerte, menos de cárcel, es una obra más frágil y más improvisada. Tiene algo de barraca de aldeano.

Sin embargo, esta impresión llega a perderse cuando vemos tantas casas de varios pisos alineadas formando las calles de una población. Llegan así a hacerse serias y definitivas cuando nos habían parecido un poco de juguete, de provisional.

El conjunto de todo se encadena, y a pesar de sus pintorescas paredes de tablazón, de sus tejados a piñón, puntiagudos, con esa gracia que ponen en la calle los tejados agudos, se va perdiendo poco a poco la idea de que esas casas y esos edificios son de madera; se petrifican.

Muchos de ellos, cubiertos de cal y de pintura, borran la impresión por completo. Los teatros pierden el carácter de barracón que la madera les da entre nosotros, y en las habitaciones de los hoteles, con su perfecto tapizado, apenas nos damos cuenta de habitar una casa de tablas, a no ser por los ruidos que las paredes no apagan, por las jugarretas de algún ratón y por el temor que despierta en nosotros ver cerca de cada balcón el aparato de salvación de incendios, que recuerda la fragilidad del edificio.

Dormir con uno de estos aparatos a la

cabecera del lecho es como estar en el camarote de un barco, con la amenaza de una tempestad y el salvavidas a la vista.

Más de una noche he dado vueltas a esta larga cuerda sin nudos, en cuyo extremo hay unas argollas de madera. ¿Cómo se utilizará esto? Parece como si se hubiese una de amarrar a la punta y dejarse caer, para ir a estrellarse con cuerda y todo.

El miedo al incendio obsesiona de noche; se tiene la impresión de que esta ciudad sin cimientos, tan ligera, habría de arder y consumirse en un instante, desapareciendo como esas filas de soldaditos de plomo que colocan los niños en orden de batalla, y que tocando a uno ruedan todos.

Contribuyen a esta impresión los relatos de incendios que la han asolado ya varias veces, como en 1702, y la multitud de aparatos de extinción de incendios que se ven en sus museos.

Pero el día vuelve a hacer que triunfe el optimismo y con él la poesía de las casitas de madera, hasta el punto de mirar con cierto enojo los soberbios edificios de piedra, como el Banco y la Bolsa, que rompen la unidad.

Bergen, antes que nada, es pintoresca por su desigualdad, su animación, su color tan original y tan vivo. La ciudad debe

su riqueza a la Liga alemaua de los Janseáticos, y aun en el viejo muelle se conserva su Museo y las casas en que habitaron, como una página viviente de su historia.

La ciudad está tendida sobre siete colinas (para hacer notar esta semejanza con Roma y Lisboa se le ha solido llamar «la ciudad de las Siete Colinas»). Tiene hermosos parques, jardines, hoteles y edificios notables. Subiendo por un camino en zigzag que lleva hasta la altura de Flöien se ve toda la ciudad, como dibujada en un lienzo, tendida a nuestros pies, con sus calles que forman penínsulas en su fiord, su cadena de islitas formando una diadema a su entrada, y en el centro los grandes estanques a cuyo alrededor se van extendiendo jardines, casas suntuosas y, más allá, casas pobres, lindos hoteles, museos, hospitales, astilleros...

El puerto presenta una selva de mástiles de buques. Es el puerto comercial por excelencia, y la estación donde se detienen todos los barcos que van al Cabo Norte o a Spizberg. Pocas ciudades tan trabajadoras como Bergen y, al mismo tiempo, tan inocentes y tan sanas de espíritu.

Ese puerto no es el puerto de covachuelas y gentes maleantes que estamos acostumbrados a ver en nuestras ciudades la-

tinas. Es un puerto de gente trabajadora, honrada. Un puerto en cuyos alrededores no hay figones ni tabernas.

Y sobre ese puerto, como centinelas avanzados, los restos de un antiguo castillo y la vieja fortaleza de Bergenhus, con todo su carácter de Edad Media, y la torre de Rosenkranze, edificios testigos de su vieja historia que recuerdan la romántica salida de este puerto de la flota legendaria de Sigurd el Peregrino, que llegó hasta Constantinopla y la Tierra Santa con su arrojo de viking aventurero.

Estas gentes de Bergen son las más alegres y de carácter más comunicativo y decidor de toda Noruega; son los andaluces de este país, porque son también los que disfrutan mejor clima de toda su nación. Aquí no se hiela el mar, y la temperatura rara vez es inferior a diez bajo cero.

Nosotros no podemos comprender todo el valor que eso tiene en un país donde la Naturaleza se ha mostrado tan inclemente y tan dura.

CAPITULO XXIX

La vida noruega.

Lo poco que he entrevisto de las costumbres de este país me han hecho sentir un deseo de detenerme más tiempo y poder penetrar en ellas.

Las penalidades con que nos divertimos en los viajes resultarían una paradoja si no viéramos en el viaje más que una diversión. Para mí no es el viaje, en realidad, más que un penoso estudio de gentes, de costumbres y de cosas; no es un descanso ni un placer, sino porque cambia la clase de trabajo y me ofrece el aliciente de la curiosidad. Un viaje es como una gran biblioteca puesta en fila, con los libros abiertos en lo más interesante, que vamos leyendo al pasar.

Pero no ofrece nunca la comodidad, el

reposo de la casa. En vez de hacer resaltar la que nos falta en España, hace notar todo lo bueno que tenemos en ella y estimarlo más. El pueblo noruego es un pueblo que conquista nuestro espíritu, que se hace simpático por su honradez, por su sanidad de espíritu y por su desgracia. Nos da la impresión de que en nuestro país somos todos ricos; nacemos dotados de esa riqueza natural de nuestro clima, de lo ponderado de nuestras estaciones, de la producción de nuestro suelo. Aquí, la vida es dura, la Naturaleza inclemente, la lucha del hombre con ella es la más cruel y miserable de todas. Se comprende la maravillosa concepción de Leopardi en su diálogo de la naturaleza y un irlandés.

Ese encanto de la nieve de que he hablado antes es sólo para la burguesía y las clases acomodadas; el pescador, el bracero, el pobre, tiene que sufrir todos los rigores de ese invierno, encerrado en su choza, sin más que una abertura en el techo para que salga el humo, con los ojos malos por efectos de éste y del exceso de frío, mal alimentado y peor vestido. La suerte de nuestros pobres es la de millonarios, al lado de éstos.

Y, sin embargo, esta misma rudeza parece que doma sus pasiones y los hace más buenos, más leales, más puros. Todo el

pueblo noruego da una impresión de honradez y nobleza.

Las comidas son malsanas en general; la gente come poco, quizás por la falta absoluta de condimentos que no estimula la digestión. Para el pueblo se reduce el desayuno a un pedazo de queso y pan, y la cena a un pescado cocido o un trozo de carne. La leche agria con patatas cocidas es su manjar predilecto.

En los hoteles dan, a las nueve de la mañana, un desayuno compuesto de fiambres: pescado salado, mariscos, queso, manteca, embutidos y mermeladas. A las dos se toma la única comida caliente: una sopa, carne y pescado.

Se echan de menos los vegetales. A la noche, la cena es toda fiambre, igual al desayuno, una taza de té.

Los viajeros aceptamos este régimen con gusto el primer día, nos cansa el segundo y se hace insoportable al tercero. Parece que no tienen idea de una salsa o un condimento. El bacalao lo consideran tan inferior, que no lo sirven nunca, lo guardan para exportarlo; y si alguna vez lo ponen es cocido con patatas cocidas aparte, tomate en una salsera y aceite en una botellita. Hay que mezclarlo todo y resulta... insoportable.

Lo que les falta de alimento para desarrollar calorías lo piden al alcohol; por

eso las estadísticas han estado dando cifras aterradoras de criminalidad y de locura que se atribuyen al alcohol, aunque Ibsen en «Brandt» apunta la idea de la influencia del ascetismo protestante y de la lectura de la Biblia, que forma una religión triste, llena de temores, bajo la influencia de una naturaleza sombría que exacerba el misticismo y obra sobre estos cerebros debilitados, siendo causa de muchas locuras y suicidios.

La sociedad de temperancia, de que son campeones las damas, ha logrado restringir la venta de alcohol y ha descendido la cifra de locos, nerviosos, tísicos y enfermos de la medula en dos terceras partes; en los hogares se nota la economía y la criminalidad ha disminuído en la misma proporción.

No es un pueblo que se entrega a la molicie; no es refinado ni en la comida ni en la comodidad.

Se ha dicho que el pueblo inglés es tan amante del confort a causa del clima, que le retiene largo tiempo en el *Home*. De ser así, nadie con más razón que estos pueblos del Norte cuidarían su interior, y vemos que es todo lo contrario.

Hay un descuido en las casas, hasta en las gentes ricas; en algunas parece que han prescindido de la cama; en otras los sofás hacen oficio de lecho; en los buenos hote-

les y en las casas más lujosas usan los colchones pegados a las tablas de la cama, sin muelles, de una dureza que hace que duela el cuerpo.

Para la cubierta se usan una especie de grandes edredones guateados, que se meten dentro de una funda blanca, estilo alemán, y parece que se duerme metidas entre dos colchones.

El ejercicio físico favorece al pueblo noruego, desarrolla sus cuerpos y hace que la estatura, muy proporcionada en la mujer, sea excesiva en los hombres; es muy frecuente que lleguen a los dos metros.

Es un espectáculo raro para nuestros países ver a estos jóvenes gigantes avergonzarse ante las mujeres, con la misma vergüenza de alma con que se ruboriza la mujer pudorosa ante los hombres. Tal vez en esto ha influído la obra de Bjöerson, «El Guante», que sostiene la teoría de la pureza que los dos contrayentes deben llevar al matrimonio para ser felices. Cuando se estrenó esa obra, las jóvenes noruegas exigieron el juramento de pureza a sus prometidos, y centenares de matrimonios proyectados quedaron deshechos.

La mujer tiene una gran libertad; como la sueca, pasea y viaja a solas con su novio, sin que por esto padezca en el concepto público. Las leyes las protegen y ejercen todas las carreras: la Medicina, el Profe-

sorado, la Abogacía. Tienen acceso a la Universidad y su «Unión Feminista», fundada en 1884, les ha dado mucha fuerza; gozan de la libre disposición del producto de su trabajo; tienen voto en los municipios y pueden ejercer cargos públicos. La esposa del cónsul de Bergen es concejal del Ayuntamiento, lo mismo que su esposo, y esto no ha ocasionado jamás la más ligera divergencia entre ellos.

—Cuando las ideas políticas tienen fuerza para separar a un matrimonio, es que ya estaban separados de antemano—me dicen.

Recientemente, las mujeres han tenido asiento en el Parlamento, y su influencia bienhechora se deja sentir en las costumbres y sobre todo en su admirable Liga contra el alcoholismo.

En cuanto a su carácter, hay que tener en cuenta el medio. No es lo mismo la campesina que la mujer de las grandes ciudades. El carácter noruego es amable sin excesiva galantería en los hombres y reservado en las mujeres. Es el carácter que conviene a la dureza de su vida y a la rudeza de sus montañas. Pero generalmente las mujeres noruegas, en su concentración, se muestran aficionadas al análisis; son hermanas, aunque bastantes lejanas de las slavas, de las heroínas de Tolstói, de Tourguenfeff y Dostoievsky. No son

fáciles a plegarse y acomodarse, sino de opiniones radicales y vigorosas. Las heroínas de Ibsen encarnan estas mujeres de la ciudad con más teorías que sensaciones, cuyas palabras nos desconciertan; mujeres de un amor fugitivo, de una depravación intelectual, son de una extraordinaria audacia de espíritu y de carne a causa de su incesante análisis; de una existencia inquieta, bajo apariencia de quietud, se agitan en todas las cuestiones sociales y se interesan en todos los problemas con una fe ardiente de heroínas que nosotros no podríamos comprender. Las de Ibsen son mujeres tipos que encarnan todos los caracteres, como las de Lie, en su ingenuidad, dejan adivinar los mismos rasgos y tienen la misma existencia revuelta y la misma pasión a llamaradas. Entre las mujeres célebres descuella Camila Collet, hermana de Wergeland, la cual ha contribuído grandemente a la revolución social de su país con su valiente novela «Las hijas del Gobernador».

Ella puede considerarse como la iniciadora del feminismo en su país.

Es un país que se ocupa de su mejoramiento. Se protege a los aldeanos, entre los que se reparte la tierra y se protege a los obreros con sabias leyes y con prudentes asociaciones, que han formado un poderoso Partido Obrero. La Beneficencia

no da sólo socorros, sino trabajo; se inspecciona la higiene, hay una organización de socorros, hospitales, etc., muy digna de ser estudiada, sobre todo en lo que respecta al trabajo de la mujer y de los niños. Hasta el servicio doméstico está regulado por una ley de protección a los criados. La enseñanza es obligatoria; no hay analfabetos, y así se comprende el sufragio universal, extensivo a la mujer, que da tan buenos resultados. El voto es obligatorio. Su Código, de Christián V, inspirado parte en el Derecho danés y parte en el romano, se mejora cada día con leyes modernas y liberales. La mujer no pierde el derecho de ciudadanía, aunque se case con un extranjero; tienen instituído el Jurado, y aunque la pena de muerte no esté abolida no se ha ejecutado a nadie desde hace cerca de un siglo. La religión es la luterana, y me parecen menos rígidos, menos fanáticos que los suecos.

En conjunto es un pueblo simpático, honrado, recio, que sin saber por qué inspira a un mismo tiempo admiración y lástima.

CAPITULO XXX

Una calle de Bergen.

«Esta es la casa de Holberg», me digo todas las mañanas al descorrer las cortinas de mi ventana mirando hacia la cercana acera de enfrente, y esta evocación que se ha hecho ordinaria y cuotidiana parece llevar como un cariñoso saludo de «Buenos días» de la extranjera al gran escritor noruego, que nació en esa pequeña casita de madera señalada hoy con el número 112 en Strandgaden.

Es esta la calle principal de Bergen y un resumen de su vida.

Forma como la columna vertebral de una pequeña península y serpentea sobre ella en toda su longitud, para terminar por un lado en el parque marítimo Nordnas, avanzado en el mar, a la entrada misma del fiord, frente a las románticas is-

las que marcan el camino del Polo. Desde este parque contemplamos todas las noches, a las diez, la puesta del sol, y gozamos de ese crepúsculo melancólico del día interminable, que une su luz a la luz del amanecer con un encanto de monotonía y de tristeza. Dura toda la noche la mancha roja y oro que envía el sol a las nubes, para demostrar su cercanía, y nuestros ojos buscan cuidadosos las estrellas escasas, grandes y pálidas, que lucen entre estas luces crepusculares. Se añora el encanto de la noche, con su manto azul y su vestidura de estrellas, y se comprende por qué los mantos de las Purísimas son azules y tienen su guarnición de estrellas de oro. Algunas noches, del cielo de cristal opaco, se destaca la luz clara de un planeta o se dibujan tenuamente los soles de la Osa Mayor, casi en el cenit, mientras una luna incolora, deslucida, de papel transparente, semejante a media rueda de limón se muestra en el horizonte, completamente de pie, como si tuviese algo de hostil para nosotros que hemos llegado hasta aquí para verla sin la vestidura de gala que ostenta en nuestras latitudes. Es como una mujer bella sorprendida en su «toilette»; pone el mismo gesto enfurruñado que cuando se la mira con el telescopio. No es ésta la luna de nuestras noches románticas. Se adquiere el convencimiento de que la luna tiene

una belleza frágil, de que no se la debe analizar. Hay que mirarla con ojos de poeta.

Al otro extremo, la calle termina en la ancha vía de Torv-Almening, cerca del Mercado de los Peces. Aquí se encuentra la mayor animación de la ciudad. Una multitud que se empuja, que se entrecruza, que va y que viene entre las grandes nasas de pescado vivo aún. Es una multitud pintoresca, abigarrada, de mujeres de pueblo; cubierta la cabeza con pañuelos, pero pañuelos de fleco, colocados como los de nuestras chulas de Madrid; de pescadores de gorro rojo, de tez roja y de barbas rojas también. Ellas no son rubias ni morenas; el color de los cabellos es de un lino quemado por el sol, y los ojos, que se bajan ante la luz, son de una porcelana lechosa, desteñida. Son cabellos y ojos faltos de sol, faltos de luz; no riman con la tez de un color obscuro en un intento fracasado para ser morena.

Allí se alza la estatua de Holberg, el Molière del Norte, al que mi evocación hace mi vecino estos días. El es el creador de su teatro, el precursor de todos los grandes. La Naturaleza ha favorecido a Bergen para que nazcan en ella grandes sabios y grandes artistas: músicos como Grieg y Ole Bull, y escultores como Sinding. Su viejo teatrillo de madera es el primer teatro nacional dirigido por Ibsen y

Bjöernson, y donde se han estrenado los dramas del primero. Hoy ese teatro, que yo miro como un lugar de gloria, está convertido en cinematógrafo y profanan su escena las estupendas aventuras de los *Hijos del capitán Grand*. Se ha alzado un teatro de piedra, que oculta con su mole grande y lujosa la gloria de estas tablas.

Recorriendo Strandgaden de punta a punta ofrece en su largor un resumen de la vida de la ciudad. Tan pronto se abre en anchas plazas, con árboles seculares, recortadas desigualmente en bancalillos de césped, con cuestas y escaleras; tan pronto baja en anchas explanadas hacia los muelles, donde atracan barquillas y vapores y deja ver todo el tráfico mercantil y marítimo de la gran ciudad; ya la cortan callejones, como pasadizos de tablas, estrechos, fétidos, y en cuesta como los vicos genoveses. En medio de uno de sus ensanches, una antigua puerta de la ciudad, que forma una casita de dos pisos, está convertida en depósito de alcohol y corta la calle, dejando como paso una bóveda a modo de túnel en medio de su piso inferior, alrededor del cual se agrupan baratijas, artículos de viaje y objetos de la industria nacional, con esa gracia y ese descuido que tienen los puestecillos ambulantes en los que todo se hace pobre e ingenuo.

Hay grandes almacenes y tiendas modestas. Lucen en escaparates labores de filigrana y agrafes de fina plata o preciados esmaltes, refinamiento de la industria nacional. Hay postales y fotografías que incitan a recorrer los países del sol de la media noche y explorar en sus montes y sus fiords. Las pieles lucen regiamente, inspirando una confianza de autenticidad que no sentimos fuera de aquí. Aquí es donde las creemos de animales de verdad. Hay fruterías y tiendas de flores exóticas y frescas, poniendo su nota jugosa en el conjunto. Hay escaparates sombríos, con redes, bolantines, cuerdas y anzuelos, que tienen aquí algo de sugestivos, de terrible y de trágico cuando se piensa en los hombres que, perdidos entre las sombras de la noche polar, hacen su oficio de la pesca.

En un escaparate llama la atención hacia las mercancías expuestas, una muñeca de tamaño natural que representa una campesina noruega, con su traje de novia, adornada de espejuelos y de joyas y coronada por una gran corona de forma gótica, con metal y piedras semejantes a las emperatrices de teatro. Las mercancías son bordados y tapices de aplicaciones hechos por las aldeanas de Hardanger, y objetos de madera ejecutados a cuchillo en las largas noches invernales. Hay sillas, mesas, jarros, cajas y hueveras con caras grotes-

cas, y un gorrillo de punto encarnado, y cerca de ellos, porcelanas escandinavas y reproducciones de esculturas. Las cosas laponas, los objetos grabados a cuchillo sobre las cuernos del reno, parece que nos transportan a los tiempos prehistóricos y ponen en esta calle del Norte algo de bazar asirio y oriental.

En escaparates elegantes se ven sombreros con plumas, bolsillos de piel y vestidos cortados por el último figurín parisiense; en otros, modestos, telas, pañuelos y medias que cuelgan como piernas muertas, bayetas y muletones en tonos amarillos y grises; son los colores y los tejidos del pobre.

Y hay zapatos sin coquetería, y estancos y boticas; fuentes de huevos y chuletas enseñando la sangraza. Una casa en construcción empieza a dejar ver su esqueleto de piedra sobre el solar que ha ocupado una destruída casa de tablas.

En la esquina del callejón a que da otra fachada de mi fronteriza casa de Holberg, hay un cinematógrafo, el cinematógrafo más pobre de la ciudad. Veo salir dos docenas de personas después de cada sesión, y son siempre hombres astrosos, chiquillos sucios, medio descalzos y sin gorras; al aire la cabeza, que con el color de sus cabellos, parece una bola de metal. En la puerta hay cartelones con tipos trágicos y

exóticos y escenas propias para atraer la atención. Ante ellos se paran los niños que no tienen su cuarto de corona para entrar en el barracón. Parece que esas fotografías hechas para moverse de un modo absurdo y brusco se mueven ya desde sus cartelones ofreciendo algo de muy emocionante y extraordinario, especie de mostaza del buen gusto, que embota y quita el placer de saborear los frutos. Hacia el otro extremo de la calle, esquina a mi hotel, una vieja iglesia románica, de amplia torre cuadrada recubierta de montera verdosa de metal, ofrece una mole de piedra negruzca y patinosa, contrastando su pesantez con las casas de madera, y haciéndola más pesada la rudeza de los cimientos que se elevan de la cuesta, afianzándose en los altos y en los bajos, de manera que parece enterrada hasta la mitad. Tiene la piedra desnuda; sus vitrales son incoloros; el reloj, vulgar e implacable como un loco que cuenta monedas sin darles valor, deja correr las horas. Parece rodeada esta iglesia de una aristocracia de los años y de una tristeza propia de todas las iglesias cerradas para el culto a que se destinaron al construirlas. Veo pasar bajo mis balcones los carrillos de madera, a los que va uncido uno de estos caballejos de los fiords, ligeros, vivarachos, ágiles, de cuerpo pequeño y crines desiguales, que dan la impresión

de caballos de madera, semicubistas, mal rematados o mal hechos, y pasan los cochecillos típicos de varas largas y asiento estrecho, los grandes *landeaux*, en que los extranjeros hacen excursiones a las montañas, y algún que otro automóvil cuya bocina resuena aquí más, con un tono discorde de sirena de buque.

Miro a las ventanas de las otras casas. Todas las ventanas tienen cortinas de encaje blanco y ante cada cortina se ve un tiesto, palmeras, clavelinas o geranios, pegadito al cristal. La vieja casa de Holberg tiene de esos tiestos, y algunas mañanas veo al través de las cortinillas una mujer hacendosa y afanada y dos niños, como dos muñecos rubios de bazar. Veo pajarillos saltando en el alero del tejado, que van a posarse en la saliente placa de metal en la que hay grabados un nombre y dos fechas que apenas se destacan de su fondo:

«Ludvig Holberg, 1684-1754.»

y bajo esta lápida el rótulo grueso con grandes letras plebeyas que anuncia la casa de comidas de un señor Peterson, hijo de Pedro, derivación patronímica tan frecuente entre los noruegos como entre nosotros la de Pérez y López. Se siente esto como una profanación. El sentimien-

to del artista cerraría ciudades enteras para perpetuar un momento o un recuerdo. Pero la cordura de los demás obra de modo diferente.

La calle de cielo por donde transitan los mundos se tiende como una franja sobre la calle de la ciudad. Está ella iluminada por la luz melancólica de su día perpetuo, y un sol de luz blanca deja jugar sus rayos sobre los vitrales de la vieja casa de mi vecino Holberg. A pesar del letrero del buen Peterson, espero verlo asomarse con su aspecto voltairesco y sonriente al balcón y saludarme con la mano caída hacia abajo, con ese gesto desmañado y sin fuerza, que entre nosotros diría *Ven*, con el que se saludan y se despiden los noruegos.

Cuando se dice que Holberg es el *Molière del Norte*, queda dicho que en su espíritu existen influencias que no son de su país. Es, como nuestro Moratín, un enamorado del escritor francés. Pero su genio sabe ser cosmopolita, quedar noruego e inyectar en su literatura un soplo de las ideas mundiales que él transporta a sus montañas y aclimata en sus fiords, más por la forma que por el pensamiento. Poeta, dramaturgo y filósofo, lega un gran tesoro a la literatura de su país. Es él quien crea su idioma literario, lo desgermaniza y lo eleva. Sus comedias están impregnadas en

un espíritu francés. *Juan de Francia, El Vacilante* y el *Aldeano hipotecado*, especie de *Médico a palos*, como el *Estado de señoritos* recuerda *El sí de las niñas*. Como historiador ha escrito la historia de su país, la de Dinamarca y brillantes monografías de sus ciudades; gran latinista escribió epigramas latinos, y en la lengua del lacio su famoso *Viaje subterráneo de Nilo Klinn* que lo hizo famoso en toda Europa. En toda su obra hay una sátira digna de Voltaire, como se advierte en *El político*. Malquisto en su país, que censura acerbamente, acabó sus días en Dinamarca, apasionándose en esta última parte de su vida del espíritu y la filosofía de Montesquieu, pero impregnándolo todo en una ironía fina, espiritualista, digna de Swifs.

La gloria sonrió a Holberg, que recibió el título de Barón del Gobierno dinamarqués. Pero Holberg, como otros muchos sabios, desdeñó el amor. No dejó una mujer que le llorara ni un hijo que llevara su nombre. Por eso en esta casa en que yo busco su recuerdo ponen manos extrañas las flores en las ventanas y un señor Peterson coloca su anuncio bajo la lápida que recuerda su gloria. Esta triste gloria que sólo recuerdan los pocos espíritus románticos, enamorados de la belleza, que buscan ansiosos el encanto del arte y de la tradición.

CAPITULO XXXI

Ole Bull.

Otro hijo ilustre de Bergen, cuya figura se nos hace familiar y simpática, es Ole Bull. Contribuye a esto tanto su figura de artista como su vida, quemada toda en una llamarada de entusiasmo y de arte.

No es sólo artista en su obra de compositor ni en su admirable arte de gran violinista, capaz de competir con Paganini y Sarasate, sino en todo el conjunto de su vida, como tuvo que ser para dejar esta memoria en su país.

Ole Bull ha pasado su existencia en esta parte, que es la más dulce de toda Noruega; ha estudiado en el reposo y la calma de esta naturaleza dulce y melancólica de Europa del Norte los sombríos países llenos del misterio de las nieves y de las auroras boreales.

Inteligente, dulce, bueno, sencillo, de un alma ingenua y sin complicaciones, Ole Bull fué amado de todos sus compatriotas, los unió a todos en sus empresas de arte noble y grande, y recorrió toda Europa cosechando aplausos en una carrera triunfal como violinista noruego; es en música lo que Petter Dass es en poesía; sabe recoger toda la ternura de las tradiciones aldeanas; los acentos de las rondas noruegas, sus danzas desordenadas, febriles y epilépticas; los fantasmas que vagan por los campos en sombra y todo lo de incierto y vago de la luz del Norte.

Una composición suya es como un paisaje de luz confusa, como ahogada en bruma, entre la cual se vieran a la incierta claridad del alba casas rojas y velas blancas sobre un fondo de rocas y débiles abetos, sin color y sin calor.

Pero en lo que Ole Bull era más grande como músico, era en la ejecución; así es que en su desaparición queda el inmenso desconsuelo de lo que con él se ha perdido, sin poder perpetuarse. Su estatua, colocada en la plaza más importante de Bergen está hecha por el más grande de los escultores escandinavos, Stephan Sinding, y representa al insigne músico en edad juvenil, lleno de vida y de genio, sobre un solio de rocas agrestes, tocando su violín, y a sus pies, como fanatizada, alucinada

por sus sonidos, una figura mitológica del Norte, especie de sirena, que lo escucha en éxtasis.

Tiene tan gran poesía esta figura entre el ramaje desnudo de los árboles que lo rodean, bajo el cielo pálido y lechoso que le sirve de dosel, que sugestionados creemos oir también el eco armonioso de su violín entre el murmullo del agua corriente que brota de las piedras de su pedestal, emblema de Noruega.

No asociamos bien esa figura enérgica de iluminado con su retrato del Museo, su retrato de anciano, de frente serena y cabellos blancos, y de un rostro bondadoso, lleno de placidez, en el que brilla toda la inteligencia de su mirada profunda y vivaz.

Después de esta contemplación causa pena visitar su tumba; es una tumba excepcional y extraña que, sin saber aún de quién es, hace que se detenga el viajero que la contempla.

El lugar que ocupa el cementerio de Bergen es de una melancolía infinita, se halla al paso de ese camino romántico que serpentea la falda de la montaña y lleva hasta al depósito de las aguas. Ningún lugar más imponente; es un paisaje dantesco; cuatro montañas negruzcas, escuetas, sombrías, sin vegetación, de cimas redondeadas que se elevan al cielo y se estrechan

unas contra otras tan rectas y umbrías, que sólo forman como una olla en la que se extiende el estanque de agua dulce, inagotable, ante el cual se detuvieron los fundadores de la ciudad para echar sus cimientos.

Al salir de ese lugar sombrío, que recuerda mucho la Solfatara de Puzzoli en Nápoles, sigue el camino que conduce a la ciudad.

En ese camino vemos un jardín apacible y risueño, en cuyo centro se esconde un gran hotel. Parece que allí debe albergarse la felicidad. Nos acercamos, confiadas, con gana de descansar, y contemplamos vagar entre las flores varias personas que al vernos se dirigen a nuestro encuentro. No tardamos en tener la terrible revelación. Los leprosos. Escapamos con un movimiento involuntario de terror, y corremos como si nos persiguiesen, como si nos envenenara el aire, con miedo de que se pose en nosotros una mosca.

Y como de un modo fatal vamos a dar en otro jardín cercano: el cementerio. Después del susto y el cansancio experimentados, este jardín de muertos es más apacible y acogedor que el otro. Aquí, la muerte parece que está muerta también, y que como nos acogemos a su amparo nos ha de respetar con amor de huésped; en el otro la muerte vela, acecha y amenaza.

Se siente cierto rencor hacia los leprosos por cómo salen al encuentro de los sanos, cómo se les acercan con un deseo de contaminarlos. Parece que la lepra ataca también al espíritu, que el leproso es leproso en el alma, y que desearían contagiar a los sanos, correrían tras de ellos si los dejaran sueltos. Quizás los exacerba esa costumbre inexplicable de colocar las leproserías a orilla de los caminos, como resto de los antiguos usos de exponer a los enfermos para que los viajeros los compadeciesen y les aconsejaran remedios. Ellos ven pasar la vida, los hiere el espectáculo de los indiferentes, y al verse convertidos en objetos de horror, no aman, odian y maldicen.

Se me aparece como el acto más sublime, más heroico, más lleno de virtud el de esa leyenda del Cid, que narra cómo dió su mano desenguantada al leproso.

Pero al lado de la gran virtud está el gran vicio.

¿Por qué tomó el leproso aquella noble mano?

¿Por qué han salido hoy éstos al encuentro de las pobres extranjeras, engañadas por las rosas de su jardín?

Pensando en todo esto hallo aún más bello este cementerio, lleno de árboles y de verdura. Las tumbas se agrupan como árboles de un bosque coronadas de la sen-

timental crucecilla; en medio de ellas se abre uno de esos claros de luna pintados por Van-der-Neer, un pedazo de tierra en cuyo centro, en un macizo de flores y hojarasca, a ras del suelo, hay un pequeño pedestal, sobre el cual se alza una urna cineraria, uno de esos vasos cuya forma mortuoria nos legó la Grecia: es un jarrón sencillo, de metal, sin más enseña ni inscripción que un nombre: «Ole Bull». Es todo lo que queda del eminente músico noruego: un montón de polvo bajo esta tierra florida, un viejo violín perdido en un Museo, y algunas partituras en las que todavía nos habla su espíritu. ¿Habrá aún armonía en ese jarrón? Nos parece que debe guardar algo, como ese rumor de mar que hay siempre en las caracolas, y dan ganas de acercar el oído. Pero los sonidos mágicos con que encantó al mundo en su gran arte de ejecutante, no han podido perpetuarse para que sirviesen de monumento a su gloria; no se indica más que el pensamiento en el papel, el lienzo o la piedra; los intérpretes del arte, los que no son creadores más que del gesto y la impresión, no dejan nada en pos de sí; sólo un recuerdo piadoso que concede la humanidad al actor o al músico, pobre sér que se inflamó con el soplo del arte y que se perdió, se desvaneció en el aire con su armonía.

A la posteridad sólo le toca recordar su nombre, aun cuando no le haya legado nada.

Es el acto más desinteresado qne la posteridad realiza.

CAPITULO XXXII

Grandes hombres noruegos.

La literatura noruega es la menos estudiada, a lo menos directamente; y, sin embargo, es ella la que ha inyectado su savia en toda Europa, dejando sentir su influencia principalmente en la literatura germana.

La época primitiva de su literatura, esa época llena de encanto que no se supera jamás en los siglos de clasicismo, ha estado perdida, oculta durante mucho tiempo. Cuando la introducción del Cristianismo en el Norte, todo escrito que tenía relación con la antigua religión del país era mirado como impío, como una obra del diablo; si estos manuscritos que se han conservado hubieran caído en manos de gente ignorante, se hubieran perdido para siempre.

Esos tesoros primitivos están escritos en lengua islandesa, venerable madre de todos los dialectos góticos, antiguamente lengua viva en los tres reinos escandinavos y hoy relegada sólo a la pequeña isla de Islandia. Esa lengua, llamada otras veces *Norranatunga* (lengua del Norte), fué con el tiempo completamente corrompida y acabó por perderse entre las lenguas modernas de Dinamarca y de Suecia. Felizmente, la Islandia había sido descubierta y poblada por algunas familias noruegas, huyendo de la persecución política, y ellas conservan su idioma en toda su pureza; de modo que esa lengua tan rica, tan expresiva y tan poética se encuentra viva en Islandia cuando ya había muerto en los tres reinos escandinavos.

Gracias a esta feliz casualidad no se ha perdido esa lengua, que hoy se enseña en los pueblos de origen gótico, como se enseña en los nuestros el latín, pues el islandés es para el noruego, el danés y el sueco lo que el latín para el francés, italiano, rumano, español y portugués. En él se encuentra la etimología de todos los nombres y el genio de la lengua.

Su libro sagrado, el «Edda» (La bisabuela) y los libros de su vieja Historia (Sagas), se han divulgado gracias a las traducciones latinas del célebre sacerdote islandés Saemundo Sigfusson, que recogió todas las

rapsodias de los *scaldas* o primitivos trovadores, y las tradujo del latín.

Otros muchos filólogos han contribuído a esta divulgación, tales como Snorri Sturbeson, y en época reciente Fiun-Magnusse.

Esos cantos y esa literatura han influído, no sólo sobre la literatura scandinava, sino sobre la alemana, que tiene en ella su fuente. La poesía épica alemana es toda scandinava. Sus Nibelungos, gesta más complicada que las españolas y francesas, está inspirada en los mitos contenidos en el Edda.

Lo curioso es observar cómo esta literatura ha tenido una influencia distinta en ambas naciones. Alemania conserva el sentido guerrero de aquel pueblo que la primera virtud que premiaba en su cielo era el valor. Para los guerreros esforzados estaba el Valhalla en Asagard, y allí las Valkyrias los colmaban de delicias y la diosa Eir curaba sus heridas con un milagroso jugo de berenjenas. En cambio, para los que morían de enfermedad o de vejez, estaban los dominios de la horrible diosa de la muerte, desterrada de la corte de Odin por su fealdad. Así, todos ansiaban morir en las batallas, y los que no lo conseguían, al sentirse enfermos se abrían las venas para no morir de enfermedad.

Wagner, que ha amado tanto sus leyen-

das, que las ha hecho suyas, que las ha poetizado, compuso con ellas admirables óperas épicas, en las que el sonido revela el alma entera de los viejos Vikings.

En cambio, los grandes noruegos se han dejado ganar más por la influencia viva del ambiente que por la influencia literaria. Hasta que se visita Noruega no se comprenden bien estos genios del Norte. En casi todos ellos hay una exaltación vehemente al par de una melancolía invencible. Son los dos polos en que oscila el carácter scandinavo. Es una lástima establecer separaciones entre esta península y Jutlandia, porque para estudiarlas bien no se pueden descartar las influencias mutuas.

Mayor diversidad hay entre suecos y noruegos que entre éstos y los daneses. Los suecos se acercan más a la modalidad alemana. Hauptmann, Tegner y el gran Augusto Strimberg pueden servir de ejemplo.

La modalidad de los noruegos es distinta; son más personales, más espontáneos en el sentido de sinceros, aunque aparecen reconcentrados, reflexivos, filósofos, por la costumbre de pensar y mirar hacia dentro en la melancolía dulce de sus montañas y sus fiords. Se unen mucho al alma del país y están llenos de ideales puros, rectos, tal vez porque su lucha no es la lucha ruda de nuestras grandes ciudades y

no les desvanece su público. Es el suyo un arte más austero, más metódico, sin esa concesión que se le hace al público de la frase sonora y el concepto fácil, para ganarse su aplauso.

El escritor que se considera más clásico es Ludvig Holberg, del que ya me he ocupado extensamente (1).

Otro grande es Jonas Lie (1833), quizás el más noruego de todos, el verdadero clásico de su país. Todas sus condiciones contribuyeron a formarlo así. El nació en Grimstael, una pobre aldea de pescadores en la región de Finmark, y a la edad de tres años se trasladó con su familia y su abuelo, magistrado, a Tronso, el país del sol de media noche, a quinientas leguas del Polo. En ese medio, melancólico y solitario, se formó el espíritu del más estético e independiente de todos los noruegos, y allí estudió su carrera de abogado y fué a establecerse en Kongsvinger, donde se casó con su prima Tomasina Lie, su consoladora, su confidente, la que supo templar su alma ruda de marino taciturno y lírico. No fué precoz la obra de Lie; estudió y meditó mucho antes de escribir; leyó con pasión a su poeta Wergheland y al maestro Kgerkegead y estudió profundamente a Byrón. Su obra tardía fué un

(1) Véase.

fruto de experiencia, pues empezó a escribir a los treinta y cinco años. Su libro *El Clarividente* (*Den Fremsynte*) es la obra magistral; tiene todo el ambiente de su nación y basta ella sola para conocer «el país de la noche», esa noche larga que impresiona a sus hijos más que el interminable día. Es un libro lleno de frases felices y pinceladas de carácter, en el que describe el verdadero ambiente de un pueblo de pescadores, groseros y rudos, sin ropa de domingo, vulgar, sensual y místico a un tiempo mismo. En todas sus obras de la primera época, *El piloto y su mujer*, por ejemplo (*Rutland*), hay la misma nota de almas de marinos y la misma forma de belleza pura y simplicísima. Pero Lie triunfó demasiado pronto, fué a Europa, visitó París, Roma..., esos países que no son para ellos como para nosotros, que los fecundan y los cambian. Lie abandonó su género predilecto, se entregó al análisis, buscó emociones nuevas y escribió *El esclavo de la Vida* y *Adan Schrader*, haciendo intervenir en las luchas sociales al Destino y a las Potencias del infierno. Es siempre, en todo, el escritor noruego más cuidadoso del estilo, más colorista, más suelto, más poeta. Ibsen y Bjœrnson, piensan; Lie, siente. No es un pensador; tiene horror al dogmatismo, y lo único que le preocupa es la belleza de la forma.

Contemporáneos suyos, pues sólo hay cuatro años de diferencia entre los tres, son sus amigos Bjœrnson (1872) e Ibsen (1835). Este siglo XIX fué el siglo de oro de la Noruega.

A Bjœrnson se le ha llamado el granjero de Aulestad, por su vida retirada en esa granja solitaria. El nació entre las ásperas montañas de Dovrefjeld, en un país de nieve que enterraba su casa durante el invierno, un país de salvajes en el que su padre tenía que predicar con una pistola bajo el hábito. Pasar de allí a Romsdad, el país de las rosas, un país alegre y claro, excita su sensibilidad de adolescente y hace sus primeras tentativas con ingenuos cuentos de viejas y cantares de muchachos.

Luego pasó a Cristianía, se hizo amigo de Ibsen y de Lie, estudió a sus poetas Welharen y Wergheland, que despertaron su entusiasmo, así como Kjerkegaard despertó su conciencia. Pero el éxito no coronó su labor; todos lo combaten, la Universidad de Cristianía lo rechaza, y el desdichado artista va a encerrarse en Bergen, donde el gran músico Ole Bull le confía la dirección de su teatro. Allí, Bjœrnson escribe *Hulda*, *Arve* y *Medea*. Todo es fuerza en él, rebeldía, gritos de cólera, o bien idilios naturalistas. Vuelve a Cristianía, lucha en el periodismo y funda la

revista intitulada *La Hoja de la Tarde*, hasta que al fin, vencido, abandona su patria, viaja por Italia, Francia y Alemania, y allí, en la tranquilidad, parece que se despliega su alma, se hace más transigente y aparece lleno de lirismo en su trilogía del *Rey Sigurd*, *María Stuardo* y *Arniot Gellire*. Pero no por eso perdió su personalidad. A pesar de la influencia filosófica de sus obras, como demostró en *El Guante*, tuvo siempre su mayor ternura para las tradiciones del campo. El interior de las granjas, en donde los hombres esculpen con su cuchillo la madera y las mujeres hacen tricot al amor de la lumbre y se cuentan fantásticas historias. Sabe dar la impresión del amor de las aldeanas, lleno de vida y de todo ese mundo confuso de las noches sin fin, poblado de fantasmas de invierno y de esos días de luz incierta y como ahogada en las brumas. La gloria de Bjœrnson fué grande en vida, y a su muerte todo el pueblo noruego hizo una verdadera apoteosis para recibir su cadáver, enterrado cerca de Ibsen en el cementerio de Cristianía, su estatua se prodiga en todas partes. Se puede afirmar que para los noruegos es éste el que más aman y más comprenden de todos sus grandes hombres.

Los principios de Ibsen fueron modestos; nació en Skien, y su juventud fué amar-

gada por la ruina de su padre en el comercio y por los disgustos de su madre, luterana y severa. Ibsen obedeció desde muy joven a su vocación, y escribió sin influencias lo que le dictaba su exquisita sensibilidad. Su espíritu era revolucionario, rebelde, humanitario; a los veinte años, su obra *Catalina* levantó la cólera de su país y le obligó a ir a Cristianía, donde con el trato de sus amigos se inició en la tradición romántica. El se dejó influir por los dos grandes poetas rivales, Welhaven y Wergheland, que han sido los principales poetas eruditos de Noruega, así como Petter Dass es el poeta popular, intérprete de sus cuentos y baladas; pero principalmente hizo su guía en la luz de Kjerkegaad, eligiéndolo por afinidad, como Dante eligió a Virgilio; rima con el espíritu de Ibsen, con los elementos de su formación el espíritu del escritor danés, ese nuevo Pascal que murió de locura víctima del combate entre la Fe y la Razón.

Siempre revolucionario y batallador, fundó con Bjœrnson, Vinge, Botten y Hausen una revista con caricaturas para flagelar a los reaccionarios.

Sus primeros dramas los estrenó en el teatrito de madera de Bergen, con su amigo Ole Bull, y durante el tiempo de su dirección resucitó las obras clásicas de

Holberg y dió a conocer las traducciones de Shakespeare; pero fracasó en Cristianía en su intento de creación del teatro nacional.

Desengañado, buscó de nuevo el reposo en Bergen, «el país donde florece la libertad preciosa de la tierra, que se extiende más allá de los mares donde frecuentemente mi barca lava sus flancos brillantes». Allí se casó con Dae Thorsen, hija del pastor, dulce, serena, consoladora; tal como debía serlo para calmar y fijar su espíritu turbulento.

En esta época, Ibsen escribió la apoteosis de Noruega antigua, en sus dramas apasionados, patrióticos y de combate, *Los pretendientes a la Corona*, *La Castellana* y los famosos *Guerreros de Helgeland*, esa terrible tragedia de venganza y pasión, superior a todas, en las que la fiera Hjordis mata al que ama, a Sigurd, el Nibelungo scandinavo; es de una poesía sombría y furiosa. Aquí se le aplaude, y en cambio se le rechaza en su *Comedia del Amor*, llena de un arte humano y puro, pero en la que condena los convencionalismos.

Esto amarga más a Ibsen; se hace pesimista y exclama: «El hombre más solo es el más fuerte.» Emprende un viaje a Italia, rompe las fronteras, y enamorado de la luz dice como *Peer Gynt*: «Yo soy ciudadano del mundo.»

Luego se dulcifica su pesimismo y se fija su carácter; ve la Naturaleza embellecida, y en vez de los mares trágicos de antes, se le aparecen «las olas del misterio y del silencio, en donde las sirenas parecen dormidas y las azucenas se inclinan sobre el abismo.»

Sobre el alma de Ibsen parece pesar todo el mundo trágico de almas agonizantes, clamantes bajo el peso de la fatalidad; rechaza todas las leyes que engendran el dolor con su oposición a la naturaleza y al matrimonio que destruye el ideal, pero no quiere el libertinaje; al contrario, hay que ser severo consigo mismo, hay que purificarse para purificar la religión examinada y de acuerdo con la conciencia. El dolor ennoblece, pero no hay que tomarlo como dogma que mate la alegría de vivir. Para él, la salvación del mundo está en el amor, fuente de vida fecunda que sostiene la voluntad. Hay que querer, «Pobre viejo mundo que no sabe querer ni sabe amar.»

Las mujeres de Ibsen requerirían un estudio completo. Son todas cerebrales, complicadas, y tienen una especie de repulsión de la carne. Madame Alving, Nora, Halmer, Hedda Gabler, Rebeca West, todas son sensuales y místicas, soñadoras y rebeldes, de un espíritu complicado y complejo.

Nosotros conocemos poco a Ibsen como poeta, y los noruegos aseguran que leído en su idioma es superior en el verso, al contrario de Bjœrnson, que es superior en la prosa.

Sobre la tumba de Ibsen en el cementerio, en Cristianía, hay un enorme martillo que hace alusión a su poema *El minero*, recordando su bella frase:

«Abreme un camino hasta el corazón de la montaña.»

Allí reposa, cerca de Bjœrnson, con el que tuvo una vida tan paralela.

Se observa un rasgo común en los genios noruegos: la longevidad. Mirando sus retratos se notan esos rasgos fuertes, sanos, tranquilos de una vejez sin decrepitud, que hace pensar que esta constitución fuerte, rocosa, salvática del país escandinavo obra también sobre la constitución de sus hijos y da a sus almas la tranquilidad inalterable de los fiords y la fuerza dominadora de sus montañas.

CAPITULO XXXIII

Música noruega.

Los noruegos son amantes de la música. Muchas noches he observado en Bergen la religiosidad con que oían los conciertos en su Nygaardsparken.

Pocas veces he asistido a concierto más extraño. Ese extenso parque es un bosque frondoso, desigual, formando montecillos y cuestas entre los que se han trazado senderos; en el centro de uno de sus lagos está el kiosco de la música; los ecos de la orquesta invisible parecen salir del agua, y la multitud oye alrededor de la orilla formando grupos apretados en los que no se escucha una palabra ni una risa.

Se oye con un silencio religioso, severo, triste; y al acabar, una salva de aplausos hace estremecer los árboles. Entonces la multitud pasea, y pasea como los fieles

que acaban de comulgar, meditativos; generalmente no se mezclan en el paseo los jóvenes de los dos sexos; es un paseo melancólico, en la dulce placidez de su noche alumbrada por los oros del sol, que aún nos envía unos rayos pálidos y como tendidos a ras de tierra, que vienen a jugar con las plantas acuáticas, destacadas del brillo de las aguas por la luz opaca de ese sol de la noche.

Hay una gran predilección por la música nacional.

Bergen es la patria de los grandes músicos; en ella han nacido Ole Bull y el gran compositor Edward Grieg. Es éste el que mejor ha sabido interpretar su música nacional típica; se inspira en la poesía bucólica de sus aldeanas, pastoras y granjeras; son melopeas vagas, flotantes, indecisas, simples, monótonas, que a veces tienen un encanto triste y doloroso. Una poesía de bruma y de alma inquieta y mórbida.

En sus composiciones de la primera época, Grieg es sobrio y artista; insuperable en sus danzas noruegas, en sus Lieder y en sus composiciones vocales. Pero más tarde hay en él una influencia extranjera, en la que se mezcla la poesía de Heine y la influencia tiránica y avasalladora de Wagner; aparece entonces atormentado, ansioso, reflejando toda la tristeza de la

tierra y de las flores pálidas que mata la nieve.

En su viaje a Roma se fija y se forma su personalidad, en la que entra una influencia latina que lucha con los atavismos de los antiguos noruegos. Escribe su mejor ópera *Peer Gynt*, el Fausto escandinavo, y en ella la imaginación vence a la voluntad y se manifiesta más poeta que músico; hace pasar a su héroe por todas las fases de Don Quijote, y al fin vuelve a Noruega. En esto vuelve a triunfar; él es superior en lo noruego; no siente el sol por más esfuerzos que hace; pero en la concepción de su poesía y su música patria es grande y puede figurar entre los grandes.

He recordado mucho a Grieg estos días en mi viaje a través de esos encantados fiords del Hardanger. Fué ésta, sin duda, la región que más inspiró a sus músicos, la quinta en que vivió Grieg y donde aún habita su viuda se halla sobre esta ruta.

No hay nada comparable en la Naturaleza con estos risueños fiords que parten del fiord de Hardanger, con una serie de nombres tan complicados que no los aprenderíamos jamás. Se recorre en un éxtasis este país, navegando por fiords para visitar Odda y las regiones del Hallindal, sin cesar de sorprenderse por los contrastes de los montes nevados, las extensiones de

agua, y entre ellas las bandas de tierra fértil en la que florecen los frutales más delicados, como manzanos y cerezos. Las cascadas, muy frecuentes en toda esta región, caen desde gran altura por las rocas cortadas a pico, y ponen como una carcajada alegre en los hermosos panoramas. Algunas, como la de Laatefos, alcanza una altura considerable.

En esta parte hay una multitud de granjas rodeadas de árboles, y de lugarcitos que parecen agrupados a la sombra del campanario de una iglesia.

Esta región me recuerda siempre Andalucía, porque es para Noruega lo que las provincias andaluzas son para España; aquí se encuentra lo más típico, lo más pintoresco, lo más de opereta.

Es aquí también donde la gente, como he hecho notar en Bergen, es de carácter más abierto, más alegre. El país de las músicas, los bailes y los estallidos de color.

He presenciado una fiesta de bodas, en la que la desposada se tocaba con esas grandes coronas de Virgen bizantina, que llevan el día de su matrimonio las campesinas noruegas; pero aun más pintoresco era el traje de las mujeres que la acompañaban: un corpiño rojo con todo el delantero bordado en piedras, una evocación a la vez de napolitanas y rusas, pero con una riqueza más ostentosa, más

recargada, más oriental, podría decirse, sin tener en cuenta la situación geográfica, sino el espíritu.

Después de la boda y la comida, los invitados se han entregado al placer del baile. Un baile que también me ha recordado la Rusia. Bailaban el «Halling», una danza toda de vueltas, saltos, brincos; epiléptica y vertiginosa danza de los países del Norte, febril, desordenada, retorcida, que debió nacer entre el humo de las tabernas y el aguardiente; danzas dolorosas, mortificadas, de pueblo oprimido o castigado por una naturaleza contra la cual reacciona con sus movimientos de protesta, de vida contenida que le desborda. Danzas que nada tienen de común con las lánguidas danzas sagradas de la India o de la Grecia, en las que el cuerpo, perezoso y agradecido, muestra su cadencia dulce y graciosa, como una ofrenda.

Por eso, mientras los bailadores se fatigan y se rinden en esa explosión ruidosa, la música noruega suena triste y melancólica, en sus primitivos instrumentos nacionales, celosamente conservados.

Me parece una música muy distinta de la que he escuchado antes. Toda partitura transportada a otra clave o a otro instrumento pierde su sabor original. Hay que oir la música noruega en ese ventrudo violón de Hardanger; el *Langeleik*, con su ca-

ja de resonancia plana, alargada, con su abertura de seis u ocho cuerdas, con plectro, que exhala sus sonidos débiles y monótonos, para poder comprenderla y apreciarla.

Son también estas regiones las que dan a la industria noruega todas esas labores pintorescas que hemos visto en los escaparates: agrafes de plata, lindos bordados en calados, como esos deshilados de las campesinas de la sierra, y los encajes y los tapices de verdadera fantasía.

Se comprenden estas labores en estas mujercitas de cabellos claros, ojos claros y forma delicada; corresponden a su aspecto a su atavío de princesas; y se lamenta que las manos de nuestras aldeanas sieguen, arranquen el cogollo y tuerzan el fascal o la tomiza, y todas esas labores de esparto que agarrotan sus dedos y acaba por cegarlas con su polvillo ardiente.

Toda esta región, en verano es un estallido de luz, de alegría, de aroma, tan pintoresca y tan franca que no se soñaba siquiera en este país de nieve, de fiords y de montañas.

CAPITULO XXXIV

Stavekirke.

Un paseo en automóvil nos lleva de Bergen al valle de Fantoft, para visitar la poética *Stavekirke*, iglesia de madera, que es de las más típicas del país.

Ya sólo quedan en Noruega un par de docenas de iglesias de esta clase, entre las que tienen fama la de Herdal y la de Borgund, pero ninguna tan bella y tan graciosa como ésta.

Más que iglesia me parece un árbol, un árbol sagrado y extraño que ha crecido en este bosque. No tiene la forma de una ermita o de una casa de las que tenemos costumbre de ver. No se ajusta tampoco a nada de cuanto en Noruega hemos visto; no tiene semejanza alguna con el arte del Norte. Es una casa oriental, india; pero buscan-

do semejanzas en Europa sólo se hallan en Bizancio, en ese arte antiguo que influye a Rusia y del que, de un modo inexplicable, se descubren cada vez más vestigios en la escandinavia; tiene el antiguo atrio y pórtico que sirve de refugio a los fieles, y toda la techumbre, que la cubre casi por entero, está formada de una especie de tejas o escamas en cuyos remates sobresalen unas gárgolas que recuerdan la forma del timón, y representan estilizadas esas cabezas de dragones y quimeras que se encuentran, asimismo, en las decoraciones de los barcos de Vikings, y cuyo estudio hace pensar en antiguas relaciones entre Noruega y Bizancio.

El interior de la iglesia es sombrío y obscuro, pero tan chiquito y acogedor que lo iluminan bien los cirios amarillos, la luz religiosa por excelencia. Es toda de madera; la nave central está sostenida por pilares lisos, cuadrados y simples, que forman arcos de medio punto. Hay algunos bancos sencillos y una lámpara de hierro, gótica, como esas coronas de los reyes godos de Toledo que están en el Museo del Cluny.

A los dos lados del altar, sin más adorno que un mantelillo y dos candeleros ante un pequeño Cristo, hay dos santos tallados en madera, también góticos, toscos, hieráticos, serenos, y cerca de ellos un motivo extraño: un toro alado, mezcla de asi-

rio y de egipcio, de una gracia primitiva e ingenua.

Me siento tan bien aquí como si hubiera llegado a la choza de un buen pastor. Parece como si el pequeño santuario se impregnase más de las oraciones; hay en él un fervor apasionado que lo hace muy humano.

Contribuye quizás a esto el lugar. Este bosque silencioso que forma el valle de Fantoft, entre colinas de montañas que dibujan sus extrañas formas en el horizonte. Esa calma melancólica, suave, envuelta en celajes; esa palidez mate y opaca del ambiente; esa melancolía noruega de mar y de montaña que se siente siempre, hasta sin mar y sin montaña, melancólica de su cielo, de su luz, como un presentimiento o una amenaza de la falta de sol.

Y cerca de la iglesita, que me parece a veces como un barco que se hubiese quedado enclavado en la tierra al retirarse la marea, quilla al sol, emociona contemplar un montón de tierra redondo recubierto de musgo seco, sobre el que se alza una cruz de piedra blanquecina.

Es un cementerio sin epitafios; una fosa común donde la transformación de la materia debe hacerse más fácil y más grata. La tierra debe ser más leve aquí a los muertos. Sólo era un pequeño montecillo de la tierra. Merced a esa tosca señal se encontraron en Suecia las *Colinas del Rey*, que

encerraban tumbas y tesoros y en Noruega los navíos de los Vikings.

Ya no hay tumba segura. Apena pensar que se remueva esa tierra de paz colocada bajo la sombra piadosa de esa iglesia, que es más bien pieza de museo, digna de resguardarla y cubrirla, en vez de dejarla expuesta a los rigores del tiempo.

Estas Stavekirkes son documentos históricos. En algunas se hallan inscripciones grabadas a cuchillo en caracteres rúnicos En la de Borgund se encuentra esta inscripción: «Jhoner ha escrito estas letras a la gloria de San Olaf».

En la Stavekirke que han trasladado de Silesia a Nang se lee, sobre la puerta, esta otra inscripción: «Los hijos de Gose la han erigido a la memoria de su sobrino Gunor».

Estas inscripciones dan una fecha de fabulosa antigüedad a estos edificios que, pareciéndonos tan frágiles, han resistido tantos siglos mejor que soberbias iglesias de piedra. Algunas se han llevado de un lugar a otro; ésta ha sido traída a Fantoft desde Fortun. Se las transplanta como árboles, y por una extraña sugestión me parece que van a arraigar de nuevo en la tierra y a retoñar en primavera, con varas de azucenas blancas, cuando la vuelta del sol derrita la nieve que durante los largos meses de noche les sirve de sudario.

CAPITULO XXXV

La Patria de Lohengrin.

En el Sognefijord, la Naturaleza adquiere una majestad grandiosa. Siempre, en todos estos panoramas de Noruega, cualquiera que sea, hay un elemento de grandiosidad y de inquietud, algo grave y dulce, una melancolía augusta, algo que parece ir directamente de la tierra a nuestro propio corazón.

Es este el más grande de los fiords de Noruega. A su entrada se realiza la idea que tenemos de la severa grandeza que deben tener los fiords; la Naturaleza alpestre del terreno se muestra con toda severidad; un muro de altas montañas rocosas y cortadas a pico, sin vegetación ninguna forma la calle de agua, es una naturaleza desolada, gris; parece que navegamos entre esas dos inmensas paredes de roca, de ma-

nera que no dan la impresión de que estamos en la superficie, sino de que hemos descendido muy abajo, muy abajo, y allá arriba está la tierra.

Entre los dos muros grises no hay más que la franja azul lechosa del agua y la franja azul ópalo del cielo, en los estrechos canales.

Conforme penetramos el fiord se ensancha, y en los lugares que encontramos, siempre salvajes y montañosos, empieza a verse la vegetación; otros fiord pequeños se derivan y se entrecruzan; hay altas montañas de formas pintorescas, cubiertas de vegetación hasta la cima coronada aún de nieve.

Se necesitan varios días para recorrer el fiord; cuanto más se penetra en él es menos austero y ofrece lindos puntos de vista y bellas cascadas.

Nos detenemos una noche en Vik, en cuyas cercanías visitamos otra curiosa stavekirke del siglo XIII, y donde el hospedaje en un lindo hotel con apariencia de granja, nos da derecho a pasar la tarde pescando el salmón, tan vulgar y abundante en este país, como en otro las sardinas y los besugos.

Pero mi deseo es llegar a Balholm, que me han celebrado como uno de los más bellos parajes de esta tierra y que está, además, poetizado por la leyenda de Frithjof.

Está todo lleno de esta relación de la vieja Saga; nos muestra una colina donde, bajo un pino, la tradición ha colocado la tumba del Rey Bele.

Es esta una sencilla leyenda que la poesía de Tegner y la inspiración de Wagner han elevado a la altura de las grandes leyendas de la antigüedad. No resisto a la tentación de repetirla sin quitarle su sabor de sencillez primitiva, ajustándome en lo posible al recitado de la «Saga de Frithjof Wiking»:

«El Rey Bele fué muy amigo del padre de Frithjof, y fueron educados juntos éste y la hija del Rey Bele, que se llamó Ingeborg. Los padres de uno y otro murieron al mismo tiempo, dejando el Rey Bele dos hijos además de Ingeborg. La amistad entre Ingeborg y Frithjof creció cada día; pero los hermanos de ella no quisieron oir nada de casamiento, y se ofendieron del gran atrevimiento de Frithjof al hacerle la corte a una princesa, no siendo más que el hijo de un simple aldeano. Como Frithjof tenía gran ascendiente y poder en el Sognefjord, los hermanos de Ingeborg llamaron en su socorro a otro rey y lograron echarlo de sus Estados.

Frithjof se refugió en Escocia, donde con su valentía se hizo una brillante posición y volvió tan rico a Noruega, que bien podía aspirar a la mano de una princesa. Pe-

ro los hermanos de Ingeborg la habían casado con el Rey Ring, y el Viking disimuló y no se dió a conocer. El Rey, que no lo conocía, lo recibió y le dió hospitalidad en su palacio. De este modo, Frithjof vivía cerca de su adorada, que fingía no conocerlo.

Más de una vez tuvo el apasionado Viking proyectos de asesinar al rey Ring, que le había concedido su amistad; pero siempre triunfó en él la bondad, y no sólo no le hizo daño, sino que en una ocasión salvó la vida del Rey y de Ingeborg.

Alguien, sin embargo, atizó los recelos en el monarca, y un día que paseaban solos por el bosque, Ring fingió que se dormía y contempló cómo el Viking, en su lucha consigo mismo para no matarlo durante su sueño, arrojó lejos de sí todas sus armas. Entonces el rey, admirado de su conducta, le dijo: «Sé quién eres, y en recompensa de tu lealtad te casarás con mi viuda, porque mi muerte está cercana. Heredarás también mis bienes».

Y como, en efecto, al poco tiempo murió el Rey Ring, Ingeborg y Frithjof se casaron y vivieron muy felices. Frithjof se hizo Rey de Sognefjord, y fué muy poderoso».

En esta leyenda sencilla se inspiró Wagner para *Tristán e Iseo*, y del tipo de Frithjof, tal como lo describe la Saga y el poema de Tegner, compuso su *Lohengrin*.

El Emperador Guillermo II se ha enamorado del heroico Viking, y ha regalado a Noruega esta monumental estatua, que es por su tamaño de las más soberbias que el mundo posee. Tenía que ser así de enorme la estatua para armonizar bien con el sitio agreste y magnífico donde está colocada. Frithjof se destaca del fondo de ese paisaje montañoso, sobre su alto pedestal, vistiendo el pintoresco traje del romántico Caballero del Cisne, en el mismo lugar donde la princesa Ingeborg lloró sus amores.

Se cuenta que el Emperador de Rusia se ha reído de este regalo imperial, y que el Kaiser le ha dicho:

—«He querido rendir un tributo al héroe noruego que nos ha dado el Lohengrin alemán».

Es que Guillermo II ama mucho este lugar. Todos los años viene a Balholm y pasa una quincena, olvidado del mundo y de la política, respirando la vida pura y primitiva de estos lugares.

En verdad, Balholm es un retiro imperial, un rincón de la tierra que realiza la concepción del Paraíso. No hay nada tan bello como este lugar, tendido entre dos fiords, formado todo de villas pintorescas, de hoteles, con sus pesquerías de salmón, sus granjas, todo oculto entre bosques de manzanos y de perales y sirvién-

dole de fondo esas soberbias y altas montañas de gigantes de la Jotunheimn.

Sin embargo, esta predilección del Kaiser no debe verse con tranquilidad; da siempre miedo ver cernerse un águila sobre nosotros; es como una amenaza.

Ahora está aquí el Kaiser, a bordo de su yacht, y escoltado por dos de sus acorazados. Esto ha traído una corte de alemanes y extranjeros de otros países, que va siempre tras él, y Balholm es como una playa elegante de la Normandía. Sin embargo, este año el Kaiser no ha dado fiestas, como de costumbre. Lleva luto por la muerte de los archiduques asesinados en S., y sigue con inquietud los sucesos de Austria y Servia.

Por lo demás, el Kaiser hace aquí la vida de un burgués cualquiera. Habla con todo el mundo, pasea; se diría que descansa de ser Emperador.

Para mí ha sido una decepción verlo de cerca; cada vez me afirmo más en mi creencia de que no se debe ver de cerca a los reyes, y comprendo la razón de que se haga a Dios invisible.

Por las fotografías, yo creía al Kaiser un hombre. Alto, arrogante, distinguido; de cerca, es un señor de pequeña estatura, de aspecto vulgar, algo contrahecho, como torcido hacia el lado izquierdo, cuyo brazo, más cotro, el otro que lleva siempre

en el bolsillo, haciendo esfuerzos para levantar el hombro.

El rostro tiene huellas de cansancio, de preocupación, de fatiga; el bigote le da un aspecto duro, antipático, y la mirada es dura, altiva, de poca expresión.

Esta tarde, de un modo impensado, el yacht imperial ha levado anclas, seguido de los dos acorazados que le dan escolta. Se dice que ha recibido un telegrama en el que se le anuncia la ruptura de hostilidades entre Austria y Servia, y que ha partido para Alemania dando orden de seguirle a todos los buques de su escuadra que tenía en aguas de Noruega.

La noticia de una guerra en medio de esta paz es una cosa desconcertante. No me explico bien que ese hombre bajito, insignificante, que paseaba por la playa como un buen burgués, preocupado en esconder en el bolsillo su brazo corto, pueda ser un árbitro de los destinos del mundo.

Siento cierto consuelo pensando que ese hombre de gustos sencillos, que lleva el espíritu saturado de la grandiosa serenidad de la naturaleza noruega, irá animado de sentimientos humanitarios y pacifistas.

NOTA. No he querido variar nada de lo que escribí en esta página en Julio de 1914. Esta guerra de grandes quiebras ha sido también de quiebra de ideales. Cada espíritu se asimila aquello que le es más afín, y por eso yo sentía la égloga de la naturaleza noruega; Guillermo II no sentía más que la savia, potente y salvaje, del país de las Vikings.

CAPITULO XXXVI

Solar de Historia.

Throndhjem es el lugar de la vieja historia de Noruega, como Upsala lo es de Suecia. Es la ciudad que parece ser la primera que nos anuncia esas ciudades de la zona septentrional, ya diferentes de las ciudades conocidas.

Es una ciudad vieja, antigua, adormecida; los principales edificios de ella, son: el Palacio Real, que tiene la curiosidad de ser el mayor de todos los edificios de madera que se conocen, y la Catedral, la más lujosa e importante de todas las construcciones noruegas.

La obra de una Catedral no se acaba nunca; parece un sino de esa clase de edificios el verse siempre en obra, ya en construcción o en reparaciones. Esta Catedral, fundada por el Rey Olaf, el Pacífico, so-

bre la tumba de San Olaf, ha sido admitiendo mejoras y añadidos; ha ido, como todas las Catedrales, destruída por el fuego y por el rayo, y en constante restauración.

No sorprende la mezcla de estilos que se amalgaman en ella; lo que sorprende es su riqueza de piedras y mármoles preciosos, en un país en que tan poco se emplea ni siquiera la piedra vulgar.

Es que esta Catedral fué la joya de la ciudad, la gran atracción del mundo católico, que iba en peregrinación al sepulcro de San Olaf; a su alrededor se agruparon iglesias y conventos, y fué la corte de Noruega y la ciudad más populosa del reino. La Reforma causó la ruina de esta ciudad, y ahora se ve sólo como curiosidad en la Catedral el arca de plata que encerró el cuerpo del rey santo, del cual se ignora el paradero, y que antes ocupaba el puesto de honor en el altar. Aun se conserva en el claustro cercano el pozo milagroso del Santo, y aún la belleza de estas naves de saponita azulina, sostenidas en columnas de mármol blanco, con claros vidrios de Inglaterra, sugestiona con su belleza y conserva el prestigio de ser el lugar donde se verifica la coronación de los monarcas noruegos.

¡La santidad de los reyes! Es muy graciosa la santidad de Olaf II. Irgressen, jefe

de una armada de Vikings, el cual convertido por un misionero a la fe católica, quiso imponer el *Cristo Blanco* a sus súbditos por el hierro y por el fuego. Se cuenta de este monarca que el castigo que daba a los relapsos era introducirles en la boca una serpiente, que huyendo de la lumbre que se le aplicaba en la cola se introducía dentro del atormentado, destrozándole las entrañas.

Olaf II fué heredero de su religiosidad y de su piedad. Su soberbia y su crueldad fueron tales, que lo hicieron el azote de su pueblo; pero muerto en una batalla contra Canuto II de Inglaterra, en los campos de Stikilestad, el pueblo lloró su muerte y llevó tan lejos su reacción, que lo aclamó como mártir y santo, y entonces el cadáver empezó a obrar milagros.

Pero hay algo más importante en Throndhjem que todas estas cosas que vienen a turbar la imaginación; sus alrededores tan bellos y tan grandiosos, esos panoramas de las orillas del Nid hasta llegar a las cascadas, y los grandiosos paisajes desde los que se domina su grandioso fiord y las montañas de la frontera sueca. Por todos los alrededores se encuentran ruinas de antiguos monasterios, y sobre la vertiente del Gjeitfjeld se ven dos de esas famosas «Terrazas costeras», con una coquetería de balcón que incita a mirar la belleza.

Me cautivan tanto sus panoramas, que apenas he visto la ciudad.

La agricultura tiene gran importancia en Noruega. Es un defecto de nuestra fantasía pensar más en los hombres de mar que en los de tierra, al pensar en este país. Es que nosotros los conocemos por su carácter aventurero. País frío, árido, ingrato, ha permanecido durante mucho tiempo aislado y desconocido de los otros pueblos de Europa. Su prehistoria dura aquí más que en las otras naciones, y entre estas montañas y estas costas el hombre adquirió más independencia y más arrojo, así mientras los otros no venían a Escandinavia ellos hacían incursiones europeas en las tierras del Sur.

Por eso cuando pensamos siempre en el noruego le vemos algo nómada, pescador, conquistador, hombre de mar, comerciante cuando menos, y no nos damos cuenta de los sedentarios, agricultores y granjeros.

Aquí no ha imperado jamás el feudalismo, y los aldeanos han tenido facilidad de adquirir la propiedad de los terrenos, pero una propiedad que los hijos no heredan en más proporción que aquella que pueden hacer producir.

Así como en el Hardanger se da hasta la viña y los frutales y se cultivan los trigos, aquí se cultivan más las avenas, y según se aproxima al Norte los pastos y la

cría de animales. Los carneros merinos y de Escocia, y los renos de los lapones.

Se va viendo cómo se hace la vida más dura, el suelo menos pródigo. Se comprende el mérito que tiene la tenacidad de los agricultores y se explica el interés de los gobiernos en favorecer la agricultura y la cría de los ganados, proporcionando fondos y toda clase de remedios.

Las granjas aisladas, lejos de toda otra habitación, son edificios costosos y bien construídos, que por lo general se componen de cuatro departamentos. En el primero, morada de los dueños, está todo el mayor confort y el mayor adorno; las camas adosadas a la pared, los objetos de cerámica y de cobre que constituyen el lujo, la cocina y el comedor, y en algunas hasta salones y muebles como los de las casas más ricas de la ciudad.

En el segundo departamento se hallan las dependencias de los criados y los instrumentos de madera, piedra, etc., necesarios a la labranza.

La tercera separación la forman el establo y el depósito de leña. La cuarta es el granero, construído sobre altos pontones para defenderse de los ratones.

Lo gracioso es que estos departamentos no se comunican entre sí; son cuerpos de edificios aislados, y para pasar de uno a otro hay que salir a la calle.

Estos granjeros hacen una excelente acogida a los extranjeros; nos obsequian con confituras, leche y «pan que cruje», «knäke brod», que es una especie de galleta de cebada.

Pero no nos reciben con esa sencillez aldeana de nuestros labradores. Estos son la clase noble, la aristocrática, la que mira con orgullo a las gentes de la ciudad porque ellos son los descendientes de los reyes.

En algunas granjas no se abre la puerta principal más que para el dueño y el soberano, únicos que tienen la misma alcurnia.

Aquí la nobleza no está extendida, no domina; es una gente democrática, y más de un granjero tiene la *Orden de Serafines*. El Gottah tiene poco que hacer.

Casi todos los nombres ilustres están tomados de la Naturaleza.

Barón Sejonhufind, «cabeza de león».

Conde Silfversvan, «cisne de plata».

Barón Soinhufrud, «cabeza de cerdo».

Gyllenstalpe, «potro dorado».

Nordenkjold, «estrella del Norte».

Hasta el ilustre escritor Bojonstierne Bjœrnson significa, su primer nombre «Osa Mayor», y su apelido «hijo de oso».

En la clase media hay la misma tendencia. Nystrom, *torrente nuevo;* Nordberg, *montaña del Norte;* y en el pueblo:

Johanson, hijo de Juan; Nilson, hijo de Nils; Anderson y Peterson son como Pérez y López. En el período romántico se abusó de los nombres de Oscar, Thor, Harald, para los hombres, y Josefina, Freya y Gerda para las mujeres, tomados de sus reyes o de los dioses de su antigua mitología.

Los reyes y los ricos son demócratas; los burgueses, celosos de su dignidad; una criada no responde si no se le llama señorita. Los más aristócratas son los agricultores, sin duda ninguna.

Me han contado el hecho de venir un granjero a Cristianía, entró en uno de los más ricos bazares y preguntó el precio de un soberbio espejo, que valía algunos miles de pesetas.

El dependiente, al ver su facha no le prestó atención, y sin contestar a su demanda siguió atendiendo a los elegantes extranjeros que le compraban unos objetos de arte.

El campesino descargó un bastonazo sobre el espejo, que se hizo añicos.

—¿Qué ha hecho usted?—exclamó el comerciante, aterrado.

—Obligarlo a que me atienda—contestó, con tranquilidad, el labriego.

Y sacando de su cartera el dinero, pagó el espejo roto y encargó algunos de aquellos espléndidos muebles para una gran-

ja, perdida en las soledades de un lejano fiord. Era uno de esos descendientes de San Olaf, que creen poder ser llamados un día al trono de sus mayores y sostienen la dignidad de su realeza.

CAPITULO XXXVII

Hombres de mar.

La gente de mar parece formar un pueblo aparte, que no se mezcla ni se confunde con los demás pueblos de la Tierra. Tenemos siempre un respeto, una consideración, quizá algo supersticiosa, ante el marinero, el pescador; esos hombres fuertes, que nos dan una sensación de nobleza, de fortaleza, de honradez, como si en su vida de peligros, solitaria, contemplativa, frente al Océano, hubiesen llegado a entender el lenguaje de las olas y a adquirir una recidumbre y una conciencia superiores.

Generalmente el marinero es bueno, sencillo y bondadoso en su rudeza; llega por intuición a una altura moral, severa, justa, sólida; con un prestigio de hombre acostumbrado a mirar la muerte cara a cara, y cuya vida de continua privación y duro

trabajo está amenazada en todos los momentos. Existe en ellos como un miedo a la justicia del mar, como si a fuerza de mirar las olas las aguas les arrancasen sus secretos; ese mar poderoso, sagrado, al que no se puede engañar, exige intenciones puras. Se encuentra sobre todo este tipo de hombre de mar en los mares del Norte; los pescadores de Bretaña, de Normandía, los holandeses y los noruegos. Nada emociona más al través de las montañas y los fiords de Noruega que la contemplación de esas aldeas de pescadores, pobladas sólo de mujeres y chiquillos, que miran siempre ansiosos al mar, sin atreverse a esperar y a reir, mientras dura esa larga temporada de la pesca del bacalao, la sardina y la ballena, durante los interminables días del verano en el Nordland, Finmark y las islas Lofoten. Parece que el marino primitivo, el que tuvo el privilegio de inventar la navegación, debió ser el marino noruego, entregándose confiado, en cualquier balsa de ramaje, a las tranquilas aguas de un fiord. De allí su osadía debió ir en aumento para acometer todas esas magnas empresas de los Vikings, que se extienden por todas las naciones y que llegan a descubrir la América, tantos siglos antes de Colón. Las más antiguas *Sagas* nos hablan ya de sus «navíos cubiertos de pinturas y con velas de colores varios.»

No puede olvidarse jamás, una vez visto ese pueblo de pescadores, que desde Enero a Abril acecha los compactos bancos de bacalao que se aproximan a las islas Lofoten.

Cerca de esas altas montañas, cuyo nombre significa, no sé por qué, *Pie de lince*, los barcos parecen pequeñas conchas de marisco adheridas a las rocas. Es que las Lofoten presentan la enorme silueta de su cordillera rocosa, obscura, elevándose sobre el azul de un modo siniestro, como si con sus picos desolados, graníticos, pizarrosos, viniera a hacer más solitario y más lamentable el mar.

Allí más de cuarenta mil hombres luchan para arrancar su subsistencia al mar; un mar en el que palpita la vida de tan inmenso número de peces que da idea de tener más peces que agua. Basta arrojar un anzuelo para hacer rápidamente presa. La pesca es tan fácil, tan abundante, tan segura, que se pierde el placer de pescar.

Hay unos nueve o diez mil barcos, cada uno de los cuales lleva seis hombres de tripulación, sin contar las innumerables barquitas que se dedican a la pesca con bolantín y con palangres, tripuladas por dos o tres hombres nada más. Los grandes barcos usan también redes y jabecas. Son éstos los que más ganan, pero su jornal rara vez llega a dos coronas diarias, aun-

que la cifra de los rendimientos de la pesca del bacalao se elevan de seis a siete millones de coronas al año.

Los marineros también tienen en la barca su casa, con sus dormitorios, su cocina; han hecho allí su hogar, su mundo; dan la impresión de que sus barcos están construídos sobre pontones cimentados en el mar, de tal modo parecen estables y perennes.

Para conservar la paz en ese pueblo está rigurosamente prohibido toda clase de alcohol. Un sacerdote, un pastor, vierte en sus almas sencillas la palabra evangélica. Los pescadores son religiosos con una religión extraña, supersticiosa, como tiene que ser en esos hombres de espíritu libre, avezado al peligro; audaces y enérgicos, para los que el sol es un festejo de verano; condenados a esa noche polar, sombría, terrible, en sus cabañas aisladas o sobre la traición de las olas; su religión está mezclada de tradiciones, de leyendas, de historias fantásticas y paganas. Todos creen en la existencia del barco fantasma, el *barco de la muerte*, que muchos aseguran haber visto como precursor de las terribles catástrofes tan frecuentes.

Porque este mar tan tranquilo que a través de los fiords y de la barrera de su costa ven los turistas en los días de verano, es un mar traicionero y terrible; es ese

mar del Norte tan temido, tan sombrío cuando el viento sopla y el hombre es tan poca cosa frente a él.

En las Lofoten, las corrientes de marea son particularmente violentas entre los estrechos canales; allí está ese abismo infernal del Maelstrom, que tantas embarcaciones ha tragado en su remolino; allí, cuando más confiados y tranquilos se encuentran, surge la tempestad con toda la inmensa grandeza que ha de tener para dominar una naturaleza grandiosa de suyo como una tempestad. El viento hace huir los barcos sin timón en busca de un refugio a través del largo y peligroso Vestfjord; muchas embarcaciones vuelcan y desaparecen para siempre; otras, permanecen sobrenadando, quilla al aire; algunas llegan a la costa con los cuchillos de sus tripulantes clavados en la quilla, los han clavado para asirse a ellos en su último desesperado esfuerzo, y cuando extenuados y rendidos los ha vencido el mar, los cuchillos quedan clavados como una cruz; algunos llevan su nombre a manera de epitafio, y se conservan como reliquia sagrada de viudez en un hogar deshecho. Son muchos los pescadores que en esos momentos de terror han enloquecido.

Pero la pesca es una industria productiva; el hambre obliga a pescar y el hábito quita importancia al peligro; los pesca-

dores aparecen satisfechos y felices el día que logran coger cuatrocientos o trescientos bacalaos. Son su riqueza, el bienestar de su invierno, la tranquilidad de los suyos.

Ese bacalao se lleva a tierra y se prepara de dos modos: el *Klipfisk*, que es el bacalao salado, comúnmente conocido en España, y el *Torfisk*, o bacalao seco que consumen los demás países, en especial América e Italia. Como un detalle curioso puede hacerse notar que en Noruega no se consume el bacalao.

Es todo aprovechable en esos peces; el buche se emplea en preparar el *macizo* o *enguao* que sirve para atraer la pesca, así como la *carnada* que se arroja de cebo. La cabeza y los despojos se preparan, hervidos con un alga especial, para alimento de las bestias. Sus huesos se aprovechan para abono y del hígado se extrae ese preciado saludable aceite, cuyo olor hace insoportable la atmósfera de Hammerfest, algunas leguas antes de llegar a esa ciudad.

Visto ese mundo, aun en medio de su placidez y su reposo, queda en el alma como una pesadilla el espectáculo de su miseria, de su pobreza, de ese peligro constante de sus vidas. Nos aterra la contemplación de esa lucha contra una Naturaleza que se muestra tan dura, tan ceñuda, al par que tan grandiosamente bella. El país

de las largas noches y de los largos días que sumido en la sombra y en el sudario de nieve espera la venida del Mesías en el sol, que llegará para la Pascua, realizando un milagro de fecundidad y resurrección.

CAPITULO XXXVIII

La fiesta del Sol.

Desde que nos embarcamos en Molde, esa ciudad tan risueña y tan graciosa que se llama, con justicia, la «Ciudad de las rosas», con sus granjas, sus hoteles y sus jardines, la Naturaleza se va haciendo cada vez más sombría, más dura; pero hasta que vemos Tromso y Hammarfest no comprendemos lo que será la vida de estas regiones en invierno. Ahora, aún en pleno verano, se siente ya frío; parece que el sol no alumbra bien y las invade la tristeza.

Sin embargo, a Tromso le han llamado los noruegos el París del Norte, porque la sociedad que vive en ella, entre la que hay gran número de extranjeros, se desquita de su alejamiento y de su larga noche, preocupándose con exceso del vestir y dando fiestas suntuosas. Es sorprendente ver el

lujo que se despliega por las tardes en el Jardín Público de Tromso, nos creeríamos en el Bosque de Bolonia.

He sentido cierta compasión hacia estas mujeres que se han creado en estas soledades una esclavitud más. Tromso tiene lindas casas de campo y no falta en él vegetacion; árboles salvajes, gigantescos, pinos y grandes acantos, pero en su conjunto es triste, pesante; unas cuantas horas en él avivaban mi deseo de irme. Comprendo mejor la vida en una granja desierta, con libros, que en esta ciudad tan elegante y tan melancólica.

Peor aún es Hammarfest. Es sencillamente insoportable; antes de llegar ya anuncia su proximidad el penetrante olor de aceite de hígado de bacalao, que le caracteriza, porque la preparación de éste constituye su principal industria. Parece una de esas ciudades españolas que tienen una calle Real, que parte la población y forma el núcleo principal.

Lo más notable es la *columna meridiana*, el *Meridianstötten* de granito, que sostiene una esfera de bronce que se ve desde muy lejos al llegar al puerto, y que fué levantada en memoria de la medida del Meridiano, calculada por sabios noruegos, suecos y rusos. Marca la latitud 70° 40′ 11,3′ y la longitud 25° 21′, con inscripciones latinas y noruegas.

Da lástima de la gente perdida en esta tierra. Ahora es verano, y el sol permanece constantemente en el horizonte desde el 13 de Mayo al 29 de Julio, dos meses y medio de luz; pero después cae en su larga noche, una noche de larva de gusano de seda, y no vuelve a ver el sol desde el 18 de Noviembre hasta el 23 de Enero, más de dos meses sin otra luz que la luz artificial, enterrados en nieve, sin ver llegar un barco ni un viajero, casi sin noticias del resto del mundo.

No me extraña la fiesta que se hace para recibir al sol. El sol es un buen Dios, el Salvador, el vivificador. Se ha encarnado en él, casi todos sus mitos religiosos, y aún guarda su influencia. En realidad, puede decirse que tienen «nueve meses de invierno y tres sin verano».

Su buena época es corta, rápida. Se verifica por Mayo el milagro de su primavera. Llega sin transición; todo florece y renace instantáneamente, pero con una vida tan efímera que el verdor y la alegría sólo duran tres meses.

Por eso se celebra tanto la vuelta del sol; es su verdadera Navidad. Durante los meses de invierno, las gentes pobres viven pensando en ese festejo; se prepara todo para él; se arreglan las casas, se estrenan los trajes y se agrupa la familia para el gran banquete. El 23 de Enero, el primer

rayo del sol que viene medroso a romper la nieve y resbala por su horizonte, es acogido con gritos de júbilo. Se le canta el Hosanna: «Hosanna, el que viene en nombre del Señor». La fiesta y el júbilo son públicos; son los pastores que van a Belén. Cantan, gritan, bailan y saltan hasta quedar rendidos y agotados.

Una parte de la población de estas ciudades es lapona. Los lapones no son ya ese pueblo aparte que visitamos en sus campos los viajeros. Yo he visitado uno de esos campos, cerca de Tromso, y me ha parecido algo así como esas tribus de indios o de esquimales, más o menos auténticos, que vemos en los parques zoológicos de todas las grandes ciudades; muy preparados para el espectáculo. Y me han parecido así, sobre todo porque ya me he acostumbrado a ver a los lapones con los demás individuos de la población; ya los lapones no son nómadas ni pastores; los hay pescadores, labriegos, industriales y hasta maestros de escuela. Pagan su contribución al Ejército, en este país que entre sus muchas cosas simpáticas cuenta la de no ser militarista. Las leyes tienden a borrar diferencias de raza y hasta a que tengan todos los derechos políticos los lapones. Me dicen que en las próximas elecciones se presentará un diputado lapón.

En Vardo y Vadso hay muchos lapones

sedentarios, y por cierto que leen, escriben y desempeñan industrias, demostrando muy buena inteligencia.

Pero aún existen los lapones *pintorescos* al lado de éstos civilizados; los lapones trashumantes que pasan de un país a otro con sus tribus y sus ganados. En Finlandia, Rusia y Suecia existen muchos lapones; los primeros se distinguen con el nombre de Kevénes. En Noruega sólo hay unos 20.000.

Como es natural, me han interesado más por su exotismo, hablando con relación a nosotros, los lapones sin *urbanizar*.

He visitado el campo de lapones trashumantes del Tronnsdal, que requiere una excursión muy penosa, en la que hay que andar a pie más de una hora por un camino lleno de asperezas y guijarros, que cruza bajo un bosque de pinos enanos siguiendo el curso de un torrente. En una explanada, especie de semicírculo que forma un enorme anfiteatro, está *la feria* de estos lapones. Antes de llegar hemos visto ya paciendo la escasa hierba rebaños de renos.

Ahora el calor les ha hecho abandonar esas casucas de piedra tosca en las que se guarecen el invierno, sin más que una estrecha abertura para que salga el humo, y que parecen esas moradas de castores que vemos en las estampas de Historia Natural. Ahora tienen tiendas de tela, que tra-

tan de cerrar herméticamente de noche para defenderse de la plaga de mosquitos, que nos asaltan y nos obligan a soportar el velo y los guantes a pesar del calor.

El tipo del lapón se ajusta al patrón común que estamos habituados a ver. De estatura pequeña, facciones toscas y pronunciadas, ojos vivos y mirar inteligente. Casi todos tienen los ojos malos y la cara llena de granos por efecto de la nieve, el humo, los mosquitos, y ese género de alimentación de carnes y quesos en conserva.

Los renos son sus riquezas y los proveen de todo. Con la piel del reno se hacen sus pantalones, sus abrigos, sus gorros y las polainas y los zapatos picudos que usan. Las pieles de reno son sus mantas, sus abrigos, sus tapices. La carne y la leche, de la que hacen quesos y manteca constituyen su alimento y los huesos los aplican a diversos usos; todo es aprovechable y basta para su sustento.

Los lapones ricos, los capitalistas, lo son por los renos que poseen: 5.000 renos hacen ya un millonario.

Así ellos cuidan a los renos más que a las mujeres y a los chiquillos; los inviernos duros caminan entre la nieve, y pasan las fronteras de sus respectivos países para buscarles pastos. Viajan con todos sus enseres, con sus renos y sus perros; cruzan los ríos y los torrentes en barcas ligeras y

estrechas como flechas, tras de la que nadan los animales; llevan consigo sus trineos y sus patines; nada les arredra, con tal de hallar el modo de sustentar a sus rebaños.

Estos lapones que hay ahora aquí están ya muy acostumbrados a ver venir a los extranjeros a contemplarlos, y explotan la curiosidad que despiertan con una socarronería de campesinos. Aunque quieren parecer indiferentes, nos miran también curiosos.

Los guías cambian con ellos los saludos de ritual:

—Rafthe vissui. «La paz en la casa».

A lo que ellos responden invariablemente:

—Ibmel Addi. «Dios la dé».

Entonces el guía añade:

—Burrist. «Buenos días».

Y ellos repiten:

—Ibmel Addi. «Dios lo dé».

El lenguaje lapón es suave, dulce; nos suena bien al oído.

Después de estos saludos, los lapones nos dejan entrar en sus tiendas y nos enseñan, con cierto placer de verse admirar, todos los toscos objetos de su uso.

Me fijo en las mujeres, cubiertas con una larga blusa. Algunas jovencitas tienen cabellos claros y son bastante lindas. Los chicos pequeños están metidos en una espe-

cie de gran zapato envuelto en piel, que es a la vez su envoltura y su cuna.

Todos nos ofrecen objetos de madera y de hueso de reno, grabados a cuchillo. Hay en uno de estos huesos unos renos corriendo, que parecen una de esas manifestaciones artísticas de la prehistoria que nos guardan los manuales de arte. Estos trabajos nos demuestran que la prehistoria, en el sentido de civilización, perdura en algunas razas y en algunos pueblos, que expresan su arte con la misma ingenuidad que aquellos desconocidos, desaparecidos o transformados. Por algunos céntimos, con los que ellos compran tabaco, café y adornos de plata, que son sus grandes aficiones, les compramos cucharas de cuerno y algunos otros objetos primitivos. También nos ofrecen leche, que algunos toman y que yo no quiero probar. Una leche espesa, grasienta, como si hubiesen batido huevos en ella; tan mantecosa y tan recia, que se ve cómo la previsión de la Naturaleza ha hecho más alimenticia la leche de ese animal, en relación a la dureza del clima en que ha de alimentar a sus crías.

Se siente uno bien entre los lapones; nos rodea una especie de cordialidad y de respeto; se viviría con ellos sin temor ninguno.

Estos salvajes son más civilizados que

los hombres civilizados de las grandes ciudades en el sentido de moralidad. Su salvajismo los conserva ingenuos y buenos; hasta que los civilicemos no habrá entre ellos apaches y políticos.

CAPITULO XXXIX

Siluetas de montañas.

El elemento más pintoresco de toda la Naturaleza lo forman las montañas, sólo comparables al mar por su belleza austera, su majestad y su grandiosidad severa.

Esa plácida melancolía de ensueños del mar en calma existe, asimismo, en las montañas. Hay en ellas, también, esas terribles tempestades, esas conmociones violentas, brutales, de furor y desquiciamiento, que anonadan a los hombres, haciéndoles ver todo lo terrible, lo salvaje, lo indomable de la Naturaleza. El panteísmo debe arraigarse en el corazón de los habitantes de los países de montañas. Ellas guardan el primitivismo, las tradiciones, las costumbres, y parecen poner en la vida una savia recia, potente. Baten, moldean y forjan a los hombres que, lejos de la mo-

licie, han de luchar con un suelo inhospitalario, con un clima duro y con una producción escasa, para sacar de tan ingrato solar su vida y su sustento.

En Europa, las montañas que más cerradas conservan su primitivismo son las de la península escandinava, sobre todo en Noruega. Allí, las montañas no las mide la vista desde el fondo de los valles hasta esa altura bajo la cual se forja el rayo, mientras el sol dora la invisible cúspide; parece que las montañas son sólo ondulaciones de toda la gran meseta de rocas cristalizadas que forman el esqueleto del país. Su altura se mide más bien en la profundidad, en esas quebraduras y resquebrajamientos del suelo, que parece roto, partido, separado en grietas hondas, como si el martillo de Thor hubiese golpeado sobre su espalda.

Inspiran respeto esas montañas, las más viejas del continente europeo, definitivas ya en esos períodos geológicos en que los Alpes, el Jura y los Apeninos sufrían las variaciones de la formación de la hulla y el influjo de sus glaciales. Se ve la antigüedad de esos montes de granito y esquisto en las formas redondeadas de su cima; lamidas y gastadas por la constante caricia de la nieve, la cual, con su blandor aparente, ha moldeado la dureza de las rocas para formar con ellas, caprichosamente, cade-

nas, crestas y profundidades; precipicios cortados a pico, enormes extensiones desiertas, en las que hay diseminados grandes bloques, piedras aisladas y murallas ciclópeas. A veces sorprende uno de esos enormes pozos anchos y hondos, que se conocen con el nombre de «Marmitas de gigantes».

Porque todas las montañas tienen sus leyendas y sus nombres relacionados con esa antigua mitología escandinava, que ejerce más influencia de la que vulgarmente se cree con las leyendas y el arte de toda Europa.

Los gigantes, los *Jotes*, los malos genios, fuerzas destructoras de la Naturaleza, están personificados en las montañas, cuyas siluetas hacen soñar en ese país de nieblas, de nieves y de sombras, tan propicio para el misterio y el romanticismo, lánguido y melancólico.

Hasta en el verano, en la época del sol, cuando las montañas lucen en sus umbrías y en sus mesetas esa rica vegetación de hierbas que suple a la escasez de los árboles, los musgos y los líquenes, con sus reflejos de oro y de esmeralda tienen algo de velado, de triste, de incierto, que no es la franca alegría con que el sol de nuestros países exalta y hace valer el color y la forma. Los nombres de los montes tienen una extraña poesía: La Jotunheim, cuyo

pico Galdhöipg es el más alto de los Alpes escandinavos, y que no llega a la mitad de la altura del Mont Blanc, significa «Montañas de gigantes», a las que ha llamado el Edda «Gigantes de nieve y hielo». El Traldfinde, «Pico de las Hechiceras», Hesfmandœ, «El Caballero», y así todos, con el nombre evocador con que aparecen en alguna antigua Saga.

Sin duda el glacial que viste de blanco las alturas de los montes de Romsdal, deben los picos cercanos la denominación de «Cortejo de la novia». Un glacial tiene siempre algo de una virginidad que simboliza bien el velo de desposada, envolviendo la virginidad de la montaña. Syo Söstre, «Las siete hermanas», son siete doncellas convertidas en siete cascadas por un gigante encantador.

Sorprende a cada paso en estos montes escandinavos la variedad de formas; los lagos, los ríos, las cascadas que se precipitan de ellas sobre los fiords y sobre el mar, las altas terrazas naturales, que fingen a lo lejos un castillo feudal. No hay montes de más varias siluetas. Se los mira y surgen formas extrañas, esas formas extrañas de las nubes que recortan sobre el azul del cielo todo un mundo estilizado y fantástico. La montaña tiene en esto algo de nube; sus siluetas ofrecen contornos de seres de edificios, mausoleos, catedrales, animales

desconocidos, panteones de unos dioses humanos y terribles en su belleza y en su fuerza. El Spaadomsunt se asemeja a un gigante sentado y meditabundo; tiene algo del contorno del Pensativo de Rodin; no piensa, espera. Su leyenda nos dice que al aproximarse el fin del mundo se ocultará en las aguas del lago Platdalisvan, que permanece extático a sus pies.

La cadena de montañas de las islas Lofoten forma el esqueleto de un gigante, cuya gran cola se sumerge en el fiord, que agita a voluntad, para ayudar al Maelstrom a engullir los pescadores que piden el sustento a sus aguas. «Leco» ofrece la silueta de una mujer tendida: «Hestmandoe» es «El caballero», que ha quedado hecho piedra con su caballo en el momento mismo de desenvainar su espada, para defender a «La doncella» de las iras de un gigante.

La imaginación ve en esas dos montañas las siluetas humanas; adivina al caballero y al corcel cubiertos ambos por la amplia capa, y a la doncella infeliz mirándolo tiernamente, en su inmovilidad de piedra, durante el curso de los siglos.

El círculo polar del Norte que pasa por esta montaña la añade una nueva poesía, y el sol de media noche parece llegar hasta ella para consolarla de su aislamiento y su soledad. Y así todas las montañas, que

en otra parte se harían monótonas, conservan el interés con sus leyendas, con su agreste belleza salvaje, con su aspecto imponente y la sorpresa de sus nieves que se abaten cerca de la falda, más bajo que en ningunas otras montañas de Europa.

Cuando se llega a Torghatten, cuya silueta tiene el aspecto de un gran sombrero, todos los viajeros dejamos el vapor que nos lleva al Cabo Norte, para cruzar a pie ese enorme túnel natural, de 160 metros de ancho y 17 de largo, que atraviesa de parte a parte la inmensa mole de la montaña y que a lo lejos parece un rayo de luz cuajada y de cerca nos sorprende con sus paredes, que parecen cortadas a pico en la roca. Su leyenda nos cuenta que en este lugar encadenaron los dioses al gigante Loki, el cual había matado al dios Balder, el Apolo de Escandinavia, en el cual se personificaba al sol. Sobre la cabeza del encadenado dejaba caer su veneno una serpiente, pero la esposa del gigante lo recogía en una copa. Al verter ésta en la tierra, se horadó la montaña, y una gota que cayó sobre la cabeza de ese Prometeo, encadenado hasta el fin de los siglos, le hizo dar un grito tan terrible, que la tierra tembló, las aguas salieron de su centro y se partieron las montañas. La tradición añade que permanece encadenado hasta que se acaben los gigantes y del Océano surja una tie-

rra nueva, vasta y bella, habitada por otra raza más feliz y virtuosa que la nuestra.

No se pierde, al través de los siglos, el encanto de estas leyendas. Nos atraen, nos cautivan, nos sugestionan; toman cuerpo y carne en una extraña fe.

Pero se deben siempre mirar desde lejos a las montañas, no intentar jamás esas ascensiones fatigosas y estériles de los alpinistas. Como la niebla, como el arco iris, como la nube, como todo lo idealmente bello, la belleza de la montaña no es tangible; necesita la lejanía. Al llegar a ella se pierde, se desvanece, se achica. Se pierde la silueta y la altura que nos encantó; la apreciamos ya sólo como un pedazo de tierra vulgar y limitado a nuestro alrededor, a nuestro alcance. Es vano todo el esfuerzo hecho para llegar; al llegar no hay nada, sino un desierto vulgar de nieblas, de hielos y de rocas, aunque, sin embargo, la vista distingue desde allí un nuevo panorama, otras planicies, otras siluetas, otras montañas. El solar de un nuevo ensueño siempre irrealizable.

CAPITULO XL

Finix Terrae.

Desde que salimos de Hammerfest parece que caminamos hacia el fin de la tierra. Parece que en el Cabo Norte se va a acabar el mundo, que hay un abismo cortado a pico sobre lo infiniro del espacio. Se van quedando atrás las altas montañas, con sus glaciales; desaparecen los fiords como si se perdiesen en el interior de las tierras; ya no se ve vegetación ninguna; se ha perdido hasta ese festón de algas doradas que señala en las rocas de las montañas de los fiords el límite de las olas. Aún vemos unas casitas y unos pequeños campanarios en la costa, mientras que frente a nosotros se borra esa guirnalda protectora de islas que nos ha resguardado y el Océano se nos muestra con toda su pujanza; miramos hacia el Polo con cierta superstición como si este mar naciera de allí y fuese tan

terrible y omnipotente que tuviese fuerza hasta para deshacer las montañas.

Todos estos días ha hecho niebla, una niebla muy blanca y muy espesa que nos ha impedido ver el sol *de media noche*, una de las ilusiones del viaje. No es sólo un mero capricho ni una sugestión de lo extraordinario de ver el sol a esa hora los que disfrutamos de día y noche en las veinticuatro horas, es que el aspecto del cielo o mejor dicho, de la luz, es aquí único. Las aguas del mar tienen un reflejo de azul muy lleno de luz, mientras que en el cielo aparecen, sin condensarse como vapores flúidos, las más bellas tonalidades de violeta, verde, rosa, grana y oro, como fuegos de artificio. Esta niebla es desesperante; por cima de ella alumbra la claridad a las montañas; parece hecha sólo para reirse del largo viaje que hemos realizado para llegar hasta este sitio, pero al mismo tiempo ofrece otro espectáculo desconocido. Es una niebla blanca, pero blanca con un blancor de leche, de nieve, y de vez en cuando se eleva y se separa formando arcos de bóvedas inmensas y de mil caprichosas formas; ojivas, medio punto, herradura; arcos abocinados que nos impresionan como si fuesen la puerta de un lugar desconocido en el que hemos fatalmente de entrar. Se comprende la concepción de esas puertas del Valhalla, por las que podían

pasar centenares de guerreros marchando de frente.

Se siente frío y se sienten soplos de tempestad; el barco, anclado al amparo de una roca, se mueve a impulso del viento; parece que la égloga se va a convertir en tragedia. Por fortuna, ese viento nos favorece para disipar la niebla. Veo entonces que estamos cerca de tres islas rocosas, en forma de agujas de un efecto muy pintoresco. El capitán manda disparar unos morteros, y en el momento parece que se cierne sobre nosotros una terrible tempestad. Millares de pájaros se levantan como un torbellino, revuelan con un aletear atronador; ocultan la luz con su sombra, y algunos se abaten hasta precipitarse en el mar. Es algo temerario inquietar así a esos pájaros que si se arrojasen sobre el barco nos harían naufragar. Ya desde aquí no veremos más que aves y monstruos marinos; los dioses de la tierra nos abandonan; entramos en el reino de Neptuno; estamos a 71° 11′ de latitud Norte, nos hace notar el capitán, como si fuera ya de por sí un triunfo de hombre llegar con tanta facilidad hasta aquí. Esa roca que tenemos delante de nosotros, poco elevada, ennegrecida, imponente y majestuosa, es el Cabo Norte. Son las diez y media de la noche; y como la niebla ha desaparecido, el sol nos alumbra con una luz muy fría y muy dorada.

El *Neptuno* echa el ancla al pie de esa roca de schiste, negruzca, a la que se ha llamado centinela del mundo, y muchos viajeros toman los bolantines y se ponen a pescar, mientras otros miran al cielo. Unos cuantos se disponen a hacer la ascensión al Cabo. Soy de ellos. No me gusta la pesca, aquí donde es tan fácil y abundante que no ha llegado aún al agua el anzuelo cuando ya lo ha cogido el pez. Es como si se le cogiese con la mano en un estanque.

Tengo hambre en los ojos. Hambre de mirar, como si en las pupilas se hubiese de verificar el fenómeno de la cámara obscura que impresiona la placa y conserva la imagen; yo quiero guardar esta grandiosidad de mar, de cielo y de montaña, dentro de mis ojos y poderlas reproducir; no me resigno a no volver a vivir estos minutos.

La ascensión es penosa; la roca se clava en los pies, el viento revuelve la ropa y dificulta la marcha; hay algas y un terreno pantanoso en la parte baja; caminamos más de una hora y media agarrados, primero, a una cuerda y después a un alambre, para llegar a poner el pie en la cumbre de la roca. Desagrada encontrar allí un pabellón en el que se venden refrescos y champagne. Una columna de granito conmemora la visita de Oscar II, y un *varde* la del Kaiser.

Me aparto de todos mis compañeros para mirar el paisaje y esperar el solemne momento de las doce de la noche, surge una ligera llovizna, que deseamos que continúe para librarnos de la niebla.

No se acaba aquí la tierra; no hay ese abismo dantesco a cuyo fondo hubiera querido asomarme para ver rodar debajo los mundos y contemplar nuestro globo rodeado de cielo y de astros. Se acaba el continente, pero el mar continúa; y más allá se halla aún tierra, desolada y perdida entre el mar y la nieve.

Ese mar amplio, bravío, desierto, es el principio de la *banquisse*, esos terribles témpanos como montañas de nieves flotantes que desafían los exploradores. ¿Por qué se explora ese mar? ¿Qué se puede hallar ya en esa región? Cazadores de ballenas, de osos blancos, de zorras azules y plateadas, aventureros que no puedan encontrar nada que sacuda sus nervios, exploran aún y buscarán emociones y ensueños en esas regiones de un más allá desconocido, quizás impenetrable.

Recuerdo un cuadro que he visto todos los días en el comedor del barco, representando una de las islas más septentrionales del Spirberg: la isla de Amsterdam. Ese paisaje desolado, plano, cubierto de nieve, con unas altas cruces solitarias que recuerdan la muerte de los holandeses que la des-

cubrieron, hace cerca de tres siglos; me parece uno de esos calvarios de Antoniello de Mesina, con sus cruces tan altas, tan altas, tan altas y tan solas.

Pero el momento solemne se aproxima. Este sol de un disco de oro rojo que nos envuelve en una luz cirial y de crepúsculo, se acerca al horizonte; se va a hundir, se va a ocultar en el tramonto, rápido, quizás, como esas puestas de sol que hemos visto en el Ecuador. Lo sigo atenta; su luz es tan débil que se deja mirar; desciende lentamente sobre el mar; parece un cisne que se baña y se sacude, con la cabeza fuera del agua. Su luz hace rielar en un arroyuelo de oro mate las aguas, deshaciéndose y multiplicándose en lo movible de su superficie verde roja. Es un momento de verdadera religiosidad, de una adoración panteísta; el disco rojo se eleva con solemnidad de hostia; remonta majestuosamente por este cielo cambiante. Plegaría las manos y oraría. ¿Por qué y para qué?

He recibido la comunión de esa santa hostia de fuego. La grandeza de esta Naturaleza ha penetrado en mí. Mis poros todos se han abierto a la caricia fresca del aire marino; he experimentado una sensación de vegetal, que después del triunfo de vivir separados de la tierra nos hace sentir deseos de volver a hundir la raíz en su seno para gozar toda la frescura de riego

que hay en su jugo. Hasta mis cabellos se saltan, se desrizan, se rebelan como si vivieran con otra vida suya, en la humedad del viento que los mueve y los revuelve como si fueren hojas de árboles...

¡La llamada del barco! Hay que seguir la ruta del destino; volver al mundo de siempre... tengo que hacer un esfuerzo para poder moverme, para poder cerrar los ojos, librarme de la sugestión de este tinte azul pálido que envuelve todas las cosas en su luz difusa, esa luz infinita del espacio en el que ya no hay un horizonte que nos oculte los astros, en el que nosotros también nos habíamos sentido ilimitados e infinitos.

INDICE DEL TOMO PRIMERO

PARTE PRIMERA

Suiza.

		Págs.
Cap. I	—El vértigo de la nieve	9
» II	—Ginebra azul	17
» III	—Día de lluvia	26
» IV	—El pueblo que canta	30
» V	—El día del Señor	38
» VI	—Mi calle	43
» VII	—La danza de la muerte	49
» VIII	—El fuego sagrado	58
» IX	—Las fuentes del Rhin	68
» X	—La canción de la campana	74
» XI	—El castillo de Laufen	80

PARTE SEGUNDA

Dinamarca.

Cap. XII	—La ciudad de las bellas torres.	89
» XIII	—Los castillos reales	97
» XIV	—Los árboles vivos	105
» XV	—Un Médicis danés	112
» XVI	—Bertel Thorwaldsen	122
» XVII	—Literatura danesa	134
» XVIII	—El castillo de Hamlet	138

PARTE TERCERA

Suecia.

Cap. XIX	—El país de los Lagos	145
» XX	—Mi hotel	151

Págs.

Cap. XXI.....—Estocolmo..... 156
» XXII....—La ciudad sabia..... 166
» XXIII...—El país de Walhalla..... 175
» XXIV....—Los siervos..... 179
» XXV.....—Por los caminos..... 186

PARTE CUARTA

Noruega.

Cap. XXVI....—La nostalgia del invierno.... 191
» XXVII...—Navíos de Wikings..... 197
» XXVIII..—La ciudad de las Siete Colinas..... 203
» XXIX...—La vida noruega..... 210
» XXX....—Una calle de Bergen..... 218
» XXXI...—Ole Bull..... 228
» XXXII ..—Grandes hombres noruegos.. 235
» XXXIII .—Música noruega..... 247
» XXXIV..—Stavekirke..... 253
» XXXV...—La patria de Lohengrin..... 257
» XXXVI..—Solar de Historia..... 264
» XXXVII.—Hombres de mar..... 272
» XXXVIII—La fiesta del Sol..... 279
» XXXIX..—Siluetas de montañas..... 288
» XL.....—Finix Terræ..... 295

ÚLTIMAS NOVEDADES RECIEN PUBLICADAS

FELIPE SASSONE

	PESETAS
La Espuma de Afrodita. (Novela).....	3,50
La Princesa está triste... (Dramas y comedias).	3,50
El miedo de los felices. (Dramas y comedias).	3,50
El intérprete de Hamlet. (Dramas y comedias).	3,50
La canción del Bohemio. (Poesías).....	3,50

ENRIQUE DE ALVEAR

De Sociedad. (Comedias rápidas).....	3,00

FERNANDO GIL MARISCAL

En Villabravía. (Novela).....	3,00

R. CANSINOS ASSENS

La nueva literatura. (Estudios críticos, 1898-1900-1916). (Dos volúmenes). Uno	3,50

«EL CABALLERO AUDAZ»

El Pozo de las Pasiones. (Cuentos).....	3,50
Lo que sé por mí. (Interviús con celebridades contemporáneas) (1.ª serie)..... ..	3,50
Lo que sé por mí. (2.ª serie).....	3,50
Desamor (2.ª edición).....	3,00
La virgen desnuda.....	3,00
El Breviario de Blanca Emeria.....	3,00
El libro de los toreros.....	2,00

JUAN GÓMEZ RENOVALES

Mujeres desnudas. (Historias íntimas de mujeres conocidas). (Prólogo de D. Jacinto Benavente)..... 3,00

ALBERTO GHIRALDO

Carne doliente. (Cuentos argentinos)..... 3,50

FRANCISCO VILLAESPESA

La Maja de Goya. (Drama)... 3,50

De venta en todas las librerías de España y América.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

FRANCISCO VILLAESPESA

	PESETAS
Judith. (Tragedia en tres actos).....	1,50
Paz. (Poesías).....	3,50
A la sombra de los cipreses. (Poesías).....	3,50
Prosas.....	1,50
Andalucía.....	1,50

FELIPE SASSONE

Los ausentes. (Dramas y comedias).....	3,50

MANUEL A. BEDOYA

La feria de los venenos. (Novela).....	3,00

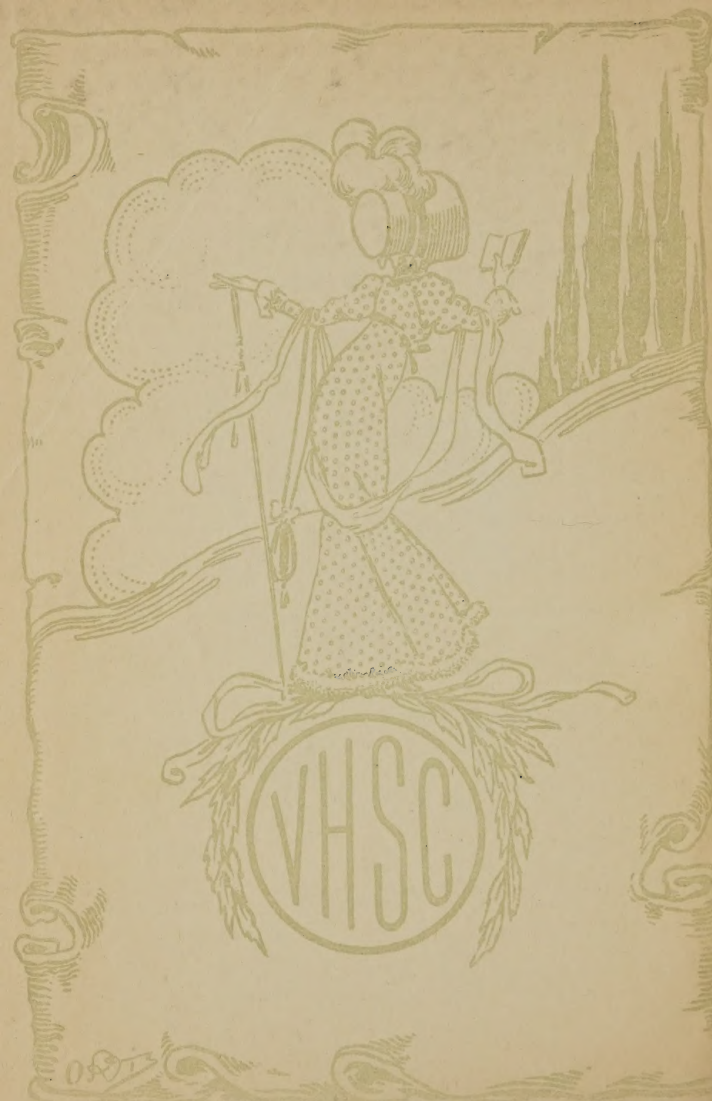
CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

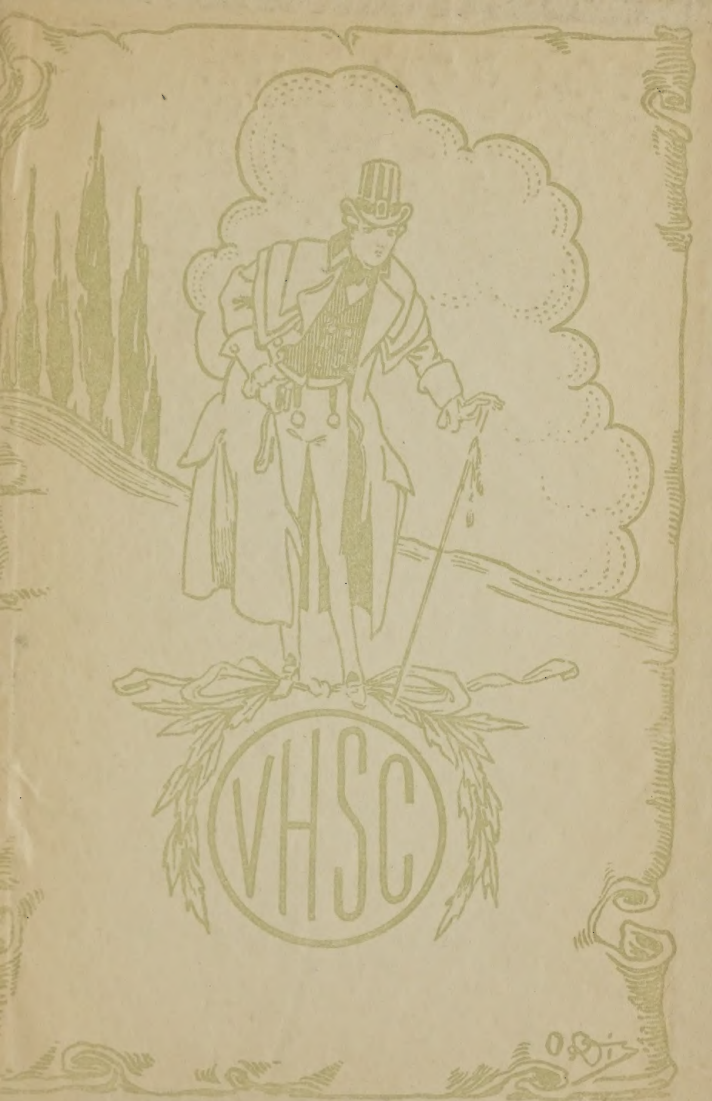
Mis viajes por Europa. (Dos volúmenes). Uno.	1,50
Confesiones de artistas. (Dos volúmenes). Uno.	1,50
Novelas.....	1,50

«EL CABALLERO AUDAZ»

Lo que sé por mí. (Interviús con celebridades contemporáneas) (3.ª serie).....	3,50
Id. (4.ª serie).....	3,50
Id. (5.ª serie).....	3,50

MADRID
V. H. DE SANZ CALLEJA.—EDITORES
Casa central: Montera, 31.—Talleres: Ronda de Atocha, 23.


VHSC


VHSC

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 063968082